Don Quijote de la Mancha

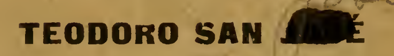
COMEDIA LÍRICA

sobre la base de la obra inmortal de Cervantes

POR

E. BARRIOBERO Y HERRÁN

CON MÚSICA DEL MAESTRO



TEODORO SAN [redacted]É



MADRID

R. VELASCO, IMPRESOR. MARQUÉS DE SANTA ANA, 11

Teléfono, número 551

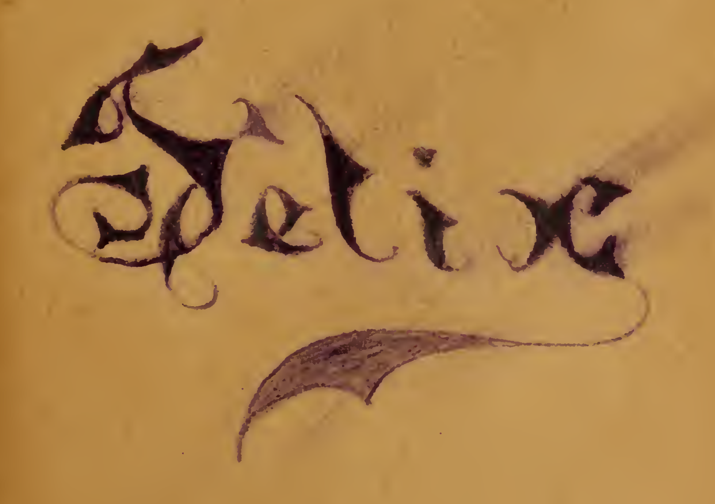
—

1905



A mi querido amigo y compa
...postunio D. Manuel Gaitero
Muy amigo
El Autor

DON QUIJOTE DE LA MANCHA



154

DON QUIJOTE DE LA MANCHA

COMEDIA LÍRICA

sobre la base de la obra inmortal de Cervantes

POR

E. BARRIOBERO Y HERRÁN

con música del maestro

TEODORO SAN JOSÉ



MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.

Teléfono número 551

1905

AL EXCMO. SEÑOR

Don Juan de la Cierva y Peñafiel

MINISTRO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA Y BELLAS ARTES

en el IV centenario del Quijote

Dedicar un trabajo, vale tanto como significar la intención de agradecer protección ó ayuda, y en otro sentido, deseo de colocar una obra de interés general bajo los auspicios de un nombre que consigo lleve excelencias que la doten de todo lo necesario para que cumpla su cometido.

Yo he buscado un nombre para estamparlo en la página de honor de mi trabajo, revolví una docena de ellos en mi imaginación y he tenido que prescindir de Duques, grandes Duques y pequeños Duques, porque á la aristocracia de hoy, salvo pocas excepciones, «le estorba lo negro» y sigue teniendo, como le pasaba á Don Quijote, más armas que letras; para ella vale mucho más una adulación que una obra de arte; el mejor trabajo literario, es un bombo *de un periódico y la vida de un tronco de caballos, es mucho más apreciable que el triunfo de un artista.*

El Quijote se escribió para todos; pero hasta el pueblo no ha llegado todavía; el cuotidiano batallar contra el hambre, no le libra momentos que dedicar al cultivo de su espíritu; entendí que el mejor medio de que el pueblo posea este tesoro al que tiene derecho, es vulgarizarlo desde esa gran tribuna que se llama Teatro y á ello dediqué mis esfuerzos.

Ahora confío en que mediante la protección de usted, que es joven y actualmente tiene á su cargo la dirección en España de la vida intelectual y educativa, mi obra llegará al término á que su contextura la destina.

Mi vida de hombre libre, mis ideas políticas y sociales, me alejan demasiado de la esfera oficial; pero la devoción que á mi obra consagro, me hace vencer todos los escrúpulos, arrostrar todas las censuras que sobre mí han de venir y, complacido, como quien con ello cumple deberes de conciencia, la coloco bajo el nombre ilustre de usted; con ello le manifiesto gratitud por la buena voluntad que para con «mi Quijote» ha demostrado, y le expongo mi solicitud de su apoyo para que el pueblo llegue á ver y entender lo penosas que son las luchas por la razón, el bien y la belleza *y las desdichas que llueven sobre los que, á impulsos de un gran corazón, se dedican á* desfacer entuertos.

Muy suyo,

E. Barriobero y Herrán.



PRÓLOGO

CUADRO MÍMICO-MUSICAL

Decoración.—La escena á dos cajas. Habitación modesta; paredes blancas, gran librería en el fondo; en el centro mesa de nogal con pies de hierro; sobre ella libros antiguos, petos, espaldares, armas y objetos de esta índole; en primer término una celada con visera. Repartidos en la habitación varios sillones de cuero; uno de ellos junto á la mesa y en éste aparece sentado Don Quijote al levantarse el telón. En el fondo, la librería y demás objetos dejarán para las proyecciones un espacio como de un metro cuadrado.

ESCENA ÚNICA

DON QUIJOTE solo

Aparece sentado junto á la mesa con un libro en la mano, secundando con gestos lo que simula leer. Cierra el libro y comienza á limpiar las armas y las piezas de la armadura que tiene á mano; cíñese después una de las espadas, la desenvaina y con ella traza molinetes y círculos; luego descarga sobre la celada varios golpes hasta deshacerla; vuelve á armarla y prueba otra vez su resistencia, de la que queda convencido. Paséase por la escena simulando luchar con invisibles enemigos á los que acomete, unas veces con la espada y otras con la lanza. Siéntase de nuevo en su sillón y abre uno de sus libros simulando poco después quedar tan abstraído que el libro cae de sus manos y él permanece unos instantes con la mirada vaga y la cabeza apoyada en el respaldo del sillón. En este momento comien-

zan las proyecciones que representarán luchas de monstruos imaginarios como dragones, gigantes y enanos. Aparecen después varios caballeros andantes, y por último Dulcinea en su aspecto rústico; ante esta proyección Don Quijote comienza á recobrarse; transfórmase Dulcinea en dama encopetada, vaporosa y elegante, y Don Quijote se levanta nerviosamente, frota sus ojos y empieza á ponerse la armadura con gran rapidez, concluyendo por ceñirse la espada, embrazar la rodela, enristrar la lanza y salir á largos pasos por la puerta del foro.—Telón

DETALLES PARA LA ORQUESTA Y LA TRAMOYA

TRAMOYA

La librería debe ser pintada en un lienzo adosable á la pared con el objeto de que la decoración pueda utilizarse cuando en el acto primero aparece el aposento de Don Quijote despues del escrutinio realizado por el Ama, la Sobrina, el Cura y el Barbero.

Las diferentes piezas de la armadura serán todas auténticas, herrumbrosas y abolladas, lo mismo que la adarga, las espadas y el lanzón.

La mesa ha de ser grande, con pies de hierro de los llamados de tijera y sin cajones.

La celada de piezas que cedan al golpe de Don Quijote y se puedan armar y desarmar fácilmente.

Para las proyecciones basta una linterna mágica; no es preciso cinematógrafo.

MOMENTOS DEL POEMA MUSICAL QUE LA ORQUESTA DESARROLLA MIENTRAS LA ESCENA MÍMICA

I.—Don Quijote lee sus libros de caballerías.

II.—Don Quijote limpia sus armas.

III.—Cíñese una de sus espadas, la desenvaina y traza molinetes y círculos.

IV.—Prueba la resistencia de su celada.

V.—Pasea por la escena simulando acometer enemigos invisibles, unas veces con la espada y otras con la lanza.

VI.—Vuelve á leer en sus libros.

VII.—Extasis en el que comienzan las proyecciones.

VIII.—1.ª proyección: Dragones y otros animales fantásticos.

IX.—2.ª Gigantes.

X.—3.ª Enanos.

XI.—4.ª Caballero andante á pie.

XII.—5.ª Caballero andante á caballo.

XIII.—6.ª Un caballero andante al pie de un castillo.

XIV.—7.ª Un caballero andante en el campo comiendo con unos pastores.

XV.—8.ª Un caballero andante en la Corte.

XVI.—9.ª Dulcinea en traje y tocado de campesina.

XVII.—10.ª Dulcinea en traje y tocado de princesa.

XVIII.—Allegro en el que Don Quijote se recobra y comienza á ponerse la armadura.

XIX.—Don Quijote embraza la rodela, enristra la lanza y sale.





ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO.—*En la Venta.*

CUADRO SEGUNDO.—*En casa de Don Quijote: su despacho.*

CUADRO TERCERO.—*Idem íd.: su dormitorio.*

CUADRO CUARTO.—*Don Quijote con Sancho hace la segunda salida.*

PERSONAJES

DON QUIJOTE.
EL VENTERO.
LA TOLOSA.
LA MOLINERA.
SANCHO.
EL AMA.
LA SOBRINA.
EL CURA.
EL BARBERO.
PERO ALONSO.
UN CHICO

Arrieros, caminantes, mozos, mozas y gente del mesón

CUADRO PRIMERO

La Venta según indica el siguiente diseño



A—Puerta de la Venta.
B—Sitio en donde á Don Quijote le ponen la mesa.
C—Poyo ó asiento.
D—Puerta de entrada al corral.
E—Idem íd.
F—Pozo ó pila sobre que coloca sus armas.
G—Sitio en donde se arrodilla.

Al alzarse el telón anochece. Desde la tercera escena á la lùz de la luna.

ESCENA PRIMERA

La TOLOSA, la MOLINERA y CORO

Música

TOL. Si á la Mancha vinieras
buscando amores,
al hablar con las mozas
ríe y no llores;

que la manchega
de corazón,
por sistema reniega
del que es llorón.

CORO. Que la manchega,
etc.

MOL. Molinera me llaman,
no muelo trigo,
sólo saben mis piedras
moler bolsillos;
pero no hay mote
que mejor cuadre,
pues quien muele y no paga,
molido sale.

CORO. Pero no hay mote,
etc.

TODOS. Caminante, si quieres
vivir contento,
huye de distraídas
y cuadrilleros;
pobre te miro
cuando esta tropa
llega á ver tu bolsillo
ó á oler tu alforja.

CORO. Pobre te miro,
etc.

(Mutis el Coro repitiendo el estribillo.)

TOL. Te conviene, Pero.

MOL. Te conviene, Gil.

TOL. Pero es muy discreto.
Pero es muy gentil.

MOL. Los dos llevan bolsa
y hemos de partir.

ESCENA II

DICHOS y DON QUIJOTE; luego el VENTERO

(Sigue el número musical.)

TOL. Una *pantasma*,
¿no te has fijado?
¡qué miedo tengo!

MOL. No es para tanto.

QUIJ. (Entra á caballo y al aparecer en escena suena el cuerno del porquero.)
Un castillo, dos doncellas,
da un enano la señal,
se alza el puente levadizo,
puedo arrogante pasar.
De Don Quijote la historia
saben de seguro ya.
(A las mozas.)
Non fuyan vuestras mercedes,
nada les debe acuitar;
mi misión es en el mundo
contender con el jayán,
acorrer menesterosos
y entuertos enderezar.

TOL. No es un fantasma, es un loco
que no dice la verdad
porque nos llamó doncellas.

MOL. ¡Cómo miente aquel refrán!
¡Já, já, já, já!

TOL ¡Já, já, já, já!
¡Qué loco es éste
tan singular!

QUIJ. Bien parece la mesura
en las que fermosas son,
y la risa sin motivo
al discreto causa horror.

TOL. ¡Qué estrafalario!

MOL. ¡Qué fanfarrón!

TOL. ¿De dónde viene?

MOL. ¡Qué me se yo!

LAS DOS ¡Já, já, já, já!
etc.

QUIJ. (Enfadado.)
Como andante caballero
por mi dama y por Dios
juro, que he de poner coto
á insolencia tan atroz.

VENT. (Cogiéndole de la lanza. A las mozas.)
Basta, bribonas,
no hay que insultar.
(A don Quijote.)
Se lo disculpa
su mocedad.

(A la vez, el Ventero y las dos Mozas.)

¡Já, já, já, já!
¡já, já, já, já!

ELLAS ¡Qué loco es éste
tan singular!

VENT. Se lo disculpa
su mocedad.

ESCENA III

DICHOS y el VENTERO

Hablado

VENT. Cálmese, cálmese, señor caballero; si vuestra merced busca posada, amén del lecho (porque en esta venta no hay ninguno), todo lo demás se halla en ella en gran abundancia.

QUIJ. Señor castellano, cualquiera cosa basta, porque mis arreos son las armas, mi descanso el pelear.

VENT. Según eso, las camas de vuestra merced serán duras peñas y su dormir siempre velar, y siendo así, bien puede apearse en esta choza en la seguridad de hallar ocasiones para no dormir en todo un año, cuanto más en una noche. (Coge el estribo de Don Quijote, éste se apea y le entrega el caballo del diestro.)

QUIJ. Tened mucho cuidado con mi caballo; es la mejor pieza que come pan en el mundo.

VENT. (Aparte.) Algo menos, algo menos.... Treinta escudos y es buena feria. (Siéntase Don Quijote en el poyo y las dos mozas le quitan las armas.)

QUIJ. Nunca fuera caballero
de damas tan bien servido
como lo fué Don Quijote
cuando de su aldea vino;
doncellas curaban dél,
princesas de su rocino,

ó Rocinante; que éste, señoras mías, es el nombre de mi caballo, y Don Quijote de la Mancha el mío; tiempo vendrá en que las

vuestras señorías me manden y yo obedezca y el valor de mi brazo descubra el deseo que tengo de serviros. (Mientras esto dice Don Quijote, se miran, ríen y hacen signos conviniendo en que está loco.)

TOL. ¿Quié vuestra merced yantar alguna cosa?

QUIJ. Cualquiera yantaría yo, porque á lo que entiendo me haría mucho al caso.

MOL. ¿Y no quié su mercé que le quitemos ese sombrerete? (La celada.)

QUIJ. Señoras mías, es mi celada de encaje, y puesto que para quitarla sería preciso cortar estas cintas, prefiero dejármela puesta. (La Molinera pone la mesa para que cene Don Quijote.)

MOL. Le pondremos la mesa aquí, al fresco.

QUIJ. ¿Qué hay para yantar en el castillo?

TOL Como es viernes, no hay más que bacalao, ó sea truchuela.

QUIJ. Como haya muchas truchuelas, podrán servir de una trucha; eso se me da que me den ocho reales en sencillos, que una pieza de á ocho: pero sea lo que fuere, venga luego, que el trabajo y peso de las armas no se puede llevar sin el gobierno de las tripas.

VENT. (Entra con la cena.) ¿Vuestra señoría no se quita la celada?

QUIJ. No.

VENT. Pues comer, podrá hacerlo aunque con trabajo; pero beber...

QUIJ. (Comiendo) Lo peor es, buen castellano, que tus sabrosos manjares me excitan la sed.

VENT. Espere su señoría; tal vez con una caña horadada... (Mutis.)

QUIJ. Al verme rodeado de tan gentiles doncellas, tan noble castellano y tan selectos manjares, bendigo una y mil veces la orden de caballería que profeso.

VENT. (Entra cortando la caña con una navaja.) A ver si ahora puede beber vuestra señoría. (Le echa el vino por la caña y las mozas ríen estrepitosamente.)

QUIJ. Gracias, alto y poderoso señor. (Suena á lo lejos el silbato del castrador de puercos,) Hasta esa divina música que á mis oídos llega, es uno de los más altos honores que á los caballe-

ros andantes suele hacerse y yo agradezco con toda mi ánima, cuanto más que todavía no he recibido la orden á que aspiro. (Don Quijote acaba de cenar y se levanta, coge al Ventero del brazo y lo lleva al patio, junto al pozo; mientras tanto las mozas quitan la mesa.) ¡Venid, castellano!

VENT. (Aparte.) Castellano... de Andújar; mande vuesa merced.

QUIJ. (Arrodillándose.) No me levantaré jamás de donde estoy, valeroso caballero, hasta que la vuestra cortesía me otorgue un don que pedirle quiero, el cual redundará en alabanza vuestra y en bien del género humano.

VENT. (Confuso y aturdido.) Levántese, levántese vuestra señoría.

QUIJ. No, no; no me levantaré sin ese don. ¿Me lo otorgais?

VENT. Bueno; sea.

QUIJ. No esperaba menos de la magnificencia vuestra, señor mío; ese don es que mañana me habéis de armar caballero, y esta noche, en la capilla de este vuestro castillo velaré las armas; así podré como se debe ir por las cuatro partes del mundo buscando las aventuras en pró de los menesterosos, como está á cargo de los caballeros andantes.

VENT. (Con socarronería.) Acertado andais á fe mía, y y vuestro propósito es digno de caballeros tan principales como vos debéis ser y vuestra gallarda presencia muestra; también yo dediqué á ese ejercicio los años de mi mocedad y recorrí los *percheles* de Málaga, el *compás* de Sevilla, el *azoguejo* de Segovia, la *rondilla* de Granada, la *olivera* de Valencia, el *potro* de Córdoba y las *ventillas* de Toledo, en donde pude ejercitar la ligereza de mis pies y la sutileza de mis manos, dándome así á conocer en Audiencias y tribunales, hasta que me recogí en este *castillo*, en donde vivo con mi hacienda y las ajenas, recogiendo caballeros andantes por la mucha afición que les tengo.

QUIJ. ¡Muy bien, noble y poderoso señor!

VENT. (Con énfasis.) Días há, mandé derribar la capilla para hacerla de nuevo; pero como en caso de necesidad las armas pueden velarse en donde se quiera, podeis hacerlo en este patio si os place.

QUIJ. Que me place, señor.

VENT. Traeréis dineros, ¿eh?

QUIJ. Ni blanca; jamás leí en las historias de caballeros andantes que ninguno los trujera.

VENT. No les pareció á los autores decirlo así; pero yo sé que llevaban siempre abundantes dineros, así como camisas limpias y ungüentos con que curarse las heridas, si no tenían algún encantador amigo que les socorriera acudiendo á caballo en una nube.

QUIJ. Tenéis razón.

VENT. Os aconsejo como mi ahijado que vais á ser, y creo que debíais llevar unas alforjas con todo eso.

QUIJ No es de caballeros andantes llevar alforjas.

VENT. Si no esto, un escudero.

QUIJ. Así os prometo hacerlo; dejadme ahora y comenzaré á velar las armas.

VENT. Sea como vuesa merced lo quiere. (Don Quijote recoge las armas del poyo en donde las dejaron las mozas y las coloca en el patio sobre la tabla del pozo; después se pasea ceremoniosamente, blandiendo unas veces la espada y enristrando otras la lanza; mientras tanto, el Ventero cuenta á los Arrieros la locura de su huésped y miran alternativamente por la puerta D que comunica el patio con la calle.)

ESCENA IV

DICHOS, CORO y luego los dos ARRIEROS con quienes don Quijote riñe

(A un lado don Quijote solo; al otro el Ventero con los Arrieros y Traginantes.)

Música

CORO Ventero, en esta venta,
¿qué pasa? ¡cuéntanos!

¿quién es ese fantasma
que se te arrodilló?
Forrado va de hierro,
no deja su lanzón,
cabalga sobre un penco
más viejo que la tos
y llora y ríe y reza
y es fosco y es gruñón,
¿quién es ese esperpento?
Ventero, dínoslo.

VENT. El caballero
que de rodillas
vosotros vísteis
en el corral,
es un hidalgo
de campanillas,
una persona
muy principal.

CORO ¿Cómo un hidalgo
va así á venir?
¿quién es? ¿lo quieres
presto decir?
Mira, Ventero,
dí la verdad;
no nos engañes,
por caridad.

VENT. A mí me ha parecido
que le falta un sentido
ó dos, ó tres, ó todos;
cortés y comedido
ha poco me ha pedido,
con excelentes modos,
que le arme caballero,
para en el mundo entero
probar su valentía
y yo á fuer de ventero,
truhán y chocarrero
le sigo en su manía.

CORO ¡Oh, qué locura
tan sin ejemplo!

VENT. (Mirando por la cerradura.)
Velar sus armas
yo le contemplo.

CORO ¡Qué raro es esto,

déjanos ver
á ese chiflado
de Lucifer!

(Miran todos: entra el primer Arriero y tira al suelo las armas que Don Quijote puso sobre la tabla del pozo.)

QUIJ. ¡Oh, tú quién quiera que seas,
atrevido caballero,
que á tocar llegas mis armas,
pagarás tu atrevimiento,

ARRIERO Deje el señor las *retónicas*,
vengo á llenar el caldero.

(Accionan los dos como si discutieran.)

CORO A reñir va con Alonso
porque quiere sacar agua
y de la tabla del pozo
le tiró al suelo sus armas.

VENT. Va á ser curioso.
Veamos todos;
dejad que ahora
mire yo un poco.

(Trata de arrimarse á la cerradura.)

QUIJ (Enristrando la lanza.)
En este primero trance,
en esta primera afrenta,
¡oh, noble señora mía!
¡oh, mi sin par Dulcinea!
que vuestro favor y amparo
haced non me desfallezca.

(Acomete al Arriero.)

CORO (Al Ventero.)
El loco es peligroso.
A Alonso le pegó,
echadle de la venta,
echadle por favor.

VENT. Tengan más calma
que el infeliz,
evaporado
tiene el magín.

(Mientras han cantado esto, entra el Arriero 2.º en la otra parte de la escena y riñe también con Don Quijote, hacen ruído y se alarma el Coro.)

CORO Otra demasía
cometió sin duda,

¡quién será la víctima!
vamos en su ayuda.
(Entran á donde está Don Quijote.)
Por la pena es cuerdo el loco
dice un antiguo refrán,
y este loco que acomete
por pena, cuerdo será.
Arrastradle,
foragido,
mal nacido,
fanfarrón;
si se mueve
en su cabeza
romperemos ·
su lanzón.
(Tratan de acometer á Don Quijote y éste se hace fuerte con sus armas.)

QUIJ ¡Oh, señora, de toda fermosura
aquí esté tu cautivo caballero,
esperando le aliente tu grandeza
para vencer peligro tan inmenso!

CORO Arrastradle, etc.

QUIJ Ofendedme, traidores, alevosos,
á vuestra furia opongo mi denuedo
y por mi Dios y por mi dama juro
á golpes desfacer tamaño entuerto.
¡Castellano follón! tú eres culpable
del mal que á Don Quijote están faciendo,
y vengarme de tí solemne juro
cuando me vea armado caballero.

VENT. Basta, teneos,
dejadle ya,
que de la venta
presto saldrá.
Yo quedo ahora
solo con él
y para echarle
me arreglaré.
(Sale el Coro y quedan solos en el patio el Ventero y Don Quijote.)

CORO (Saliendo)
Maldito loco,
no se arredró;
se ve que es hombre

de corazón;
mas si el Ventero
no lo echa presto,
hacer debemos
un escarmiento.

ESCENA V

DON QUIJOTE y el VENTERO

Hablado

VENT. Señor, perdonad las insolencias que esa canalla ha usado con vos sin que yo lo sepa; he de castigar cumplidamente su atrevimiento.

QUIJ. No en balde me he confiado á vuestra merced.

VENT. Perdonad si os molesto; pero ya habéis velado vuestras armas el tiempo suficiente, y para que quedeis armado caballero, solo faltan la *pescozada* y el *espaldarazo*.

QUIJ. Pronto estoy á obedeceros, y deseo tengo de que la ceremonia concluya, pues si viéndome armado caballero otra vez me viese acometido, no quedaba persona viva en el castillo.

VENT. (Medroso.) Aguardad, señor, voy por el libro. (Mutis. Sigue don Quijote velando las armas.)

ESCENA VI

DON QUIJOTE, el VENTERO, las MOZAS y UN CHICO. Luego el CORO DE HOMBRES

VENT. (Saliendo con un libro. Al público.) El de la cebada, pero es lo mismo.

Música

Pues que esperais la orden,
señor, con ansiedad

podeis arrodillaros
que voy á comenzar.
(Como si leyera.)
Ciertum frailem obesum
dixeit envidum
ad monjam qui respondit
ventem conmigum
(Da á don Quijote la pescozada.)
et reposuit sacrista
qui contemplabat
tú como no eres frailem
chinchate et callat.
(Le da el espaldarazo. A la Tolosa.)
Princesa descendiente
del más alto lucero,
la espada diligente
ciñe á este caballero.

TOL. Que el Todopoderoso
dirija vuestra vida
y os llene de venturas
sin tasa ni medida.

QUIJ. ¿Me quieres indicar cómo te llamas?

TOL. La Tolosa me llaman, señor mío.

QUIJ. Pues bien, yo que merced hacerte ansío
ordeno que te iguales á las damas.

VENT. ¿Cómo alcanzar estirpe tan honrosa?

QUIJ. Llamándote desde hoy doña Tolosa
y diciendo que el *don*, al mundo entero,
te otorgó este invencible caballero.

VENT. (A la Molinera.)
Hija de Lanzarote
y nieta de... tu abuela,
acude á don Quijote
y cálzale la espuela.

MOL. Que de ventura y gloria
se sirva Dios colmar
las empresas que intente
tu bravura sin par.

QUIJ. ¿Quieres decirme cómo te llamas?

MOL. Entre mis gentes la Molinera.

QUIJ. Pues bien, yo quiero serte propicio
por las mercedes que tú me hicieras,
y en recompensa de tus favores
el *don* te otorga la mi grandeza.

VENT
Muy señoras mías,
doña Molinera
y *doña* Tolosa,
¡sea enhorabuena!
¡Id por el caballo
que trajo el señor!...

(Vanse las dos Mozas, y en seguida salen, sacando el caballo y seguidas de los arrieros á la puerta de la venta; mientras, don Quijote coge del brazo al Ventero y lo saca también al mismo sitio, recitando lo siguiente:)

QUIJ.
Huesped mío: la espada valerosa
del sin par don Quijote de la Mancha,
vuestra es, y si entuerto os ficieren,
yo del cobarde tomaré venganza.
A cientos mandareos los gigantes
y los encantadores, vil canalla
que traidora circula por la tierra
causando desazón á gente honrada,
para que humildes besen vuestra mano,
ó he de matarlos en feroz batalla.

VENT.
Vaya con Dios mi ahijado,
vaya con Dios,
pero si acaso vuelve
traiga un bolsón,
pues aunque vaya armado
vuestra merced
siempre ha de hacer sin cuartos
muy mal papel.

CORO
Vaya con Dios el loco
vaya con Dios,
pero si acaso vuelve
etc.

(Monta y parte Don Quijote.)

MUTACIÓN

CUADRO SEGUNDO

La misma decoración que en el prólogo

ESCENA PRIMERA

El AMA, la SOBRINA, el CURA y el BARBERO

Música

AMA ¿Qué os parece, Licenciado?
hace dos días se marchó
y para mí le han vuelto el juicio
las mil sandeces que leyó.

SOB. Sepa, Maese Nicolas,
que yo le ví de mal talante,
y airado dijo que quería
ser caballero andante.

CURA }
BAR. } ¿Síntomas de locura
no habéis notado?

SOB. Sí, si yo muchas veces
le ví sentado
leyendo esos librotes
que yo presiento
son los que han malogrado
su entendimiento.
Luchaba con mil monstruos
imaginarios,
adoptaba ademanes
estrafalarios,
y después nos hablaba
de encantadores,
de princesas esquivas,
grandes señores,
ínsulas y jayanes
y castellanos,
príncipes, caballeros,
gnomos y enanos.

CURA — Tardío es el remedio
que voy a proponer.

BAR. — El bien nunca es tardío,
hable vuestra merced.

CURA — Mañana, en una hoguera
sus libros arderán.

SOB. — Bien dicho.

AMA — Que me place
ni uno se salvará.

BAR. — Son muchos, y entre todos
alguno puede haber
que no aparezca digno
de pena tan cruel.

SOB. — Al fuego, al fuego todos.

AMA — Ardan sin compasión.

CURA — Antes de sentenciarlos
juicio he de hacerles yo.

TODOS — Pobre señor Quijada,
quién lo diría,
metido en esa andante
caballería.
Dios le devuelva el juicio
que le ha quitado
tanto librote insulso
y excomulgado.
Fuego, fuego divino,
tú abrasarás
esas maquinaciones
de Satanás.

Hablado

AMA — De todo me tengo yo la culpa por no haber avisado á vuestras mercedes de los disparates de mi señor, para que los hubieran remediado quemando como á herejes estos descomulgados libros.

CURA — No pasará el día de mañana sin que sean condenados al fuego.

ESCENA II

DICHOS, DON QUIJOTE y PERO ALONSO

QUIJ. (Dentro.) ¡Abran vuestras mercedes al señor Valdovinos, y al señor marqués de Mantua que viene mal ferido...!

AMA ¡Callen! ¿es él?

QUIJ. ¡Y al señor moro Abindarraez que trae cautivo el valeroso Rodrigo de Narváez, alcaide de Antequera! (Todos acuden á la puerta; abren y aparece Don Quijote en brazos de Alonso; entra, y cuando van á abrazarle dice:)

QUIJ. Ténganse todos, que vengo mal ferido; llévenme al lecho y llamen á la sabia Urganda para que cure y cate mis feridas.

AMA ¡Miren! miren si sabía yo del pie que cojeaba mi señor; sin que venga esa Urganda le sabremos aquí curar... ¡Malditos libros de caballería! (Tratan entre todos de llevarle al lecho y se detiene diciendo con énfasis.)

QUIJ ¡Caí de mi caballo combatiendo con diez jayanes, los más dasaforados y atrevidos de la tierra!

CURA (Al Barbero.) ¿Jayanes hay en la danza?... Es preciso quemar esos libros.

QUIJ (Dejándose llevar:)

¿Dónde estás, señora mía,
que no te duele mi mal?
ó no lo sabes, señora,
ó eres falsa y desleal.

(Mutis Don Quijote, Ama y Sobrina. Medio mutis Cura, Barbero y Alonso.)

CURA Veamos, buen Alonso; contadnos algo del señor Quijada.

BAR. ¿En dónde lo encontraste?

ALON Quiso atropellar á unos mercaderes pacíficos y lo molieron á palos, así que lo encontré tendido boca abajo en el camino ensartando muchas necedades: que él era moro, que yo era el marqués de Mantua, que iba á llegar su tío don Valdovinos, que la seño-

ra Jarifa era doña Dulcinea y que por esta Dulcinea se había él hecho de caballería.

CURA ¡Qué locura más extraña!

BAR. ¿Tiene alguna herida?

ALON. No; cuando llegué á él, le quité los hierros y lo miré con detenimiento: ví que no tenía nada, lo cargué sobre mi burro, que es un animal de mucha concencia, puse todos sus trastos sobre el caballo y lo traje al pueblo, deteniéndome á la entrada hasta el anochecer para que no nos apedrearan los chicos.

CURA Dios os premie la merced que habéis hecho al señor Quijada, y cuando él recobre el sentido...

BAR. Que será tarde ó nunca...

CURA No han de faltaros las albricias. Mañana quemaremos los libros y mandaremos tapiar el aposento; ahora vámonos, dejémosle reposar, que el descanso es la mejor medicina para las zozobras del alma.

BAR. Y para los molimientos del cuerpo. (Mutis. Telón.)

MUTACION

CUADRO TERCERO

El dormitorio de Don Quijote; paredes blancas, un lecho de época algunas sillas y estampas místicas en las paredes.

ESCENA PRIMERA

DON QUIJOTE está vestido y sentado sobre el lecho; la SOBRINA y el AMA, de pie á su lado

SOB. ¿Cómo os encontrais, querido tío?

QUIJ. Molido y quebrantado, sobrina; aquel bastardo de don Roldán me molió las espaldas con el tronco de una encina, y todo de envidia.

AMA Señor, dejaos ya de esas cosas.

QUIJ. No me llamara yo Reinaldos de Montalbán si en saliendo al campo no me las pagase á pesar de todos sus encantamientos; ahora dadme las llaves del aposento de mis libros; necesito ver y estudiar lo que otros caballeros hicieron en casos como el mío.

AMA ¿Qué aposento ni qué libros? ya no hay nada de eso; todo se lo llevó el diablo en persona.

QUIJ ¡El diablo!

SOB. No era el diablo, sino un encantador que vino sobre una nube.

QUIJ Eso ya me parece más cierto.

SOB. Apeándose de una sierpe en que venía caballero, entró en el aposento y no sé que hizo; pero á poco salió volando por el tejado y dejó la casa llena de humo.

AMA Después ya no hemos visto libros ni aposento.

QUIJ. Sería uno de mis numerosos enemigos.

SOB. Lo que sí recordamos el Ama y yo, es que al tiempo de partirse aquel mal viejo, dijo que se llamaba el sabio Muñatón.

QUIJ. Frestón, diría.

AMA — No sé si se llamaba Frestón ó Fritón, sólo sé que acababa en *tón* su nombre.

QUIJ. — Me tiene ojeriza porque sabe que andando el tiempo he de vencer á un caballero favorecido suyo.

SOB. — ¿Quién duda de eso? Pero, ¿no sería mejor estarse en casa que irse por ahí á buscar pan de trastrigo?

QUIJ. — ¡Oh, sobrina mía! ¡Cuán mal estás en la cuenta! Primero que á mí me trasquilen, tendré peladas y quitadas las barbas á cuantos imaginen tocarme la punta de un solo cabello; pero eso más adelante; por ahora sólo necesito reposo, mucho reposo; así que os agradecería tuviéseis á bien dejarme descansar, ó á lo sumo, conversar con el buen Sancho, pues los coloquios que con él tengo, de reposo me sirven.

AMA — Descansad pues, y vuestra voluntad será para nosotras orden severa.

QUIJ. — Id con Dios. (Mutis Ama y Sobrina.)

ESCENA II

DON QUIJOTE solo

Música

...En los venideros tiempos, cuando salga á luz la verdadera historia de mis famosos hechos, dirá el sabio que los escribiere: Apenas había el rubicundo Apolo tendido por la faz de la ancha y espaciosa tierra las doradas hebras de sus hermosos cabellos, y apenas los pintados pajarillos con sus arpadas lenguas habían saludado con dulce y meliflua armonía la venida de la rosada aurora, cuando el famoso caballero Don Quijote de la Mancha...

ESCENA III

DICHO y SANCHO

Hablado

SAN. (Dentro.) ¿Da mi amo su venia?

QUIJ. El cielo, buen Sancho, me hace merced de tí.

SAN. Digísteisme, señor, que en un quítame allá esas pajas, podríais ganar una ínsula para mí, y desde entonces, ni mi Teresa, ni mi Sanchica, ni yo, tenemos punto de reposo.

QUIJ. Esto y mucho más puede suceder, Sancho amigo... ¿Tienes preparadas las alforjas con ropa, hilas y los escudos que te encargué de que sobre mi hacienda buscaras?

SAN. Todo cuelga ya sobre los ijares de mi Rucio, que aunque las órdenes de caballerías no lo permitan, vuestra merced me consentirá que lo lleve.

QUIJ. No, Sancho amigo, eso no; jamás leí de escudero alguno que lo llevara.

SAN. Advierto á vuestra merced que es muy bueno; sabe beber á chorro, y cuando trota, se puede llevar sobre su grupa un vaso de agua; ¿no queréis además que yo camine á pie y con las alforjas al hombro?

QUIJ. Llévalo pues; la suerte nos deparará pronto una aventura en que yo pueda proveerte de cabalgadura más digna.

SAN. ¿Insiste vuestra merced en que á las dos nos partamos?

QUIJ. Sí; hay en el mundo muchos entuertos que desfacer y muchas doncellas menesterosas de mi auxilio.

SAN. Descanse, pues, mi amo hasta las dos.

QUIJ. ¡Animo, escudero mío!

ESCENA IV

DON QUIJOTE solo, tendido en el lecho y hablando como si soñara. La orquesta comienza á preludiar el nocturno del cuadro cuarto

¡Oh, princesa Dulcinea, señora de este cautivo corazón! Mucho agravio me habedes fecho en despedirme y reprocharme con el riguroso afincamiento de mandarme no parecer ante la vuestra fermosura...

ESCENA V

Ante la puerta del dormitorio se asoman cautelosamente el AMA, la SOBRINA, el CURA y el BARBERO

CURA ¡Duerme!... Hecho el auto de fe, los libros torpes no serán ya veneno para su inteligencia... ¡Que descanse!.. ¡que duerma!... El sueño es á veces fermentación que purifica el espíritu de torceduras y estravismos... (Telón.)

MUTACION

CUADRO CUARTO

De noche: al fondo un paisaje de la Mancha: á la derecha la puerta trasera de la casa de Don Quijote

ESCENA ÚNICA

Música

Abrese muy despacio la puerta indicada; sale primero SANCHO y mira cuidadosamente alrededor á ver si alguien observa; vuelve á entrar y saca á Rocinante y al Rucio, en seguida sale DON QUIJOTE, armado de todas armas, tiénele Sancho el estribo y monta; monta Sancho en su borrico á la mujeriega y salen mientras comienza á alborcar

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO.—*Los molinos de viento.* (A dos cajas.)
CUADRO SEGUNDO.—*Don Quijote y el Vizcaino.* (A tres.)
CUADRO TERCERO.—*Don Quijote y los cabreros.* (A todo foro.)
CUADRO CUARTO.—*En la Venta.* (Telón corto.)
CUADRO QUINTO.—*En el desván de la Venta.* (A todo foro.)
CUADRO SEXTO.—*Manteamiento de Sancho.* (A dos cajas.)

PERSONAJES

DON QUIJOTE.	DAMA 1.ª
SANCHO.	IDEM 2.ª
FRAILE 1.º	EL VIZCAINO.
IDEM 2.º	UN CUADRILLERO.
CABRERO 1.º	VENTERA.
IDEM 2.º	HIJA.
ANTONIO.	MARITORNES.
VENTERO.	ARRIERO.

Criados, cabreros, arrieros y trajinantes

CUADRO PRIMERO

Amanece. La decoración es un paisaje manchego en el que se ven tres ó cuatro molinos de viento que se suponen los últimos de la línea de treinta ó más de que habla Cervantes.

ESCENA PRIMERA

Aparecen DON QUIJOTE sentado en una peña y SANCHO tendido sobre una manta

QUIJ. Despierta, Sancho, despierta. ¡La ventura guía nuestros pasos! ¡Mira, mira, allí descubro treinta ó más desaforados gigantes á quienes pienso quitar sus vidas!

SAN. (Desperazándose.) ¿Qué gigantes, señor?

QUIJ. (Levantándose.) Aquéllos que allí ves; con sus despojos comenzaremos á enriquecernos, y ademas, es buen servicio el quitar de la tierra tan mala simiente.

SAN. Yo nada veo.

QUIJ. Si están ahí, mira; esos de los brazos largos, que los suelen tener hasta casi de dos leguas.

SAN. ¡Tá, tá, tá! ¡son molinos! y á lo que vuestra mercé llama brazos, son las aspas.

QUIJ. Tráeme, tráeme el caballo, y verásme entrar con ellos en fiera y singular batalla; si tienes miedo, quédate en oración mientras tanto.

SAN. (Saliendo.) Haced lo que gustéis, pero yo aseguro que son molinos. (La orquesta imita el ruido de los molinos)

QUIJ. (Junto á las cajas y dispuesto á montar.) ¡Non fuyades, cobardes criaturas, que un sólo caballero es el que os acomete. (Mutis.)

ESCENA II

SANCHO, solo

(Junto á las cajas.) ¡Señor! ¡que son molinos! ¡teneos, señor!... ¡va ciego de coraje!... ¡y enristra la lanza!... ¡ay, Dios mío!... ¡aquí muere mi amo!... ¡caballo y caballero por los aires!... ¡voy, señor, voy!... (Transición.) ¡Quizás esté yo soñando y mi señor acabe de conquistar, en este momento, una ínsula para mí! (Vase y entra á muy poco con Don Quijote en brazos.)

ESCENA III

DON QUIJOTE y SANCHO

SAN. (Dentro.) ¡Válgame Dios! ¡Pecador de mí! (Entrando.) ¿No dije á vuestra merced que eran molinos de viento y que no lo podía ignorar sino quien llevase otros tales en la cabeza?

QUIJ. Las cosas de la guerra están sujetas á continua mudanza; el sabio Frestón, el que me robó el aposento y los libros, trocó en molinos estos gigantes para quitarme la gloria de su vencimiento; pero han de valer poco sus artes contra la bondad de mi espada.

SAN. Dios lo haga como puede; ¿estáis herido, señor? ¿tenéis dolores?

QUIJ. Sí los tengo; pero no es permitido á los caballeros andantes quejarse de sus heridas por grandes que sean.

SAN. Pues si eso no reza con los escuderos andantes, yo me he de quejar del más pequeño dolor que tenga. (Oyese dentro ruido de cascabeles y Don Quijote se levanta nerviosamente.)

QUIJ. O yo me engaño, amigo Sancho, ó aquí meteremos las manos hasta los codos en eso que llaman aventuras. (Dirigiéndose a la izquierda.) Ven, ven, mira; aquí vamos á tener la

más famosa que se haya visto; aquellos bultos negros que allí parecen son encantadores que llevan hurtada alguna princesa en aquel coche, y es menester desfacer el entuerto; trae, trae los ganados.

SAN. Esto si que va á ser peor que lo de los molinos; aquellos á quienes llama vuestra merced encantadores, son dos frailes de San Benito, y el coche debe de ser de alguna gente pasajera. (Vase por los ganados.)

QUIJ. Presiento que esta aventura va á ser soberbia, si el maldito Frestón que me persigue, no hace alguna de las suyas.

SAN. Mire, señor, lo que hace, que en donde parece que hay tocinos, no hay sino estacas.

QUIJ. (Como disponiéndose á montar.) Poco versado estás tú en estas cosas. (Saliendo) ¡Gente endiablada y descomunal...!

SAN. (Medio mutis.) O mi amo está loco, ó yo soy Duque al terminar esta aventura. (Mutis.)

ESCENA IV

FRAILE 1.°

(Entra en escena corriendo, descompuesto, con hábito de San Benito, anteojos azules y quitasol verde.)

Música

(En las cajas.)
¡Mozos! ¡ese mulo
que se me espantó!
¡Corred á cogerle
que aquí espero yo!
(En el proscenio.)
¡Qué barbaridad!
¡qué barbaridad!
¡Cuán cerca vió la muerte
mi paternidad!

—

¡Dóminus vobiscum!
¡Señor, yo pequé!

¡Vaya un desalmado
y un hombre sin fe!

—

Lanzando venablos
llegóse hasta mí,
y yo temeroso
la fuga emprendí,
pues cierto hermanito
me dijo una vez
aunque en Dios confíes
aprieta á correr,
y ten muy presente
lo que dijo Dios:
«A quien bien se salva
bien le salvo yo.»

—

Kirieleyson, kirieleyson,
yo estoy molido
del coscorrón.

—

Mis dos espolines
al mulo metí
y á campo traviesa
lleguéme hasta aquí.
Tropezó el cuartago
con un terraplén,
huyó presuroso,
yo en tierra quedé,
y en salvo me puse,
porque dijo Dios:
á quien bien se salva
bien le salvo yo.

—

Kirieleyson, kirieleyson,
etc.

ESCENA V

DICHO y FRAILE 2.°

FRAILE 1.° ¡Severiano!
¡Severiano!
¿No te ha muerto?
¡Santo Dios!
FRAILE 2.° No me ha muerto,
pero juro
que muy poco
le faltó.
FRAILE 1.° ¡Fortem contundit
espaldam tuam!
FRAILE 2.° ¡Si es que repite
voy á la tumba!

—

LOS DOS Dómine infunde
misericordia.
Dómine parce
pecata nostra.
Kirieleyson, kirieleyson,
yo estoy molido
del coscorrón.

—

FRAILE 2.° Cuán poco, hermano mío,
tu ayuda me valió.
FRAILE 1.° Más vale morir uno
que perecer los dos.
LOS DOS Dómine, dómine sancte
ten al diablo muy sujeto
y evita siempre que puedas
el que salga á nuestro encuentro.
San Bruno, San Mateo,
San Lucas, San León,
San Pedro, Santa Paula,
¡tenednos compasión! (Mutis. Telón.)

MUTACION

CUADRO SEGUNDO

Un paisaje manchego, junto á una carretera; al levantarse el telón corto del cuadro primero debe aparecer un cuadro plástico, preparado en la siguiente forma: el telón de fondo está á dos cajas; en el centro de la escena yace el Vizcaino, y junto á él su espada y un almahadón del coche; Don Quijote tiene puesto un pie sobre el pecho del Vizcaino y la punta de la espada sobre su frente; las dos damas están de rodillas junto á Don Quijote, y los dos criados atienden al Vizcaino, que no se mueve; á la derecha se ve parte del coche de colleras, en el que se supone caminaban todos.

ESCENA PRIMERA

DON QUIJOTE y LAS DOS DAMAS

Música

QUIJ. Ya te venció mi brazo valeroso,
yace tu espada como tú en el suelo
mío es el campo, mía la victoria
y aquí sucumbes ó te rindes presto.

DAMAS Señor caballero,
ya que le venció,
con el pobrecito
tenga compasión;
por Dios lo pedimos,
hágalo por Dios
que á sus enemigos
también perdonó.

QUIJ. Yo, fermosas señoras, soy contento
de hacer lo que me pidan vuestros labios;
sólo una fácil condición impongo:
vos haréis que la cumpla este cuitado:
tan pronto como pueda levantarse,
y aun cuando se quedase cojo ó manco
al Toboso ha de ir y á Dulcinea
puesto de hinojos besará la mano.

DAMAS (Levantando al Vizcaino y marchando hacia el coche con él.)

Señor caballero,
tranquilo quedad
que vuestra exigencia
presto cumplirá.
Ahora sus heridas
vamos á curar;
señor caballero,
tranquilo quedad.

(Queda Don Quijote limpiando y envainando su espada.)

ESCENA II

DON QUIJOTE y SANCHO

(Entra Sancho corriendo, cae de rodillas ante Don Quijote y le besa la mano.)

Hablado

SAN. ¡Señor Don Quijote mío! ¡Deme vuestra merced la ínsula que en esta pendencia se ha ganado!

QUIJ. ¡Ay, hermano Sancho! no son estas aventuras de ínsulas sino de encrucijadas, en las que no se gana otra cosa que sacar la cabeza rota ó una oreja menos.

SAN. Creo que debíamos irnos á retraer en alguna iglesia, porque según quedó maltrecho el Vizcaino, no será mucho que avisen á la Santa Hermandad, y primero que salgamos de la cárcel...

QUIJ. ¿Dónde has visto tú que caballero andante haya ido á la cárcel por más homicidios que que cometiere?

SAN. Yo no sé de *omecillos*, ni en mi vida caté ninguno: solo sé que la Santa Hermandad tiene que ver con los que pelean en el campo.

QUIJ. Yo te sacaré de sus manos; pero dime, ¿has visto tú más valeroso caballero que yo?

¿Has leido en las historias otro que tenga ó haya tenido mas brío en acometer, más aliento en perseverar, más destreza en el herir ni más maña en el derribar?

SAN. Yo no he leído estorias, porque no sé leer ni escribir; pero amo más atrevido que vuestra merced no lo he servido en todos los días de mi vida y... á lo que reparo, ¿por qué no se cura esa oreja? En las alforjas traigo hilas y ungüento blanco.

QUIJ. Todo fuera excusado si yo pudiera hacer una redoma del bálsamo de Fierabrás.

SAN. ¿Qué bálsamo es ese? (Comienza á curarle.)

QUIJ. Con él no hay temor ni aun á la muerte; cuando lo haga, si ves que en alguna batalla me parten por medio el cuerpo, como muchas veces sucede, encajas bien una sobre otra las dos mitades, me das á beber dos tragos del bálsamo y quedaré más sano que una manzana.

SAN. Si eso hay, no quiero más ínsula; deme la receta, siempre ha de valer á dos reales la onza y no necesito más para darme buena vida á no ser que tenga mucha costa.

QUIJ. Con menos de tres reales se pueden hacer tres azumbres.

SAN ¡Pecador de mí! ¿Pues á qué aguarda vuestra merced sino hacerle y enseñármele?

QUIJ. Calla, que mayores mercedes he de hacerte.

SAN. En el combate os han roto esta cobertera, mi amo. (La celada.)

QUIJ. ¡Rota mi celada de encaje! (Pone la mano en el puño de la espada y alza los ojos al cielo.) ¡Yo hago juramento al Criador de todas las cosas y á los santos cuatro Evangelios, donde más largamente están escritos, de hacer la vida que hizo el grande marqués de Mantua cuando juró vengar la muerte de su sobrino Valdovinos, que fué no comer pan á manteles y otras cosas que, aunque de ellas no me acuerdo, las doy aquí por expresadas, hasta tomar entera venganza del que tal desaguisado fizo, y conquistar otra celada tan buena como la mía.

SAN. Y si en muchos días no topamos hombre armado y con celada, ¿qué hacemos?

QUIJ. Cumplir mi juramento.

SAN. Por aquí no andan sino arrieros y carreteros que no sólo no gastan celada, sino que no saben lo que es.

QUIJ. (Levantándose.) ¡En marcha! Prepara las bestias; yo encuentro una celada antes de que cierre la noche y esto no lo digo á humo de pajas, lo mismo pasó con el yelmo de Mambrino, que tan caro le costó á Sacripante. (Salen los dos despacio mientras Don Quijote dice esto último. Telón.)

MUTACION

CUADRO TERCERO

De noche; un rellano en la falda de una montaña; á todo foro, en el centro, un caldero sobre piedras y troncos encendidos; varios pastores atizan la lumbre y prueban la cena, mientras cantanla siguiente canción.)

ESCENA PRIMERA

LOS PASTORES

Música

Ya no cantan sus penas los ruiseñores,
ya del sol se apagaron los resplandores;
noche querida,
con el reposo endulzas mi amarga vida.

—

Ya en el aprisco duerme nuestro ganado,
del esquilón los ecos se han apagado;
silencio santo
que á nuestra humilde fiesta prestas encanto.

—

Cuando la tarde cierra sus celosías,
surjen las aventuras y las orgías,
y los amores
tienen en los luceros sus protectores.
Noche solemne,
noche serena,
broches de plata
son tus estrellas,
cierne la luna
luz macilenta
que de fantasmas
cubre la tierra.
Cantad,
cantad,
de la tranquila noche
la majestad.

Hablado

CABR. 1.º (Probando la cena.) Esto ya está en sazón.
CABR. 2.º Pues cenemos ahora y mañana será otro día.

ESCENA II

DICHOS, DON QUIJOTE y SANCHO

QUIJ. A la paz de Dios.

CABR. 1.º Sean bien venidas vuestras mercedes y ya que tan á punto son llegados, cenen con nosotros si les place.

SAN. (Frotándose las manos.) Tonto es de solemnidad quien, teniendo el estómago á teja vana, dijere que no.

QUIJ. Que me place, señores míos. (Tienden unas pieles, ponen á Don Quijote un dornajo vuelto y siéntanse todos menos Sancho que está de pie al lado de su amo con un vaso de cuerno.) Porque veas, Sancho, el bien de la andante caballería, quiero que te sientes aquí á mi lado y en compañía de esta buena gente, que comas de mi plato y bebas por donde yo bebiere; de la caballería andante, se puede decir lo mismo que del amor se dice, que á todos los seres iguala.

SAN. ¡Gran merced! Como yo tuviese bien de comer, también lo comería de pie y á solas como sentado á par de un emperador y mejor me sabe lo que como en mi rincón aunque sea pan y cebolla, que gallipavos de otras mesas en donde tenga que mascar despacio, beber poco, limpiarme á menudo, no estornudar, ni toser, ni hacer otras cosas que la soledad y la libertad traen consigo, pero me sentaré, que á quién se humilla, Dios le ensalza. (Los pastores echan sobre las zaleas bellotas y castañas; Don Quijote coge un puño y dice:)

Música:—Recitado

QUIJ. Dichosa edad y siglos dichosos aquellos á quien los antiguos pusieron el nombre de dorados, y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces, los que en ella vivían, ignoraban estas dos palabras de *tuyo* y *mío*. Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes: todo era paz, todo concordia; aun no se había atrevido la pesada reja del corvo arado á abrir ni á visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre, que ella, sin ser forzada, ofrecía por todas partes de su fértil y espacioso seno lo que pudiese hartar, sustentar y deleitar á los hijos que entonces la poseían... (Oyese dentro un rabel.)

CABR. 1.º Para que con más veras podais decir, señor caballero andante, que os obsequiamos con buena voluntad, ahí viene un compañero nuestro, muy enamorado y entendido, que sabe leer y escribir y es músico de un rabel que no hay más que desear.

ESCENA III

DICHOS y ANTONIO, que trae el rabel

ANT. Dios os guarde.

QUIJ. Sed bien venido, hidalgo.

CABR. 1.º ¿Has cenado?

ANT. Sí.

SAN. Entonces no te hará cosquillas esta cornata. (Ofreciéndole el vaso.)

ANT. (Después de beber.) Traía en la garganta tierra de todas estas montañas.

CABR. 1.º Bien podías, Antonio, hacernos placer de cantar un poco para que vea este señor huésped que también hay en estos escampíos quien sepa de música.

ANT. Yo siempre estoy dispuesto; ¿qué va?

CABR. 1.º Pues el romance que á propósito de tus amores te compuso tu tío el beneficiado.

Música

ANT. Ya sé, Olalla, que me quieres
puesto que no me lo has dicho,
ni con los ojos siquiera,
mudas lenguas de amoríos.
Bien es verdad que tal vez,
Olalla, me has dado indicio
que tienes de bronce el alma
y el blanco pecho de risco.
No te quiero yo á montón
ni te pretendo y te sirvo
por lo de barraganía
que más bueno es mi designio.
Coyundas tiene la Iglesia
que son lazadas de sirgo;
pon tu cuello en la gamella
verás como pongo el mío.
Donde no, desde aquí juro
por el santo más bendito
de no salir destas sierras
sino para capuchino.

Hablado

QUIJ. Muy bien, amigo mío; algún encantador sin duda puso en vuestra materia al dios Orfeo. ¡Cantad, cantad otra cosa!

SAN. No, no; mejor estamos para dormir que para oir canciones; el trabajo de estos hombres no permite que pasen la noche cantando.

QUIJ Ya te entiendo, Sancho; tus visitas al zaque piden más recompensa de sueño que de música.

SAN. A todos nos sabe bien. (Bebe.) ¡Bendito sea Dios!

CABR. 1.º (A Don Quijote.) ¿Preparamos á vuestra merced un lecho con zaleas?

QUIJ. (Con énfasis.)
Mis arreos son las armas,
mi descanso el pelear
mis camas las duras peñas,
mi dormir, siempre velar.

ANT. Vele, pues, vuestra merced; nosotros nos recogeremos en la majada.

QUIJ. Dios os ayude, buena gente, y contad para siempre con el valeroso brazo del invencible don Quijote de la Mancha. (Van recogiendo los trastos los cabreros y saliendo con ellos; Sancho se tiende en una manta y don Quijote pasea ceremoniosamente. Solo ya.) Dormid todos; el más discreto, enamorado y valeroso caballero vela vuestro sueño y lo defiende contra malandrines y follones... (Telón.)

MUTACION

CUADRO CUARTO

Telón corto: campo y á la izquierda la portada de la venta con puerta practicable: va poco á poco anocheciendo

Música

(Los Yangüeses dentro.)

CORO DE HOMBRES Vaya una feria
la de Miranda;
vendes muy caro,
compras por nada
De allí truje yo,
de allí truje yo
un par de muletas
que no lo hay mejor.

UNO Cuando llego á una posada
le digo á la posadera:
hazme compañía un rato
que el estar solo me apena.

CORO Vaya una feria, etc.

(Al terminar el estribillo se oyen campanillas y voces como si se acercaran á la venta.)

Hablado

YANG. 1.º (Dentro.) Adelantaisus vusotros á preguntar.
YANG. 2.º Güeno.

ESCENA PRIMERA

DOS YANGÜESES; luego el VENTERO

YANG. 1.º ¡Ventero!
VENT. (Saliendo de la venta.) Bien venidos.
YANG. 1.º ¿Te han traído esta tarde un muerto?
VENT. No; ¿qué pasa?
YANG. 2.º Cuasi ná; nos han faltao dos entremetidos mientras la siesta, y les himos espadañao las costillas.

YANG. 1.º Y uno de ellos, si no se ha muerto, pa estas horas le faltará poco.
VENT. ¡Que siempre habéis de andar lo mismo!
YANG. 2.º ¿Nos das posada?
VENT. Sí; pero tengo un cuadrillero de la Santa Hermandad.
LOS DOS (Marchando apresuradamente.) ¡Güenas tardes!
YANG. 1.º ¡Cuándo se llevará el diablo á esa tropa!

Música

UN YANGÜÉS Dos cosas hay que me asustan:
ver de madrugada un tuerto,
y al llegar á una posada
encontrarme un cuadrillero.
CORO Vaya una feria... etc.

ESCENA II

DON QUIJOTE, tendido sobre el rucio; Rocinante reatado y SANCHO llevando al rucio del cabestro

Hablado

SAN. Digo á vuestra merced que es venta.
QUIJ Es un castillo, Sancho, y me duele entrar en él cabalgando en borrico, aunque casos hay en las historias.
SAN. Diferencia hay de ir caballero á ir atravesado como costal de paja; lo que me maravilla es que el rucio saliera libre y sin costas, cuando nosotros salimos sin costillas, ¡malditos yangüeses!

ESCENA III

DICHOS y el VENTERO

VENT. ¡A la paz de Dios! ¿qué mal trae su merced? (Bajan del asno á Don Quijote.)
SAN. Se cayó de una peña abajo y trae brumadas las costillas.
VENT. ¡Maritornes!

ESCENA IV

DICHOS, MARITORNES, VENTERA é HIJA

VENT.ª ¿Qué pasa?

VENT. Prepara un lecho á este señor.

VENT.ª (Mirando á Don Quijote.) ¡Ay! ¡si viene lleno de cardenales!

SAN. La peña tenía muchos picos; cuidad de que después de bizmarle, queden algunas estopas para mí.

VENT. Luego también vos habéis rodado.

SAN. Es... es... el sobresalto, no caí.

MAR. Bien podrá ser: yo soñé muchas veces caer de una torre abajo, y al despertar me encontré molida como si hubiera caído de veras.

SAN. ¡Ahí está el toque! Yo sin dormir tengo tantos cardenales como Don Quijote.

HIJA ¿Cómo se llama este señor?

SAN. Don Quijote de la Mancha, y es caballero andante. (Salen Ventera, Ventero é Hija, llevando á Don Quijote. Maritornes y Sancho les siguen.)

MAR. ¿Qué es caballero andante?

SAN. A fe que sois nueva en el mundo; caballero andante es una cosa que en dos palabras se ve apaleado y emperador. (Mutis Sancho.)

MAR. ¡Malus demus! ¡Apaleado ú emperador! Paréceme que más trai de lo unu que de lo otru.

ESCENA V

MARITORNES y CORO DE ARRIEROS

Música

CORO Esa gracia, Maritornes,
que tienes para cantar,
ahora que no están tus amos
la queremos admirar.

MAR. ¡Ah! ¡ah!
Nun sean necius,
quítense allá,
que hay muchos trastus
para fregar.

CORO ¡Canta, muchacha,
ya fregarás!
De aquí no pasas.

MAR. Pues allá va.

—

En el hórreo, cierta tarde,
me decía mi galán:
Maritornes, Maritornes,
yo te tengo de engañar.
¡Ah! ¡ah!
Yo le dí dos bofetones,
pero poco me sirvió,
porque aquella misma tarde
en el hórreo me engañó.
¡Oh! ¡hoo!
¡ohjojojó!

—

CORO Tiene mucha gracia,
canta, canta más.
¡Vaya un sentimiento,
casi haces llorar!

ARRIERO 1.º Yo, si tienes prisa,
te ayudo á fregar.

—

MAR. Junto al Cristo de la Mina
un escudo me encontré;
puse dos velas al Cristo
y á mi choza me marché.
¡Ah, ah!
Fuime á casa del tenderu,
el escudo dí á cambiar,
y... era falsu. ¡Vaya un Cristo!
¡Qué manera de engañar!
¡Ah, ah!
¡ahjajajá!

—

CORO — Bravo, Maritornes,
márchate á fregar,
que si viene el amo
te ha de regañar.

ARRIERO 1.º — (Aparte.)
Que te espero luego,
recuérdalo bien.

MAR. — Nun tengas cuidadu,
que nun faltaré.

—

CORO — Bravo, Maritornes,
etc.

(Mutis.—Telón.)

MUTACION

CUADRO QUINTO

El desván de la Venta con techo abohardillado; en el fondo una puerta pequeña; á la derecha de la puerta un candil colgado de la pared; tres camas: la de Don Quijote de banquillos, la de Sancho una estera, y la del Arriero los aparejos de sus mulos. Don Quijote y Sancho están acostados; la Ventera y la Hija curan á Don Quijote, Maritornes á Sancho; la cama del Arriero está vacía.

ESCENA PRIMERA

DON QUIJOTE, SANCHO, VENTERA, HIJA y MARITORNES

VENT.ª Ya estais curado; ahora á descansar.

QUIJ. Creedme, fermosas señoras; os podéis llamar venturosas, por haber alojado á mi persona en este vuestro castillo.

HIJA ¿Delira?

VENT.ª Tal vez.

MAR. (A Sancho.) ¿Y cómo andando con este señor, no tenéis siquiera un condado?

SAN. Es temprano; sólo hace un mes que andamos buscando aventuras y aún no hemos topado con ninguna que lo sea.

QUIJ. Pluguiera á los altos cielos que el amor no me tuviera tan resentido y los ojos de esta fermosa doncella fueran señores de mi libertad.

HIJA ¿Qué dice, madre?

VENT.ª No entiendo ni jota. ¿Has concluído, Maritornes?

MAR. Sí, señora.

VENT.ª Pues vámonos; ¡que descansen vuestras mercedes! (Mutis Ventera, Hija y Maritornes que se llevan el candil.)

ESCENA II

DON QUIJOTE y SANCHO

QUIJ. ¿Duermes, Sancho amigo? (Este no contesta.) Sus espaldas están más hechas á estos nublados de palos, que las mías criadas entre sinabafas y holandas. (La orquesta preludia el número siguiente.) La hija de los dueños de este famoso castillo, vencida de mi gentileza ha de acudir presto, á hurto de sus padres, á la amorosa cita; mi honestidad ha de verse en peligroso trance; pero juro no hacer alevosía á mi señora Dulcinea del Toboso aunque la misma reina Ginebra con su dama Quintañona se me pusiera delante.

ESCENA III

DICHOS y EL ARRIERO, á poco MARITORNES en camisa y con una toca en la cabeza. El Arriero ha entrado y se ha tendido en su cama, mientras habló lo anterior Don Quijote

Música

ARRIERO
Ya cautelosa
la siento entrar;
¡cuánto la pícara
me hace esperar!

(Entra Maritornes y va á la cama de Don Quijote.)

QUIJ. (Cogiéndola de las manos fuertemente.)
Fermosa doncella
de talle altanero
tus manos son rosas,
oro tus cabellos,
soles son tus ojos,
ámbar es tu aliento,
suave cendal vistes,
mil perlas tu cuello
adornan, gozosas
de tocar tu cuerpo.

ARRIERO (Levantándose.)
Con otro sin duda
también se citó;
¡van á ver qué buenas
bromas gasto yo!

QUIJ. La merced, señora,
que me habedes fecho
viniendo amorosa
á éste mi aposento,
pagar yo quisiera;
pero tan maltrecho,
fermosa señora,
mi suerte me ha puesto
que... aunque... bien quisiera
señora... ¡no puedo!

ARRIERO ¡Se acaba mi paciencia!
la voy á reventar;
¡infame Maritornes,
ahora quien soy verás!
(Va hacia Don Quijote.)

QUIJ. La fe además, señora,
que prometida tengo
á la que manda en éste
cautivo caballero,
doncella enamorada,
me impide complaceros.
(Pega el Arriero á Don Quijote y cae al suelo el lecho con estruendo.)

VENT. (Dentro.)
¡Maritornes! ¡Fementida!
¡Maritornes! ¿Dónde estás?

ARRIERO ¡Santo Dios! ¡Se armó la gorda!
¡Hice una barbaridad!

ESCENA IV

DICHOS y VENTERO que entra con un candil. Maritornes se acurruca junto á Sancho, éste despierta y riñe con ella; acuden el Ventero y el Arriero, el candil se apaga y riñen todos á obscuras armando un ruido infernal, con cuyo motivo entra el CUADRILLERO

CUAD. ¡Favor á la justicia!
¡Ténganse todos ya

y humildes obedezcan
á la Santa Hermandad!

ARRIERO } MAR. — Un Cuadrillero
vino hasta aquí.

SAN. — ¡Buena la hicimos!

VENT. — ¡Pobre de mí!

CUAD. — ¡Favor á la justicia! etc.

SAN. — A la cárcel de seguro
vamos todos á parar,
este entuerto Don Quijote
no lo puede enderezar.

VENT. — Si me coge el Cuadrillero
y me lleva al Tribunal,
mis delitos ya olvidados
á la luz parecerán.

ARRIERO — Las mujeres casquivanas
que no tienen corazón,
está visto, á cualquier hora
buscan una perdición.

MAR. — Ese endinu Don Quesote
que del brazo me agarró,
es la causa el maldecíu
de la zambra que se armó.

CUAD. — ¡Favor á la justicia!
¡y á la Santa Hermandad!

TODOS — A ver si alguno encuentra
el modo de escapar.

CUAD. — (Cogiendo de la barba á Don Quijote.)
¡Dios mío! ¿qué toco?
Un muerto hay aquí,
¡que no salga nadie!
¡traigan un candil!

(Todos buscan la puerta menos Sancho.)

VENT. — ¡Un muerto dice!

ARRIERO — ¡Qué atrocidad!

MAR. — ¡Vámonos todos!

SAN. — (Dejándose caer.)
¡No puedo más!

CUAD. — ¡Que no salga nadie!
¡traigan un candil!

TODOS — ¡Sálvese el que pueda!
¡Vámonos de aquí!

(Mutis Ventero, Arriero y Maritornes.)

CUAD. (En la puerta.)
¡Tráiganme luces
ó por mi fe,
á todos juntos
castigaré! (Mutis.)

ESCENA V

DON QUIJOTE y SANCHO

Hablado

QUIJ. ¿Duermes, Sancho amigo?

SAN. ¡Qué tengo de dormir, si parece que todos los diablos dieran conmigo esta noche!

QUI. O yo sé poco ó este castillo es encantado; pero lo que voy á decirte lo has de tener guardado hasta después de mi muerte, porque yo soy enemigo de que se quite la honra á nadie.

SAN. Lo guardaré hasta que vuestra merced muera y ojalá lo pueda decir mañana.

QUIJ. ¿Tan mal me quieres?

SAN. Soy enemigo de guardar mucho las cosas.

QUIJ. La hija del dueño de este castillo, enamorada de mí, vino á verme y cuando la tenía en mis brazos, sin que yo viera por dónde, vino una mano pegada á un brazo de algún descomunal gigante y me bañó las quijadas en sangre; sin duda fué algún moro encantado que la guarda y no para mí.

SAN. Ni para mí, porque más de cuatrocientos moros me han aporreado de tal manera, que la paliza de ayer fué tortas y pan pintado.

QUIJ. No tengas pena, yo haré el bálsamo precioso de Fierabrás y con él sanaremos en un abrir y cerrar de ojos.

Música

(Continúa el número anterior.)

ESCENA VI

DICHOS, el CUADRILLERO y CORO

(Entran sigilosamente; Don Quijote y Sancho se acurrucan en la cama de Don Quijote.)

CUAD. Aquí en el desván
un muerto encontré
y la gente huyó
cuando yo grité.

CORO Un muerto hay en la venta,
Dios mío, ¿quién será?
sin duelo al asesino
debemos castigar.

CUAD. Tenía luenga barba,
helada la nariz,
crispados los dos puños...
¡busquemos por aquí!

CORO Recemos por su alma
con mucha devoción,
¡Dios misericordioso,
tenedle compasión!
Díganos si está cierto
de que aquí en el desván había un muerto.

CUAD. Muerto, como mi abuela,
quedó al marcharme yo por la pajuela.

CORO Pobrecito, pobrecito,
pobrecito, quién será.

CUAD. Debe ser el caballero
que esta tarde ví llegar.

SAN. Mi amo: es el moro
que viene otra vez,
sin duda de nuevo
nos quiere moler.

CUAD. Aquí está, señores,
muerto lo dejé
y ha resucitado,
¡si no puede ser!

CORO Si es broma, las costillas
le vamos á brumar;
el necio, nuestro sueño
debió de respetar.

CUAD. ¿Cómo va, buen hombre?
¿no habéis muerto al fin?
Ha pocos instantes
por muerto os dí.

QUIJ. Hablarme con más mesura
bien podía el majadero,
¡buen hombre! ¿por qué así llamas
á un andante caballero?

CUAD. Se trata de un loco
que nos engañó.

CORO (Amenazando al Cuadrillero.)
Pues esta bromita
no la aguanto yo.

CUAD. Yo no tengo culpa;
la Santa Hermandad
los desaguisados
tiene que evitar.

QUIJ. (Levantándose colérico.)
Follones, malandrines, vil canalla,
apartaos de aquí, ó uno por uno
vais á probar el temple de mis armas.

CUAD. ¡Lástima de sueño
el que yo perdí!
¡al diablo los locos!
¡vamos á dormir!
(Tira con el candil á Don Quijote.)

CORO (Saliendo)
Lástima de sueño
el que yo perdí.
¡al diablo los locos!
¡me voy á dormir!
¿Por qué estando loco
pudo entrar aquí?
Cuentas al Ventero
debéis de pedir.
Vamos, señores,
á descansar,
porque el difunto
bien vivo está. (Mutis.)

SAN. Diéronme un susto los moros;
por fortuna ya se van,
quiera Dios que al fin podamos
hasta el alba descansar. (Telón.)

MUTACIÓN

CUADRO SEXTO

A la derecha la fachada de la venta con puerta practicable; de la portada arranca una tapia como de metro y medio de altura que cruza toda la escena.

ESCENA PRIMERA

VENTERO, VENTERA, HIJA, ARRIEROS y gentes de la venta

Música

VENT. Caballero y escudero
se me van á envenenar
con el bálsamo famoso
que llaman de Fierabrás.

CORO ¡Qué ungüento tan raro,
nunca lo probé!
¿Qué bálsamo es ese?
Cuente su mercé.

VENT. Pidióme un cazo,
díselo luego:
púsolo al fuego,
rezó en latín;
picó tomillo,
romero y menta,
malvas, pimienta,
clavo y jazmín.
Pidió una alcuza,
dísela presto:
todo dispuesto
llegó á tener;
bebió dos tragos,
y al majadero
de su escudero
le dió á beber.

—

CORO ¡Qué barbaridad!
¡qué barbaridad!

con ese menjurge
van á reventar.
Pidióle un cazo,
dióselo luego:
púsolo al fuego, etc.

VENT — A los dos el estómago
se les volvió al revés;
creí que morirían,
pero han quedado bien.

CORO — De cobre por dentro
los dos deben ser,
yo muero si pruebo
el menjurge aquel.
Silencio, señores,
que aquí sale ya
el que hizo el bálsamo
de Fierabrás.

ESCENA II

DICHOS y DON QUIJOTE, á caballo

Hablado

QUIJ. — (Al Ventero.) Señor alcaide: muchas son las mercedes que en este castillo he recibido; pero os las puedo pagar haciéndoos vengado de algún soberbio que os haya fecho algún agravio, pues sabed que mi oficio es valer á los que valen poco, vengar á los que reciben entuertos y castigar alevosías.

VENT. — Señor caballero, yo sé vengarme cuando lo necesito; lo que ahora quiero es que me pagueis el gasto.

QUIJ. — ¿Luego esta es una venta?

VENT. — Y muy honrada.

QUIJ. — Pensé que era castillo, y no malo; pero si es venta, perdonad por la paga; yo no puedo contravenir á la orden de caballeros andantes, quienes jamás pagaron en estos casos; bien lo vale el insufrible trabajo que pasan buscando aventuras noche y día, á pie y á

caballo, con sed y hambre, con calor ó con frío...

VENT. Poco tengo que ver con eso; págueme y déjese de cuentos y caballerías; yo vivo de mi hacienda.

QUIJ. (Enristrando la lanza.) Vos sois un sandio y un mal hostelero. (Mutis á caballo.)

ESCENA III

LOS MISMOS, menos DON QUIJOTE

Música

CORO
Ya se marcha el loco,
sin pagar se va,
ya dudar no puedes de que Don Quijote
es muy liberal.

VENT.
Queda el escudero
que ahora saldrá,
y á ese pelagatos, por buenas ó malas
le voy á cobrar.

CORO
Mira en donde viene,
ahí lo tienes ya;
pídele los cuartos, que si te descuidas
se te va á escapar.

ESCENA IV

DICHOS y SANCHO, montado en el rucio

VENT.
(A Sancho.)
Señor escudero,
la bolsa soltad;
porque vuestro amo, fosco y orgulloso,
no quiso pagar.

SAN.
Pues si Don Quijote
no pagó, en verdad
que yo, Sancho Panza su escudero andante,
no debo pagar.

VENT.
Si tú no me pagas
yo me cobraré.

SAN. Pues haz lo que quieras
porque no hay de qué.

(Coge el Coro á Sancho y lo baja del burro.)

CORO Entre todos
cobraremos,
una manta
preparad (Mutis Ventero.)
y vereisle
holgarse en ella
como gato
en Carnaval. (Mutis todos.)
Ven acá,
ven acá,
que en risa tu gasto
nos vas á pagar.

(Coro, dentro.)

Empuja, paraile,
tira, ccrdobés,
que suba,
que baje,
que quieto
no esté.

(Se ve detrás de la tapia subir y bajar la contrafigura de Sancho.)

SAN. Basta, malandrines,
dejadme marchar.

CORO En risa tu gasto
nos vas á pagar.
Empuja, paraile, etc.

SAN. Basta, malandrines,
la manta soltad.

QUIJ. (Entra á caballo y se asoma á la tapia)
¡Gente mal nacida
y descomunal,
venid, que uno á uno
os voy á matar!

CORO Que suba,
que baje, etc.

QUIJ. ¡Gente mal nacida
y descomunal,
vuestras demasías
he de castigar!

(Aturdidos por las voces de Don Quijote, sacan á Sancho derrengado, lo montan en el borrico y lo arropan

con el gabán; el Ventero coge las alforjas del burro y se las lleva.)

CORO

Vaya con Dios,
márchese ya,
todo su gasto
pagado está.

Hablado

SAN. Señor, ¿por qué no me habéis vengado?

QUIJ. Ya te he dicho que no puedo hacer armas contra quien no haya sido armado caballero; además, esos que tan atrozmente tomaron pasatiempo contigo, son fantasmas y gentes del otro mundo. (Mutis los dos.)

Música (Continuación)

CORO

Vayan los andantes,
váyanse con Dios,
y suelten la bolsa, cuando como ésta
llegue otra ocasión;
pues en las posadas
suele suceder
que el desventurado que no paga en cuartos
paga con la piel. (Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

CUADRO PRIMERO.—*En Sierra Morena.* (A todo foro.)
CUADRO SEGUNDO.—*En la Venta.* (Idem.)
CUADRO TERCERO.—*Encantamiento de Don Quijote.* (Telón corto.)
CUADRO CUARTO.—*La jaula encantada.* (A todo foro.)

PERSONAJES

DON QUIJOTE.
SANCHO.
UN CABRERO.
CARDENIO.
DOROTEA.
CURA.
BARBERO.
VENTERO.
VENTERA.
HIJA.
MARITORNES.
DON FERNANDO.
LUXCINDA.
CAUTIVO.
ZORAIDA.
OIDOR.
DOÑA CLARA.
MOZO DE MULAS.
ESCOPETERO 1.º
BARBERO 2.º
CUADRILLERO 1.º

Escopeteros, cuadrilleros, enmascarados, arrieros y gentes de la venta

CUADRO PRIMERO

Tres filas de peñascos; entre cada dos, un paso practicable. Don Quijote y Sancho, al levantarse el telón, están tumbados sobre mantas. Sancho sale por la izquierda y vuelve en seguida enjugándose las lágrimas. Está amaneciendo.

ESCENA PRIMERA

DON QUIJOTE y SANCHO

SAN. ¡Hijo de mis entrañas! ¡regalo de mi mujer! ¡envidia de mis vecinos! ¡alivio de mi cargas!

QUIJ. ¿Qué te sucede, Sancho amigo?

SAN. ¡Ay, mi amo! ¡Me han robado el rucio! (Don Quijote se incorpora y se levanta.)

QUIJ. ¡Cómo ha de ser! Ten paciencia; yo te daré tres de cinco que dejé en mi casa.

SAN. Gracias, gracias, amo mío. (Le besa la mano.)

QUIJ. (Pinchando con la espada un bulto.) ¿Has reparado en este cojín?

SAN. No, á fe mía.

QUIJ. Abre esta maleta y veremos lo que contiene.

Música

SAN.
Bendito sea el cielo
que al fin nos ayudó.
¡Oro! Dios lo bendiga.
¡Mirad! ¡mirad, señor!
¡Un libro de memorias
también aquí encontré!
Mientras el oro cuento
lea vuestra merced. (Le da el libro.)

QUIJ. (Leyendo.)
O le falta al amor conocimiento
ó le sobra crueldad, ó no es mi pena
igual á la ocasión que me condena
al género más duro de tormento.

SAN. ¡Cuánto dinero,
ya rico soy,
todos mis males
á olvidar voy!

QUIJ. Pero si amor es Dios, es argumento
que nada ignora y es razón muy buena
que Dios no sea cruel, pues quien ordena
el terrible dolor que adoro y siento.

SAN. Catorce veces
perdí la cuenta;
jamás he visto
tanta moneda.

QUIJ. Si digo que vos sois Fidi, no acierto,
que tanto mal, en tanto bien no cabe
ni me viene del cielo esta ruina.

SAN. Luego mi amo
que es liberal,
para mí todo
me lo dará.

QUIJ. Presto habré de morir, que es lo más cierto
que al mal de que la causa no se sabe
milagro es acertar la medicina.

SAN. Cuando yo encuentre
dos aventuras
cual la de ahora,
dejo á mi amo,
y bendiciendo
mi suerte loca,
vuelvo á mi casa
y sin zozobras
paso la vida
más deliciosa.

Hablado

QUIJ. Algún caminante descaminado debió de pasar por esta tierra, y salteándole malandrines, le debieron de matar y enterrar aquí.

SAN. Si fueran ladrones no se dejaran este dinero.

QUIJ. Es verdad; pues no acierto quién pueda ser el dueño de la maleta. (Pasa Cardenio por entre las rocas.) Mira, mira, Sancho, ese sin duda es; atájale para entregársela.

SAN. No puedo, señor, porque en apartándome de vuestra merced, me toma el miedo por su cuenta y me hace ver visiones.

QUIJ. Contento estoy de que quieras valerte de mi ánimo; ven conmigo, yo lo buscaré.

SAN. Mejor será no buscarle, porque tendríamos que restituir el dinero; así lo voy poseyendo de buena fe hasta que lo haya gastado, y si entonces parece, el rey me hace libre.

QUIJ. Te engañas, Sancho; nuestra sospecha de que ese sea el dueño de los objetos, nos pone en culpa; vamos á buscarle.

SAN. Aguarde su merced, que aquí viene un cabrero y acaso nos saque de dudas.

ESCENA II

DICHOS y el CABRERO

CABR. (Desde el practicable.) ¿Quién trae á sus mercedes por este lugar no pisado sino por cabras ó lobos? ¿Qué miran? ¿Aquella mula muerta? ¿Han encontrado á su dueño?

QUIJ. Solo hemos visto un cojín y una maletilla.

CABR. Yo también la hallé y no quise tocarla, no sea que me la pidieran por hurto.

SAN. Yo no me acerqué á ella, ni con un tiro de ballesta, que no quiero perro con cencerro.

QUIJ. ¿Sabéis quién sea el dueño de estas prendas?

CABR. Hace unos seis meses llegó un mancebo de gentil talle, caballero en esa mula; preguntó por la parte más áspera de la sierra y le digimos que aquí, hacia donde partió; pasados algunos días, salió al encuentro de un pastor, le pegó y le quitó el pan y el queso que traía en la borrica del hato; lo buscamos para decirle que cuando hubiere menester algo, lo pidiere y no lo quitare; saludonos cortesmente, disculpóse con buenas razones, y cuando estaba en lo mejor de su plática, comenzó á llorar y á llamar á un señor don Fernando, con cuyas señales y otras más, conocimos que estaba loco.

QUIJ. Pues yo he de buscarle á todo trance.

CABR. ¡Callad! Ahí se le siente; quizás llegué hasta nosotros.

ESCENA III

DICHOS y CARDENIO

CAR. Salud y ventura, señores míos.

QUIJ. Sea bien venido el hidalgo. (Se abrazan y se miran atentamente.)

CAR. Por cierto señor, quien quiera que seais, que yo no os conozco, os agradezco la cortesía que conmigo habéis usado.

QUIJ. Lo que yo deseo es serviros y daros consuelo, si vuestro dolor lo tiene, y así os conjuro á que me digais quién sois y la causa que os trae á vivir y morir entre estas soledades.

CAR (Después de un silencio, en el que vuelve á mirar atentamente á Don Quijote.) Si tienen algo que darme de comer, yo les ruego me lo den, que después haré todo lo que mi agradecimiento me mande. (El Cabrero y Sancho, sacan viandas, tienden unos sacos y se sientan los cuatro.)

CAR. Ahora, si me prometéis no interrumpir el hilo de mi historia, podré contaros todas mi desventuras.

QUIJ. Así os lo prometo en nombre de todos.

CAR. Mi nombre es Cardenio y soy noble y rico; en mi pueblo vivía un cielo en donde puso el amor toda su gloria, la hermosa Luxcinda, con quien casi desde niño sostuve amores; por razones de edad, privóme su padre la entrada en su casa, pero los que pusieron silencio á las lenguas, no pudieron ponerlo á las plumas, así que seguimos entendiéndonos; cuando dije á mi padre que la pidiera por esposa para mí, lo encontré leyendo una carta en la que el Duque Ricardo me llamaba para que acompañara á un hijo suyo; no hubo medio de evitarlo, y partí después de mil juramentos y desmayos de Luxcinda;

Don Fernando, uno de los hijos del Duque, encariñóse conmigo mucho y me descubrió sus amores con una hermosa y rica labradora llamada Dorotea, de la cual consiguió cuanto se proponía bajo palabra de casamiento; entonces decidió abandonarla, y con una disculpa, vinimos á mi ciudad y á mi casa. Cometí la torpeza de hacerle admirar la hermosura de Luxcinda y esto, como veréis, fue la causa de mi desventura. Cuantos billetes amorosos cambiabamos, los leía don Fernando á título de que la discreción de los dos le gustaba mucho; un día, habiéndome pedido Luxcinda un libro de caballería en que leer, de que era muy aficionada, el de Amadis de Gaula por cierto...

QUIJ. Conque me hubierais dicho al principio que vuestra dama era aficionada á libros de caballerías, bastaba para que yo la tuviera por discreta y hermosa; si vuestra merced es servido de venir conmigo á mi aldea, le podré dar más de trescientos que son el regalo de mi alma, aunque tengo para mí que ya no tengo ninguno, merced á la malicia de los envidiosos encantadores.

SAN. Con aposento y todo se los llevaron por los aires.

QUIJ. Seguid vuestra historia y perdonad la interrupción.

CABR. Sí, sí; que siga.

CAR. (Después de haber estado pensativo.) No habrá quien me pueda quitar del pensamiento que aquel bellaconazo del maestro Elisabad estaba amancebado con la reina Madasima.

QUIJ. Eso no; la reina Madasima fué muy principal señora, y no se había de amancebar con un sacapotras. Y quien lo contrario entendiere, miente como muy gran bellaco, y se lo haré entender á pie ó á caballo, armado ó desarmado, de noche ó de día ó como más gusto le diere. (Cardenio acomete á Don Quijote; le hacen frente todos y los tira al suèlo uno por uno; después huye.)

SAN. (Al Cabrero.) Tú tienes la culpa por no haber-

nos avisado de su locura, y me las vas á pagar ahora mismo. (Amenazándole.)

CABR. Ya lo dije, y si no lo habéis oído, ¿qué culpa tengo?

SAN. Mientes también tú.

CABR. Jamás he mentido. (Se agarran los dos y los separa Don Quijote.)

QUIJ. Decidme, amigo, ¿volveré á ver á Cardenio?

CABR. No abandona estas montañas; pero no me preguntéis más, que me está encendiendo la sangre la presencia de vuestro escudero: que Dios os guarde. (Mutis.)

ESCENA IV

DON QUIJOTE y SANCHO

SAN. Paréceme, señor Don Quijote...

QUIJ. Pronto olvidaste que no has de hablar en mi presencia.

SAN. Pues écheme vuestra merced su bendición y me dé licencia para volver á mi casa, que seria cosa es andar buscando aventuras toda la vida y no hallar sino coces, manteamientos, ladrillazos y puñadas, y con todo nos hemos de coser la boca; si siquiera hablaran los animales como en tiempos de Guisopete, yo departiría con Rocinante.

QUIJ. Habla, hombre; habla lo que quieras.

SAN. ¿Qué le iba á vuestra merced en volver por aquella reina Magimasa? Si no os metéis en esto, el loco hubiera pasado adelante en su historia y nos hubiéramos ahorrado golpes, coces y torniscones.

QUIJ Es gran blasfemia pensar que una reina esté amancebada con un cirujano; los que así pensaren, mienten digo otra vez, y mentirán otras doscientas.

SAN. Ni yo lo digo, ni lo pienso: allá se lo hayan; con su pan se lo coman: si lo fueron ó no, á Dios habrán dado cuentas; de mis viñas vengo, no sé nada; no soy amigo de saber vidas ajenas, que el que compra y miente,

en su bolsa lo siente, cuanto más, que desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano: mas que lo fuese, ¿qué me va á mí? y muchos piensan que hay tocinos y no hay estacas; ¿mas quién puede poner puertas al campo? cuanto más, que de Dios dijeron...

QUIJ. ¡Cuánta necedad! ¿Qué va de tus refranes á lo que tratamos? Calla, y entiende que cuanto hago está puesto en razón y conforme con las reglas de caballería.

SAN. ¿Y es regla de esas el que marchemos ahora a buscar á ese loco para que acabe lo que dejó comenzado, no de su cuento, sino de la cabeza de vuestra merced y de mis costillas?

QUIJ. Calla, hombre, que además he de hacer aquí una hazaña que ha de poner el sello á todo lo que puede hacer perfecto y famoso á un caballero andante.

SAN ¿Hay en ella gran peligro?

QUIJ. Quizás no haya ninguno; todo depende de tu diligencia.

SAN. ¿De mi diligencia?

QUIJ. Si vuelves presto de donde voy á mandarte, presto se acabará mi pena y comenzará mi gloria.

SAN. ¿Y qué hazaña es esa?

QUIJ. Amadis, desdeñado por la señora Oriana, cambió su nombre por el de Baltenebros y se retiró á la Peña Pobre á hacer penitencia, y yo voy á imitarle haciendo aquí del desesperado, del sandio y del furioso para imitar juntamente al valiente don Roldán, Orlando ó Rotolando mientras tú vuelves con la respuesta de una carta que contigo pienso enviar á mi señora Dulcinea del Toboso.

SAN. Me llevaré á Rocinante, ya que me quitaron el rucio.

QUIJ. Sea como quieras; pero antes hemos de buscar sitio apropiado, porque tengo que rasgar mis vestiduras, esparcir mis armas y darme de calabazadas por estas peñas.

SAN. Mire vuestra merced cómo se da esas cala-

bazadas, que á tal peña podría llegar, que con una tuviera bastante: déselas en el agua ó en cosa blanda y yo diré lo que hace al caso.

QUIJ. Te agradezco tu intención; pero eso, Sancho amigo, no puede ser.

SAN. De paso llevaré la libranza para que me den los pollinos.

QUIJ. La llevarás.

SAN. ¿Y quién es doña Dulcinea? Porque yo no la conozco.

QUIJ. Discreto y atinado tienes que ser, porque ella jamás ha visto letra mía, y por lo que me acuerdo, no sabe leer ni escribir, y con tal recato la crían además sus padres Lorenzo Corchuelo y Aldonza Nogales, que apenas si la habré visto tres ó cuatro veces.

SAN. ¡Ta, ta, ta! ¿Conque la hija de Lorenzo Corchuelo? ¡Bien la conozco! Tira tan bien una barra como el más forzudo zagal del pueblo; es moza de chapa, hecha y derecha, que puede sacar la barba del lodo á cualquier caballero andante ó por andar, que la tenga por señora. ¡Qué rejo tiene y qué voz! Pero yo creí que se trataba de alguna princesa.

QUIJ. Has de saber que la pinto en mi imaginación como yo la deseo, así en la belleza como en la principalidad, y si por esto fuese reprendido de los ignorantes, no seré castigado de los rigurosos.

SAN. Digo que en todo tiene razón vuestra merced y que yo soy un asno: pero no sé para qué nombro asno en mi boca, pues no se ha de mentar la soga en casa del ahorcado; pero venga la carta, y adiós, que me mudo.

QUIJ. Espera, espera, que antes hemos de buscar por estas montañas un sitio en donde haga yo tres ó cuatro locuras para que las veas y jures sin cargo de conciencia.

SAN. Eso no: mis costillas atestiguan que vuestra merced ha hecho muchas. (Mutis los dos.)

ESCENA V

DOROTEA. Entra y mira sigilosamente: convencida de que nadie la observa, dice:

Música

I

¿Podré al fin, ¡oh Dios mío!
podré al fin, por ventura,
hallar en la espesura
la dicha de morir?

—

Me ahogo con mi pena,
me aplana mi quebranto,
mi suerte me da espanto,
ya no puedo vivir.

—

Tranquila é inocente,
henchida de alegrías,
pasé felices días
de fausto y esplendor.

—

Hasta que abrasó el cáliz
de esta fragante rosa
la baba ponzoñosa
del áspid del amor.

II

A un tirano
inhumano
mi amor inmolé,
y en dolores,
amores,
cuitada troqué.

Entre cieno
y veneno
perdí la razón.
Sepultada
y ahogada
se vió mi pasión.

III

Riscos, malezas,
plantas y flores,
callad el drama
de mis amores.

—

Sean los lirios
y los romeros
de mi sepulcro
los pebeteros.

Canten las aves
la melodía
triste y solemne
de mi agonía.

—

Y las estrellas
con triste luz
sean blandones
de mi ataud.

IV

Pero al pie de mi tumba
cerca de mi agonía,
mi corazón amante
le quiere todavía.
¿Por qué? ¿por qué le quieres
si te ha sido traidor?
No hay nadie que comprenda
las leyes del amor.

V

Debo morir;
necio es buscar
lo que según mi sino
no puedo hallar.

Muerte es la vida
falta de amor,
ven y pon fin, ¡oh muerte!
á mi dolor.

Hablado

Siento ruido de gente que se acerca, y me disgustaría el verme sorprendida. (Desaparece rápidamente por el practicable.)

ESCENA VI

EL CURA y EL BARBERO

(El Cura vestido de mujer y el Barbero con la barba de cola de buey.)

CURA La verdad es que parece cosa indecente el que un sacerdote se vista de mujer, aunque le vaya mucho en ello, así que, ó cambiamos ó desistimos de nuestro intento.

BAR. Cambiemos si os place. (Se quitan los disfraces.)

CURA Por el camino os enseñaré lo que habéis de decir al señor Quesada.

BAR. Sin eso, yo lo pondré todo en su punto.

CURA Como debemos estar aun muy distantes de él, guardaremos estos disfraces y nos vestiremos más tarde.

BAR. Que me place; pero... ¡calla!... sin duda es Sancho Panza ese que ahí viene.

CURA Ciertamente; y el caballo que monta el de su amo.

ESCENA VII

DICHOS y SANCHO á caballo en Rocinante

BAR. ¡Amigo Sancho Panza!

SAN. ¡Bien hallados, señores Pero Pérez y Maese Nicolás! ¿Qué traen por aquí sus mercedes? (Se apea.)

CURA Vamos á Sevilla... por... cuestión de una herencia, ¿y vuestro amo en dónde queda?

SAN. Está ocupado en cierta parte y en cierta cosa que le es de mucha importancia.

BAR. No, no; decid en dónde queda; si no pensaremos que le habéis muerto y le habéis robado, puesto que venís sobre su caballo.

SAN. Yo, ni robo ni mato; mi amo queda haciendo penitencia en estas montañas. ¡Si supiérais lo valeroso que es y las aventuras que ha tenido!

CURA Contadnos algo.
SAN. Pero hay encantadores que le persiguen; en fin, ahora veréis.

Música

SAN.
Un príncipe encantado
en singular batalla
partiole á Don Quijote
por medio la celada;
Pero mi amo es hombre
de mucho corazón
y el yelmo de Mambrino
valiente conquistó.

CURA
¿El yelmo de Mambrino?
¡Jesús qué atrocidad!

BAR.
¿Y... qué es eso de yelmo?
¿Lo sabes tú explicar?

SAN.
Aunque mi amo dice
que es un tesoro,
yo nada en él he visto
maravilloso.
Antes, señores míos,
para mi santiguada
no es sino una bacía
de un rapa barbas.

CURA
¡Rara manía!

BAR.
¡Caso estupendo!
¡Dadnos más nuevas
de Alonso el Bueno!

SAN.
Vimos ir ensartados
en férrea cadena
á varios galeotes
de la peor ralea,
y mi amo, que es hombre
de mucho corazón,
enristrando la lanza
la libertad les dió.

CURA
¿Cómo tal desatino
pudísteis realizar?

BAR.
¿Y no temeis las iras
de la Santa Hermandad?

SAN.
Dejadme que la hazaña
del todo cuente.

Al verse libre aquella
maldita gente,
comenzó á tirar piedras
con tanto ensañamiento
que el librarnos fué cosa
de encantamiento.

CURA } Rara manía,
BAR. } caso estupendo.
¡Cómo está el juicio
de Alonso el Bueno!

SAN. Vean, señores,
cuántas hazañas
tiene mi amo
realizadas.

Hablado

BAR. ¿Y á dónde caminas?

SAN. Mi amo está enamorado hasta el hígado de la hija de Lorenzo Corchuelo, y voy á llevar una carta para ella.

CURA ¿A ver? Enséñanos esa carta.

SAN. La llevo aquí en un libro de memoria para trasladarla en papel...

CURA Yo la trasladaré de muy buena letra. (Sancho se registra y no encuentra el libro; se tira de las barbas y se da golpes.)

BAR. ¿Qué te sucede?

SAN. Qué me ha de suceder, sino haber perdido en un instante tres pollinos, que cada uno era como un castillo.

CURA ¿Cómo es eso?

SAN. En estas montañas me robaron mi rucio, y mi señor en el libro de la carta, me puso una libranza para que su sobrina me entregara tres pollinos de cinco que él dejó en su casa.

CURA No te apures; yo haré revalidar la manda; lo peor es lo de la carta.

SAN. Eso no me da pena, porque casi me la sé de memoria.

BAR. Dila pues; luego la trasladaremos.

SAN. (Rascándose y chupándose el dedo.) Por Dios, se-

ñor licenciado, que los diablos lleven la cosa que se me acuerda... al principio decía: *Alta y sobajada señora...*

BAR. Diría soberana ó sobrehumana.

SAN. Así es y luego si mal no recuerdo *el llagado y falto de sueño y el ferido besó a vuestra merced las manos ingrata y muy desconocida hermosa* y no sé qué de salud y enfermedad que le enviaba y por aquí iba escurriendo hasta acabar: *vuestro hasta la muerte, el caballero de la Triste Figura.*

CURA Excelente memoria tienes.

BAR. Envidiable.

SAN. Mi señor en cuanto yo vuelva se pondrá en camino para ser emperador ó monarca y casarme á mí con una doncella heredera de un Estado de tierra firme, que ya no quiero ínsulas ni ínsulos.

CURA Rogad á Dios por la salud de vuestro amo, que como decís, con el tiempo puede venir á ser emperador ó arzobispo.

SAN. ¿Y que dan los arzobispos andantes á sus escuderos?

CURA Algún beneficio ó alguna sacristanía con rentas.

SAN. Eso no, que soy casado y no sé ayudar á misa; encárguenle vuestras mercedes que no se haga arzobispo.

BAR. Descuida, que así lo haremos.

CURA Lo que debías hacer es buscarle y traerle aquí para que le veamos.

SAN. No, no; yo tengo que llevar la carta.

CURA Como la dura penitencia en que está puesto, ha de hacer que le parezca el tiempo muy largo, puedes decir que la has llevado ya.

CAR. (Dentro.) ¡Maldito mil veces el traidor don Fernando!

SAN. Ya no me voy, señor licenciado.

CURA ¿Por qué?

SAN. Tengo miedo de ese loco que sin duda se acerca.

BAR. ¿Qué te ha hecho? (Simulan hablar los tres mientras Cardenio canta dentro.)

Música

CAR. (Dentro.)

¿Quién menoscaba mis bienes?
Desdenes.
¿Y quién aumenta mis duelos?
Los celos.
¿Y quién prueba mi paciencia?
Ausencia.
De ese modo en mi dolencia
ningún remedio se alcanza,
pues me matan la esperanza
desdenes, celos y ausencia.

—

¿Quién mejorará mi suerte?
La muerte.
Y mis males, ¿quién los cura?
Locura.
Y el bien de amor, ¿quién le alcanza?
Mudanza.
De ese modo no es cordura
querer cruzar la pasión,
cuando los remedios son
muerte, mudanza y locura.

(Aparece Cardenio por el practicable y mira receloso á los tres.)

Hablado

CURA La historia es curiosa; vé á buscar á tu amo, que aquí retendremos á Cardenio.

BAR. Si se resiste á venir, le dices que le aguarda la reina de Micomicona para llevarle á sus Estados á que haga batalla con un gigantazo enemigo suyo.

SAN. ¿Y eso es cierto?

CURA Cuando vuelvas lo verás.

SAN. Queden en paz vuestras mercedes. (Mutis.)

CURA ¿Cuál de los dos está más loco?

BAR. Difícil es averiguarlo.

ESCENA VIII

CURA, BARBERO y CARDENIO

CAR. Dios guarde á vuestras mercedes.

CURA Y con vos haga lo mismo.

BAR. Decid, buen hombre, ¿por qué no dejais esta miserable vida y olvidais á la causa de vuestras penas?

CAR. Luego estais enterados de mis asuntos.

CURA Conocemos de vuestra historia la parte que contasteis á ese desdichado caballero andante que vive también entre estos riscos.

CAR. Pues lo que os falta conocer es bien poco: el desleal don Fernando, comprometido á pedir á Luxcinda por esposa para mí, la pidió para él y fué aceptado por el codicioso padre de la ingrata; fuí avisado por ella y me presenté á tiempo; escondido en su casa pude ver cómo la muy tornadiza otorgó el *sí*, cayendo después desmayada en brazos de su madre, quien al desabrocharla encontró en su pecho no sé qué papel escrito y como pude haber resuelto en aquellos momentos tomar venganza de todos, decidí retraerme en estas montañas á llorar la felicidad perdida para siempre. (Pasa Dorotea por el practicable.)

CURA ¿Veis?

CAR. ¡Es raro! ¿Una mujer?

BAR. Mirad, mirad, sus pies delicadísimos, se resienten al pisar los guijarros.

CURA Corramos en su ayuda.

CAR Id vos, que por vuestra dignidad seréis mejor atendido.

CURA Sí, sí. (Mutis.)

BAR. Y sin duda es muy hermosa.

CAR. Si no es la misma Luxcinda, no es persona humana, si no divina.

ESCENA IX

BARBERO, CARDENIO, CURA y DOROTEA vestida de hombre

CURA Lo que vuestro traje nos niega, vuestros cabellos nos descubren; así, pues, señora nuestra, perded el sobresalto y dadnos cuenta de vuestra buena ó mala suerte.

DOR. Yo agradezco mucho vuestras atenciones y para que no peligre mi honesto crédito os diré quién soy y las desventuras que aquí me traen.

CAR. ¿Sin duda sois Dorotea, la hija del rico Clenardo?

DOR. La misma, por mi desgracia. ¿De qué me conocéis?

CAR. Esta es, señores míos, la rica labradora traicionada por el cobarde don Fernando y de ella recordaréis, puesto que en mi historia la nombré.

DOR. Ciertamente yo soy, y esto me ahorra la vergüenza y el deber de referiros lo que solicitabais. (A Cardenio.) ¿Y vos, quién sois?

CAR. Yo soy Cardenio, el apasionado de la mudable Luxcinda.

DOR. Pasito, señor mío, pasito, que sois más afortunado que yo; el día de su desposorio la encontraron en el pecho un papel escrito en el que declaraba que no podía ser esposa de don Fernando porque lo era de vos.

CAR. ¿Y qué es de Luxcinda?

DOR. Desapareció de su casa; don Fernando se ausentó también, y cuando yo estaba en vuestra ciudad buscando nuevas, oí un pregón en el que ofrecían un premio al que me presentara, por cuya razón decidí ocultarme en estas montañas.

CURA Todo puede arreglarse, viniendo los dos con nosotros á nuestra aldea y, puesto que remedio tienen vuestras desdichas, desde allí lo buscaremos.

BAR. Pero antes convendría que nos ayudaran á sacar de aquí á ese desdichado hidalgo.

DOR. ¿A quién?

CURA A un pobre hombre en cuya imaginación viven gigantes y encantadores y pretende resucitar la andante caballería.

CAR. Decid, pues, en qué podemos serviros.

CURA Traemos disfraces para simular que la reina de Micomicón, por ejemplo, quiere llevarle á su tierra para que luche con un gigante.

DOR. Yo he leído libros de caballerías y sabré hacer muy bien ese papel.

SAN. (Dentro.) ¡Señor licenciado! ¡Maese Nicolás!

BAR. Aquí llegan; no hay tiempo que perder; vamos á vestirnos.

DOR. Yo dejé junto al río un hatillo de ropa.

CURA Vamos, pues, á preparar la comitiva. (Mutis.)

ESCENA X

DON QUIJOTE y SANCHO

SAN. Juraría que los dejé aquí mismo.

QUIJ. Habrán ido á avisar á la señora reina.

SAN. Miraré á ver si los veo venir. (Sube por el practicable.)

Música.—Recitado

QUIJ. Arboles, yerbas y plantas,
que en aqueste sitio estais
tan altos, verdes y tantas,
si de mi mal no os holgais,
escuchad mis quejas santas.
Mi dolor no os alborote,
aunque más terrible sea,
pues por pagaros escote,
aquí lloró Don Quijote
ausencias de Dulcinea
del Toboso.

—

Buscando las aventuras
por entre las duras peñas,
maldiciendo entrañas duras,
que entre riscos y entre breñas
halla el pobre desventúras,
hirióle amor con su azote,
no con su blanda correa,
y en llegándole al cogote,
aquí lloró Don Quijote
ausencias de Dulcinea
del Toboso.

ESCENA XI

DON QUIJOTE, SANCHO, CURA, BARBERO, CARDENIO y DOROTEA, dispuestos en comitiva y disfrazados para simular lo que tramaron

DOR. (De rodillas ante Don Quijote.)
De aquí, señor mío,
no he de levantarme
sin el don que espero
que habéis de otorgarme.
QUIJ. Fermosa señora,
no he de hablar ni oir
mientras no os vea
de pie frente á mí.
DOR. Sin el don no me levanto,
señor mío, perdonad.
QUIJ. Si á mi dama, rey ó patria
no perjudicare, hablad.
SAN. (Aparte á Don Quijote.)
Señor: es la reina
de Micomicón;
quiere que hagais guerra
con un gigantón.
QUIJ. Sea quien fuere,
yo cumpliré
lo que me manda
mi estrecha ley.
DOR. Tu fama de valiente
llegó á Micomicón,

donde un hermoso reino
mi padre me dejó.
Allí vive un gigante,
artero, vil, traidor,
que con muy malas artes
mi reino me usurpó.
Y quiero que tu esfuerzo,
tu brío y tu valor,
me den lo que el gigante
cobarde me quitó.

QUIJ. Yo te juro, princesa desgraciada,
devolverte tu estado sin tardanza:
¡nada destempla el filo de mi espada!
¡nada detiene el bote de mi lanza!

DOR. Mas antes de partirnos
me habéis de prometer
que otra aventura alguna
no habéis de acometer.

QUIJ. Así prometo, señora mía;
ya por mi triunfo siento alegría
loco deseo bulle en mi pecho
de á ese gigante dejar maltrecho.
Renazca toda vuestra esperanza
y á la batalla sin más tardanza.
(Pónense todos en marcha.)

BAR. (Al Cura.)
Ya mordió el anzuelo,
nuestra es la jornada.

CURA Si Dios nos ayuda
pronto está en su casa.
(Telón.)

MUTACION

CUADRO SEGUNDO

A todo foro. El portalón de la Venta. A la derecha, puerta que se supone en comunicación con el aposento que ha de ocupar Don Quijote.

ESCENA XII

VENTERO, VENTERA, HIJA y MARITORNES

VENT. Según mi cuenta debe de volver hoy aquel sacerdote que marchó vestido de mujer.

VENT.ª Y aquel su amigo que se llevó puesta por barba la cola del buey barroso.

HIJA Desde entonces anda el peine tirado por el suelo.

VENT. Y ayer, ¿no vino nadie en todo el día?

MAR. Yo á nadie he visto.

HIJA Hubo de madrugada unos arrieros; pero no se pararon más que para echar pienso á las mulas.

VENT. ¿Y no los viste, Maritornes?

MAR. Non señore, non los vide.

VENT.ª Hoy creo que vamos á tener buen día.

VENT. ¿Por qué?

VENT.ª Llevamos ya muchos de calma.

VENT. Barre bien por si acaso, Maritornes. (Se asoma á la calle por la puerta del fondo.) ¡Calle! ¿Quién diréis que viene? (Léganse los tres á la puerta, y el Ventero sale.)

HIJA ¡Si es aquél pobre hombre del manteamiento, con su amo!

VENT.ª Y con ellos llegan otros cuatro.

MAR. Bonita comitiva.

HIJA ¡Se apearon aquí!

VENT.ª ¡Me daba el corazón que íbamos á tener buen día:

MAR. Pues comu paguen lo mesmu que la otra vez...

HIJA Parece gente muy principal la que con ellos viene.

ESCENA XIII

DICHAS, DON QUIJOTE, SANCHO, CARDENIO, DOROTEA, CURA, BARBERO y VENTERO

VENT.ª Sean bien venidos los señores.

CURA Dios os guarde.

HIJA ¡Don Quijote! ¡Don Quijote!

MAR. (Aparte.) ¿Cómu vendrá agora? ¿Apaleadu ó emperador?

QUIJ. (Al Ventero.) Sin duda me aderezaréis mejor lecho que la otra vez.

VENT.ª Si me lo pagais mejor os lo daré de príncipes.

QUIJ. Pagaré lo que pidáis, señora mía. (Vase el Ventero á la puerta del foro. Don Quijote aparta á Sancho y los demás simulan hablar.) Después que viniste no he tenido espacio para preguntarte por mi señora Dulcinea. ¿Qué hacía aquella reina de la hermosura?

SAN. La encontré ahechando dos hanegas de trigo en el corral de su casa.

QUIJ. ¿Trigo dices? Aquellos granos eran perlas.

VENT.ª (A Don Quijote.) Pasad si queréis á vuestro aposento.

QUIJ. Sí; me acostaré, que vengo muy cansado. (Mutis Don Quijote y Sancho por la puerta de la derecha.)

VENT.ª (Al Barbero, cogiéndole por las barbas.) ¡Para mi santiguada que no se ha de aprovechar más de mi rabo!

BAR. Tened paciencia, señora.

CURA Dádsela; ya no es menester esa industria.

SAN. (Saliendo por la derecha) Desde que pareció mi rucio, no puedo estar sino á su lado. (Mutis por el foro.)

VENT. (Desde la puerta del foro.) ¡Ahora sí que llega una hermosa tropa de huéspedes; y paran todos aquí! ¡Gaudeamus tenemos! (Mutis.)

CAR. ¿Qué gente es?

VENT.ª (Que ha ido á la puerta.) Vienen cuatro á caba-

llo, dos á pie y en medio de todos una mujer vestida de blanco, en una silla.

CURA ¿Vienen muy cerca?

VENT.ª Ya están apeándose.

DOR. ¡Ay Dios! (Se tapa la cara con un velo y Cardenio se oculta en el aposento de Don Quijote. Entran los seis con antifaces; la dama encubierta también: siéntanla en una silla y se retiran los cinco, quedan el Ventero, Ventera, Hija y Maritornes que ha estado barriendo hasta ahora.)

ESCENA XIV

CURA, BARBERO, DOROTEA, DON FERNANDO, LUXCINDA y CARDENIO oculto

LUX. ¡Ay de mí!

DOR. ¿Qué mal sentís, señora mía? Si yo puedo daros consuelo, aquí estoy para serviros.

FER. No os canseis; esta mujer tiene por costumbre no agradecer cosa que por ella se hace y si os responde, será para deciros una mentira.

LUX. Jamás la dije y por eso me veo tan sin ventura; de ello vos sois testigo.

CAR. (Dentro.) ¡Válgame Dios! ¿Qué voz ha llegado á mis oidos? (Luxcinda se levanta y va á entrar á donde está Cardenio; don Fernando la detiene con fuerza; en la lucha queda el rostro de Luxcinda al descubierto y todos se admiran. Don Fernando se quita el antifaz, Dorotea exclama: ¡Ay, Fernando! y se desmaya en brazos del Barbero. Cardenio sale, el Barbero descubre el rostro á Dorotea y don Fernando la mira asombrado.)

Música

LUX. ¿Qué escucho? ¿De dónde
llegó á mí esa voz
que me habla de dulces
recuerdos de amor?

FER. Teneos quieta.

LUX. Dejadme ya.

DOR. ¡Luxcinda! ¡Don Fernando!
CAR. (Saliendo.)
¡Luxcinda! ¿En dónde está?
BAR. Traigan agua, traigan agua,
que un desmayo la cogió.
CURA (Echándole agua.)
Los desmayos casi siempre
son efecto del amor.

(Pasa Sancho cautelosamente y entra en el cuarto de Don Quijote; de cuando en cuando se asoma por la puerta.)

LUX. (A Fernando.)
Por lo que más queráis
os pido, señor, mío
que me dejéis llegar
al rey de mi cariño;
de ese árbol soy la hiedra,
á él solo siempre amé,
y de él á todo trance
muerta ó viva seré.
TODOS. El tirano y el amor
luchan á brazo partido;
al amor, si es necesario,
prestaremos nuestro auxilio.
DOR. (De rodillas ante Fernando.)
Si del sol, que sujeto así tienes,
no te ciega el potente fulgor,
ya habrás visto que soy la cuitada
que á tus manos perdiera su honor.
CAR. ¡Basta, Fernando!
FER. Soy tu señor.
CAR. Ríndeme cuentas (Saca la espada.)
de tu traición.

(Fernando suelta á Luxcinda para sacar la espada; Luxcinda cae en brazos de Cardenio. Dorotea sujeta á Fernando abrazándole por las rodillas; el Cura y el Barbero se acercan para contener á Fernando.)

DOR. Tú de ella ser no puedes
porque eres mío,
déjala ya en los brazos
de su marido.
CURA Mirad, mirad, señor,
solo la muerte suelta
los lazos del amor

y obra mal, á mi ver,
quien derramar consiente
lágrimas de mujer.

FER. (Tira la espada y ofrece su mano á Cardenio.)
Tienes razón, Cardenio,
tu amistad traicioné.

CAR. Si de hoy más sois correcto
todo lo olvidaré. (Se dan la mano.)

TODOS Ya nació la alegría
de entre las penas,
como la aurora nace
de las tinieblas.
Ya se sienten dichosos
los acuitados,
ya vuelven las amadas
con sus amados.

FER. En amor hay dos dichas distintas
muy grandes las dos:
la primera es el verse adorado
con brío y fervor;
la segunda alcanzar en las faltas
piadoso perdón.

DOR.
LUX. } Es el perdonar
placer singular
para la mujer,
pues donde hay amor
jamás el rencor
puede florecer.

TODOS Ya nació la alegría
de entre las penas, etc.

Hablado

(Oyese gran ruido en el cuarto de Don Quijote.)

SAN. (A voces desde la puerta.) ¡Acudid! Acudid presto y socorred á mi señor que está envuelto en la más reñida batalla que mis ojos han visto; ha dado una cuchillada al gigante enemigo de la señora princesa, y le ha tajado la cabeza cercén á cercén como si fuera una zanahoria.

CURA ¿Qué dices, hermano? ¡Si el gigante está á dos mil leguas de aquí! (Entra el Ventero.)

QUIJ. (Dentro.) ¡Tente, ladrón, malandrín, follón, no te ha de valer tu cimitarra!

SAN. No se paren á escuchar; entren y ayuden á mi amo, aunque creo que el gigante está muerto, que he visto correr su sangre y caer su cabeza, tamaña como un cuero de vino.

VENT. ¡Que me maten si no ha dado alguna cuchillada á mis cueros! (Van á entrar y sale Don Quijote en camisa.)

QUIJ. ¡Ladrón, malandrín! ¡Ya dejaste libre el reino de la señora Micomicona! ¡Ya te arranqué la vida! (El Ventero pega á Don Quijote y los demás los separan.)

SAN. (Buscando por el suelo.) ¡Todo, todo en esta casa es encantamiento; antes pasó lo que pasó (Acción de pegar.) y ahora no encuentro la cabeza que ví cortar por mis propios ojos, y corría la sangre como una fuente...

VENT. ¿Qué sangre ni qué fuente, enemigo de Dios? ¿No ves que es vino de esos pellejos lo que nada ese aposento? ¡Que nadando vea yo en los infiernos el alma de quien los horadó!

SAN. Lo que sé es que por no encontrar yo esta cabeza se ha de deshacer mi condado como la sal en el agua.

BAR. Como no le llevemos en una jaula, veo muy difícil el sacarlo de aquí.

DOR. Se me ocurre una idea: puesto que cree en encantadores, lo encantaremos; yo diré cómo.

QUIJ. (De rodillas delante del Cura.) Bien puede la vuestra grandeza, alta y fermosa señora, vivir de hoy más segura, sin que le pueda hacer mal ese gigante, á quien con ayuda de Dios y de aquella á quien sirvo, he quitado la vida. (El Cura lleva á Don Quijote á su aposento y sale.)

SAN. ¿No lo dije? ¡Mirad si mi amo no tiene ya puesto en sal al gigantazo! Ciertos son los toros, y mi condado está de molde.

VENT ¡Por vida! El único que pierde con estas locuras, soy yo; pero esta vez no os habéis de ir sin pagar como antes, porque... (Coge á Sancho del cuello.)

CURA — Teneos; yo prometo pagaros todo.

BAR. — Veamos, señora Dorotea, cómo sacamos de aquí á este pobre hombre.

SAN. — ¡Adiós! La reina se ha convertido en una señora particular que se llama Dorotea. Voy á decírselo á mi amo. (Mutis.)

DOR. — Metiéndole en una jaula y diciéndole que la manda un encantador.

CURA — ¡Magnífica idea!

ESCENA XV

DICHOS, el CAUTIVO y ZORAIDA

Música

ZOR. — De la tierra divina del sol naciente
dulces auras besaron mi tersa frente.
Mi corazón moruno lleno de anhelos
á un cautivo cristiano pidió consuelos.
Él valeroso — su vil cadena
como español — supo romper
tuvo en estima — y alegre á España
mi pretensión, — vengo con él.
Soy de Cristo y su madre María,
ciega, creyente,
y el bautismo acoger me propongo
cristianamente.
Odio á Mahoma — por él mis padres
y adoro á Dios; — abandoné,
soy muy dichosa — y hoy son mi vida
con mi español, — María y él.

CAUT. — Gracias, Zoraida mía,
sublime corazón,
jamás ha de faltarte
mi apasionado amor.
Y si algún día te proporciono felicidad
nada agradezcas que yo te debo mi libertad.

LOS DOS — De la tierra divina del sol naciente
dulces auras besaron mi tersa frente.

Cautivo	Zoraida
Hoy á mi patria vuelvo por fin, gracias al cielo libre y feliz.	El y María tráenme hasta aquí; me harán cristiana, libre y feliz.

Hablado

(Don Quijote sale de su aposento con todas sus armas y le miran todos asombrados.)

Quij. (A Dorotea.) Estoy informado, hermosa señora, de que vuestra grandeza se ha aniquilado y vuestro ser se ha deshecho, porque de reina y gran señora os habéis convertido en particular doncella.

Dor. Quien eso os dijo, caballero de la Triste Figura, no os dijo verdad; yo soy la misma que fuí y necesito valerme de vuestro brazo; así que mañana mismo nos pondremos en camino.

Quij. (A Sancho.) Ahóra te digo, Sanchuelo, que eres el primer bellaco que hay en España. Dime, ladrón, vagamundo, ¿por qué me dijiste esos diparates?

San. Puedo estar engañado en lo de la mutación de la princesa; pero lo de los cueros, al freir de los huevos lo verá.

ESCENA XVI

DICHOS, MARITORNES, VENTERA É HIJA, que ponen una mesa muy larga para que cenen todos

Vent. Hoy es día de gran entrada; un señor oidor y su hija acaban de apearse, y la verdad es que no se me ocurre en dónde alojarlos, porque aquí no cabemos ni de pie.

Dor. Muy sencillo. ¿Sin duda tendréis dos aposentos?

Vent. Sí.

DOR. Pues los hombres se acomodan en uno y las mujeres en otro.

QUIJ. Yo pasaré la noche velando este castillo.

CURA Decid á esos señores si quieren cenar en nuestra compañía.

VENT. Ya se lo dije; pero traen ellos viandas, y ahora están dando órdenes á sus criados.

VENT.ª Ya está todo dispuesto: cuando gusten pueden cenar vuestras mercedes. (Siéntanse todos menos Sancho, que permanece de pie junto á su amo; en la mesa quedan dos puestos para el Oidor y su hija.)

QUIJ. Verdaderamente, si bien se considera, señores míos, grandes é inauditas cosas ven los que profesan la orden de la andante caballería. ¿Quién podrá decir que esta señora es la gran reina que todos sabemos, y yo aquel caballero de la Triste Figura que anda por ahí en boca de la fama? El arte de las armas excede á todas las artes que los hombres inventaron, y esto se ve por el fin á que cada una se encamina: el de las letras es poner en su punto la justicia distributiva, dar á cada uno lo suyo y hacer que las buenas leyes se guarden; el fin de las armas es la paz, que es el mayor bien que pueden desear los hombres...

SAN O yo soy un porro ó este mi amo tiene más de predicador que de andante.

FER. (Al Cura.) ¡Y decís que está loco! ¡Si estoy asombrado de oirle!

CURA Es verdad; su inteligencia era admirable antes de sufrir este quebranto.

ESCENA XVII

DICHOS, el OIDOR y su HIJA

OIDOR Atentos á las bondades de vuestras mercedes, mi hija doña Clara y yo aceptamos la compañía que nos ofrecísteis.

FER. Sed muy bien venidos.

CURA — En esta nuestra mesa os reservábamos dos puestos. (*Se sientan.*)

CAUT. — (*Al Cura.*) Juraría que este oidor es mi hermano.

CURA — Yo lo averiguaré discretamente.

DOR. — Siga, siga, señor caballero, su discurso.

FER. — Sí, sí, que á estos señores les será grato escuchar cosas tan admirables.

QUIJ. — Alcanzar alguno á ser eminente en letras le cuesta tiempo, vigilias, hambre, desnudez, vaguidos de cabeza, indigestiones de estómago y otras cosas á estas adherentes; más llegar uno por sus términos á ser buen soldado, le cuesta todo lo que al estudiante, en tanto mayor grado que no tiene comparación, porque á cada paso está á pique de perder la vida, mucho más en estos tiempos con los espantables instrumentos de la artillería á cuyo inventor tengo para mí que en los infiernos se le está dando el premio, pues dió causa para que un cobarde brazo quite la vida á un valeroso caballero; una bala disparada de quien quizá huyó y se espantó del resplandor que hizo el fuego de la maldita máquina, corta y acaba en un instante los pensamientos y la vida de quien la merecía gozar luengos siglos... (*Telón muy lento.*)

MUTACION

CUADRO TERCERO

Telón corto. La fachada de la Venta; en el centro la puerta principal de la misma, practicable; á la izquierda, terciado, un bastidor con una ventana imperfecta á conveniente altura para que Don Quijote á caballo pueda llegar á ella.—De noche.

Música

EL MOZO DE MULAS dentro

I

Marinero soy de amor
y en su piélago profundo
navego sin esperanzas
de llegar á puerto alguno;
yo no sé á dónde me guía
una estrella que descubro,
pues las nubes me la ocultan
cuando más verla procuro.
¡Oh, clara y luciente estrella
en cuya lumbre me apuro!
Al punto en que te me encubras
será de mi muerte el punto.

II

Dulce esperanza mía
que rompiendo imposibles y malezas,
sigues la firme vía
que tú misma te finges y aderezas,
no te desmaye el verte
á cada paso junto al de tu muerte.
No alcanzan perezosos,
honrados triunfos ni victoria alguna,
ni pueden ser dichosos
los que no contrastando á la fortuna
entregan desvalidos
al ocio blando todos los sentidos.

ESCENA XVIII

El VENTERO; luego la HIJA

Hablado

VENT. (Saliendo por la puerta principal.) ¿De dónde vendrá un cántico tan hermoso?... Sin duda esto envuelve algún misterio.

HIJA ¡Padre! ¡padre! ¿no os acostais?

VENT. Escuchaba una canción que de no sé donde llegó á mis oídos.

HIJA El que canta es un señor muy principal que disfrazado de mozo de mulas, viene siguiendo á doña Clara, la hija del señor Oidor.

VENT. Ya me parecía á mí que la canción traía su misterio. (El Mozo canta el número II de su canción.)

HIJA Oid, oid de nuevo; entremos, porque si viene y nos ve, de seguro no canta. (Mutis. Al terminar el número II, salen Maritornes y la Hija del Ventero; ésta lleva en la mano una cuerda.)

ESCENA XIX

Las indicadas en la acotación

HIJA Verás qué aventura preparamos á Don Quijote; sube al pajar conmigo.

MAR. ¡Malus mengues me coman! ¿Qué preparais?

HIJA ¡Calla, que ahora vas á verlo! (Mutis izquierda.)

ESCENA XX

DON QUIJOTE á caballo; luego las dos en la ventana

QUIJ. ¡Oh, mi señora Dulcinea, extremo de toda hermosura! ¡Qué fará agora la tu merced? ¡Oh, tú luminaria de las tres caras! ¡Dame nuevas de ella! ¡Y tú, sol, que ya debes

estar ensillando tus caballos por madrugar á verla, yo te suplico que de mi parte la saludes!

HIJ. ¡Pchis! ¡Pchis! ¡Señor mío! ¡Lléguese acá la vuestra merced!

QUIJ. Lástima os tengo, fermosa señora, de que hayais puesto vuestras amorosas mientes en parte donde no es posible corresponderos; perdonadme, y si hallais en mí otra cósa que el mismo amor no sea, pedídmela y os juro de dárosla si ya me pidiéreis los rayos del sol encerrados en una redoma.

MAR. Nada de esto ha menester mi señora, señor caballero.

QUIJ. ¿Qué ha menester, discreta dueña?

MAR. Sólo una de vuestras hermosas manos para poder desfogar con ella el gran deseo que á este agujero le ha traído tan á peligro de su honor.

QUIJ. Tomad, señora, esa mano ó por mejor decir ese verdugo de los malhechores del mundo.

MAR. Ahora lo veremos. (Le atan.)

QUIJ. Más parece que vuestra merced me ralla que no que me acaricia la mano. ¡No la tratéis tan mal, que ella no tiene culpa de lo que mi voluntad os hace! (Vanse las dos riendo y desde dentro retiran á Rocinante, quedando colgado Don Quijote.) ¡Otra vez el moro comienza á maltratarme! ¡Me han encantado de nuevo y tengo yo la culpa por haber entrado en este castillo quebrantando el uso de los caballeros andantes. Ahora me hacía falta la espada famosa de Amadis de Gaula, contra la que no prevalecían los encantamientos! ¡Sancho! ¡Sancho! ¡Oh, señora de todos mis afanes! ¡Sacad de esta situación á vuestro valeroso caballero, cuya falta ha de notarse en todo el mundo! ¡Oh, mi protectora Urganda, sabios Lirgandeo y Alquife, venid todos caballeros en sendas nubes á socorrerme!

ESCENA XXI

DON QUIJOTE y CUATRO ESCOPETEROS, que llaman á la puerta

QUIJ. Caballeros ó escuderos: no tenéis para qué llamar á las puertas de este castillo: las fortalezas no se abren hasta que el sol está tendido por todo el suelo.

ESC. 1.º ¡Qué diablos de fortaleza ni castillo! Si sois el ventero, mandad que nos abran.

QUIJ. ¿Tengo yo talle de ventero, follones?

ESC. 1.º No sé; pero decís unos disparates... ¡Cuidado con llamar castillo á esta venta!

QUIJ. Castillo es y de los mejores; por lo que veo ignorais las cosas de la caballería andante. (Llaman de nuevo.)

VENT. (Contesta desde dentro.) ¿Quién va? (Maritornes, desde arriba, suelta á Don Quijote.)

QUIJ. (Sacando la espada.) Cualquiera que dijere que yo con justicia he sido encantado, si mi señora la reina Miçomicona, me da licencia, le desafío y le reto á irregular batalla. (Abren la puerta y entran los Escopeteros.)

ESC. 1.º Ved ahí el coche del Oidor; aquí está sin duda el que buscamos. (Entran.)

QUIJ. ¡No contestan! Si no tuviera empeñada mi palabra con la señora reina, uno á uno los ensartaba en mi lanza invencible. (Entra por la puerta principal. Alzase el telón de fondo.)

MUTACION

CUADRO CUARTO

La misma decoración del segundo: en el portalón todos los huéspedes, amos y servidumbre de la venta

ESCENA XXII

HIJA, DOROTEA, DON QUIJOTE y MARITORNES

HIJA Señor, señor, socorra vuestra merced á mi padre, que lo están moliendo como cibera dos pícaros que se iban sin pagar la costa.

QUIJ. Fermosa doncella, no ha lugar por ahora á vuestra petición: estoy impedido de entrometerme en otra aventura hasta no dar cima á una en que mi palabra me ha puesto; corred y decid á vuestro padre que se entretenga en la pelea hasta que la señora Micomicona me dé licencia.

MAR. ¡Pecadora de mí! ¡Para entonces está en el otro mundo!

QUIJ. Le sacaré del otro mundo, ó al menos tomaré venganza.

DOR. Id: os doy mi permiso. (Don Quijote medio mutis.)

QUIJ. Deténgome porque no me es lícito poner mano á la espada contra gente escuderil. ¡Sancho! ¡Sancho! (Mutis.)

MAR. ¡Maldita sea! (Mutis.)

HIJA ¡Cobarde! (Mutis)

ESCENA XXIII.

DICHOS, SANCHO y el BARBERO 2.º; luego DON QUIJOTE

BAR. 2.º ¡Ah, don ladrón! Venga la bacía y la albarda que me robaste.

SAN. En buena guerra ganó mi señor Don Quijote estos despojos.

QUIJ. ¿Qué pendencia es esa, Sancho?

BAR. 2.º Sepan, señores, que hace algunos días me quitó este villano la albarda de mi borrico y una bacía de aljofar nueva.

QUIJ. Eso no: este buen escudero está en un error; llama bacía al verdadero yelmo de Mambrino que yo le quité en buena guerra. ¡Vedlo aquí, señores! (Se quita la bacía de la cabeza. El Cura separa á Sancho y al Barbero 2.º)

CUAD. 1.º ¡Esto es tan yelmo como mi padre, y el que otra cosa dijere está como una uva!

QUIJ. Mentís, bellaconazo.

CUAD. 1.º ¿Que miento? (Se agarran y Don Quijote tira al suelo al Cuadrillero.)

Música

LOS TRES CUADRILLEROS

Presten favor, señores,
á la Santa Hermandad,
que se ve atropellada
por este criminal.

(Cuadro: A un lado Don Quijote, Fernando, Cardenio, Cura, Barbero 1.º, Cautivo y Oidor, con las espadas desenvainadas; al otro los Cuadrilleros, el Ventero y dos ó tres más en la misma forma, riñendo; en primer término riñen Sancho y Barbero 2.º, y en el fondo lloran la mujeres.)

QUIJ. (Gritando.)

Basta de guerra,
surja la paz:
óiganme todos
si es que con vida
quieren quedar. (Cesa la lucha.)
Este castillo, señores,
sé yo bien que está encantado,
y una legión de demonios
esta guerra ha preparado.

CUAD. 1.º (Leyendo un papel. Aparte.)

Las señas son exactas,
no cabe duda ya.
(Coge á Don Quijote del cuello.)
¡Presten favor, señores,
á la Santa Hermandad!

Tengan mesura todos
y vean de prisión
(Coge el Cura el documento.)
mandamiento firmado
contra este salteador.

CURA Es cierto; lo reclama
la Santa Inquisición,
porque ignora que tiene
perdida la razón.

CUADS.
VENT. } Señores, pues sois todos
gente muy principal,
á este facineroso
ayuden á apresar.

QUIJ. ¡Mal nacidos, infames, malandrines!
¿no habéis visto que soy un caballero
y que con lluvia y frío, sed y hambre
paso la vida desfaciendo entuertos?
¡Atrás los salteadores con licencia,
que os cuadra más bien que cuadrilleros
el nombre de ladrones en cuadrilla!
Ley es mi voluntad, mi espada fuero,
y decídselo así á los ignorantes
que firmaron tan torpe mandamiento.
¿Quién de mi oficio no fué respetado?
¿Qué caballero andante pagó pechos?
¿Qué rey no le abrazara? ¿Qué doncella
no le ofreció el tesoro de su cuerpo?
¿Y quién que caballero andante sea
carece de valor y de denuedo
para dar sólo cuatrocientos palos
á cuatro mil follones cuadrilleros?

CURA (Aparte.)
Dejadle, que tiene
perdido el magín,

FER. (Aparte.)
Vais á ver de qué modo
á esto se pone fin.
¡Cardenio! ¿Está la jaula?

CAR. Ya la mandé traer
y al detalle dispuse
lo que tienen que hacer.

SAN. ¿Todas estas misas
en que pararán?
¿Cárcel ó condado,

qué por fin será?
Yo me vuelvo loco,
no sé qué pensar;
todo en el castillo
encantado está.

(Entran cuatro enmascarados con una gran jaula, que depositan en medio de la escena.)

BAR. 1.º (Con voz muy bronca.) ¡Oh, caballero de la Triste Figura! No te dé afincamiento tu prisión, porque así conviene para terminar la aventura en que tu esfuerzo te puso, que acabará cuando el furibundo león manchego y la blanca paloma tobosina, yacieren en uno. Y tú, el más noble y obediente escudero que tuvo espada en cinto, barbas en rostro y olfato en las narices, no te desmaye el ver llevar así á la flor de la caballería andante; pronto te verás tan alto y sublimado que no te conozcas; sigue sus pisadas, que conviene que vayas donde pacéis entrambos y á Dios quedad, que me voy donde yo me sé.

TODOS
¿Qué pasa? ¡Dios mío!
Lo van á encantar.
¡Pobre caballero,
qué tranquilo está!

(En medio la jaula; á un lado Fernando, Cardenio, Luxcinda, Dorotea y Sancho. Al otro Cura, Cautivo, Zoraida, Ventero y Don Quijote, detrás el Coro.)

FER.
Contra tal encantamiento
ya no puedo luchar yo.

CAR.
¡Qué armas contra Don Quijote
usa el sabio Muñatón!

LUX.
Aceptadlo con paciencia.

DOR.
No desmaye tu valor.

SAN.
He perdido mi condado
y al maldito encantador,
si lo encuentro en un camino
lo reviento de una coz.

CURA
Don Alonso, tened calma
que así lo dispuso Dios.

CAUT.
¡Si libraros yo pudiera
de vuestro perseguidor!

ZOR.
A María, que es muy buena,
yo voy á rogar por vos.

VENT. Si esta venta es encantada,
dígame, ¿por qué volvió?

QUIJ. ¡Dueña y señora mía,
infúndeme valor!
¡Oh sabio Lirgandeo,
acórreme veloz!

TODOS Guerra entre todos
hemos de hacer,
á quien abusa
de su poder,
y á un caballero
tan principal
de esta manera
viene á encantar.

QUIJ. ¡Fermosa Dulcinea,
infúndeme valor,
para quitar la vida
al pérfido Frestón!

TODOS Guerra entre todos, etc.

(Los cuatro enmascarados, á una señal del Cura, cogen á Don Quijote y lo meten en la jaula.)

TODOS ¡Oh Dios de las batallas,
tú no consentirás
que triunfen los traidores
que saben encantar!
Don Quijote, tu brazo invencible
por perfidias, tronchado se ve.
¡Quiera el cielo que triunfes y vuelvas
á este mundo que te ha menester!
Mil vestiglos mordieron tu espada,
mil gigantes besaron tus pies;
de tu vida fecunda el recuerdo
con ardiente fervor guardaré.
(Saliendo todos detrás de la jaula.)
Si víctima estás siendo
del sabio encantador,
triunfar sabrán de todo
tu brío y tu valor;
y presto á tus andanzas
osado volverás,
que no hay fuerza que pueda
tu brazo domeñar.
¡Guerra entre todos! etc. (Telón.)

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

CUADRO PRIMERO.—*Disponiendo la tercera salida.* (Telón corto.)

CUADRO SEGUNDO.—*Encantamiento de Dulcinea.* (A todo foro.)

CUADRO TERCERO.—*Los Duques cazando.* (Telón corto.)

CUADRO CUARTO.—*Don Quijote en casa de los Duques.* (A todo foro.)

CUADRO QUINTO.—*Sancho cazador.* (Telón corto.)

CUADRO SEXTO.—*Los encantadores.* (A todo foro.)

CUADRO SÉPTIMO.—*La ínsula Barataria.* (A tres cajas.)

CUADRO OCTAVO.—*La derrota de Don Quijote.* (A todo foro.)

PERSONAJES

DON QUIJOTE.
SANCHO.
AMA.
SOBRINA.
BACHILLER CARRASCO.
UNA ALDEANA.
DOS IDEM (no hablan.)
TOMÉ CECIAL.
EL DUQUE.
LA DUQUESA
MAYORDOMO (Merlín.)
ALTISIDORA.
DOÑA RODRÍGUEZ.
EL CAPELLÁN.
EL DIABLO.
DULCINEA.
TRIFALDIN.
LA DUEÑA DOLORIDA.
DOCTOR PEDRO RECIO.
MAESTRESALA.
UNA CAMPESINA.
UN GANADERO.
UE CORREO.
UN CORCHETE.
UN MOZO.
DON ANTONIO.
UN BANDIDO.
ROQUE GUINART.

Cazadores, criados, pajes, doncellas, encantadores, heraldos, disciplinantes, demonios, dueñas, pífanos, tambores, soldados y gente del pueblo de Barcelona

CUADRO PRIMERO

La casa de Don Quijote

ESCENA PRIMERA

DON QUIJOTE, AMA y SOBRINA

AMA — Si vuestra merced no afirma el pie llano y se está quedo en casa, me tengo de quejar en voz y en grito á Dios y al rey para que pongan remedio.

QUIJ. — Lo que Dios y el rey te responderán, no lo sé; si yo fuera rey me excusara de contestar tantos memoriales impertinentes como le dan todos los días; así no querría yo que cosas mías le dieren pesadumbre.

SOB. — Y en la corte, ¿no hay caballeros?

QUIJ. — Sí los hay, y muchos.

AMA — Pues, ¿por qué no os estáis en la corte, sirviendo al rey á pie firme?

QUIJ. — Ni todos los caballeros pueden ser cortesanos, ni todos los cortesanos pueden ser caballeros, y de unos á otros va mucha diferencia; los cortesanos sin salir de su aposento, ni costarles blanca, ni padecer frío, calor, hambre ni sed, pasean por todo el mundo... mirando un mapa, mientras nosotros medimos con nuestros pies toda la tierra, conocemos los enemigos, no pintados, sino en su mismo ser y sin reparar en niñerías les acometemos aun cuando sean gigantes que con las cabezas pasen de las nubes, tengan torres por piernas, árboles de navío por brazos y hornos de vidrio por ojos.

SOB. — ¡Ay, tío! ¡Si todo eso de los caballeros andantes es fábula!

QUIJ. — Por el Dios que me sustenta, que si no fueras mi sobrina había de castigarte por esa blasfemia. ¡Qué dijera el señor Amadis si

tal oyera! A buen seguro que él te perdonara, porque fué gran amparador de doncellas; pero no todos los que se llaman caballeros lo son: hay hombres bajos que revientan por parecer caballeros y caballeros que no parecen sino hombres bajos.

SOB. ¡Y que sabiendo tanto os haya entrado esa ceguera y queráis ser caballero no lo siendo porque aunque lo puedan ser los hidalgos, no lo son los pobres!

QUIJ. Tienes mucha razón, sobrina; pero tan grande es la confusión que hay entre los linajes, que solo parecen grandes é ilustres los que lo muestran en la virtud, riqueza y liberalidad de sus dueños; el grande que fuere vicioso, será vicioso grande; y el rico no liberal, será un avaro mendigo, que al poseedor de riquezas no le hace dichoso el tenerlas, sino el gastarlas y gastarlas bien. Al caballero pobre, para mostrar que es caballero, sólo le queda el camino de la virtud, y para ser rico y famoso tiene que dedicarse á las armas ó á las letras; yo tengo más armas que letras y he de seguir mi camino, así que será en balde cansaros en persuadirme á que no quiera yo lo que los cielos quieren, la fortuna ordena y la razón pide.

SAN. (Dentro.) ¿Se puede pasar?

QUIJ. Adelante, querido Sancho. (Mutis Ama y Sobrina.)

AMA (Aparte á Sancho.) ¡Malos demonios te lleven!

ESCENA II

DON QUIJOTE y SANCHO

SAN. Ya tengo á mi mujer *relucida* para que me deje ir...

QUIJ. Reducida dirás, y no relucida.

SAN. Ya he suplicado á vuestra merced que no me enmiende los vocables si los entiende, y si no los entiende diga: Sancho ó diablo, no

te entiendo, y si entonces no me declaro, podrá enmendarme, que yo soy muy *fócil.*

QUIJ. No entiendo eso de *fócil.*

SAN. Quiere decir que soy tan así.

QUIJ. Ahora te entiendo menos.

SAN. Pues no sé cómo lo diga; no sé más y Dios sea conmigo.

QUIJ. ¿Y qué dice Teresa?

SAN. Que ate bien mi dedo con vuestra merced, que hablen cartas y callen barbas, porque quien desataja no baraja, pues más vale un toma que dos te daré, y yo digo que el consejo de la mujer es poco, y el que no lo toma es loco, y que como hoy somos y mañana no, y tan pronto se va el cordero como el carnero y la muerte es sorda..

QUIJ. Todo eso está muy bien; pero no sé á donde vas á parar.

SAN. A que me señaléis salario conocido, que no quiero estar á mercedes que llegan tarde ó mal ó nunca; con lo mío me ayude Dios, sobre un huevo pone la gallina, muchos pocos hacen un mucho, y mientras se gana algo no se pierde nada.

QUIJ. Yo te señalaría salario si casos de ello hubiere en las historias; pero pensar que yo he de sacar de sus quicios la caballería andante, es pensar en lo excusado; si no quieres venir, tan amigos como antes; al palomar que no le falta cebo, no le faltarán palomas; más vale buena esperanza que ruin posesión, y buena queja que mala paga; yo también sé refranes, Sancho, y si no queréis seguirme, no me faltarán escuderos más solícitos y no tan empachados ni habladores como vos.

ESCENA III

DICHOS, EL BACHILLER, AMA Y SOBRINA

BACH. (Abrazando á Don Quijote) ¡Oh, flor de la andante caballería! ¡Plegue á Dios que la persona que estorbare tu tercera salida, no la encuentre en el laberinto de sus deseos!

AMA (Aparte.) ¡Qué dice! ¡Para esto le hemos buscado!

SOB. Por lo visto quiere hacernos traición.

BACH. Con vuestra tardanza defraudáis el derecho de los tuertos, el amparo de los huérfanos, la honra de las doncellas, el favor de las viudas, el ánimo de las casadas y otras cosas de este jaez, que tocan, atañen, dependen y son anejas á la orden de la caballería andante. ¡Ea, señor Don Quijote, póngase vuestra grandeza en camino y si algo faltare aquí estoy para suplirlo con mi persona y mi hacienda y si fuere necesidad servir á su magnificencia de escudero, lo tendré á felicísima ventura.

QUIJ. ¿No te dije, Sancho, que no habían de faltarme escuderos? Mira quién se ofrece, el inaudito Bachiller Carrasco, perpetuo trástulo y regocijador de los patios de las escuelas salmaticenses; pero no permita el cielo que por mí desjarrete la columna de sus letras.

SAN. (Llorando.) Yo iré, señor, yo iré; no se dirá de mí el pan comido y la compañía deshecha; si yo hablé de intereses, fué por causa de mi mujer; pero esto aparte, haga vuestra merced su testamento que no se pueda *revolcar* y pongámonos luego en camino.

QUIJ. (Abrazándole.) Gracias, Sancho amigo, gracias. Partiremos en seguida; vamos, vamos á preparar las armas. (Mutis Don Quijote y Sancho.)

ESCENA IV

BACHILLER, AMA y SOBRINA

Música

AMA Bachiller infame,
necio charlatán.
SOB. ¿También estáis loco
voto á Satanás?

AMA — Para retenerle
os mandé buscar,
y á salir de nuevo
queréisle ayudar.

BACH. — Callad, bobas mías
mi plan expondré;
dad después de oirlo
vuestro parecer.

AMA / SOB. — Veamos sus planes,
hable su merced;
pero lo que ha hecho
no está nada bien.

BACH. — Forrado de acero,
sobre un matalón
con casco de plumas,
sembrando pavor
por ventas, caminos
y campos de Dios,
enhiesta la espada,
enristre el lanzón,
yo voy á marcharme
de mi amigo en pos;
y cuando lo encuentre,
fingiendo la voz
diré: «Don Quijote,
yo soy Galaor,
ó Amadis ó el diablo;
tengo por misión
contender en cruda
batalla con vos.»
Entonces mi amigo
con gesto feroz
dirá: «Que me place,»
tendremos cuestión;
de seguro en ella
saldré vencedor
y habré de imponerle
que torne veloz
á estarse tranquilo
sirviendo aqui á Dios;
que es quien curar puede
su enferma razón.
He aquí, señoras,
por qué marcho yo

enhiesta la espada,
enristre el lanzón,
forrado de acero
sembrando pavor
por campos y ventas
de mi amigo en pos.

AMA } SOB. } Magnífico plan,
señor Bachiller.

BACH. Me creísteis loco,
no lo estoy á fé.

LOS TRES Quiera Dios de don Alonso
presto vuelva por acá,
puesto del todo de acuerdo
con la triste realidad.

MUTACION

CUADRO SEGUNDO

A todo foro. Paisaje manchego

ESCENA PRIMERA

SANCHO solo, con el Rucio del ramal

...Mi amo me envía á buscar á la princesa Dulcinea del Toboso; ni él ni yo la hemos visto jamás... ¿y quién me mete á mí en estas cosas?... Pero todo menos la muerte tiene remedio: mi amo es un loco de atar y no será dificil hacerle creer que la primera labradora que pase es Dulcinea; si no cree, juraré y porfiaré hasta hacerle pensar que un mal encantador le ha mudado la figura por hacerle daño... ¡Calle! ¡Por allí vienen tres!... ¡Esta es la mía! ¡Don Quijote! ¡Don Quijote! ¡Venga, corra vuestra merced!

ESCENA II

DON QUIJOTE y SANCHO

QUIJ. ¿Que hay, Sancho amigo? ¿Traes buenas nuevas?

SAN. ¡Y tan buenas! Vedla dónde viene con dos doncellas suyas.

QUIJ. ¡Santo Dios! ¿Qué es lo que dices?

SAN. Sus doncellas y ella, todas son una ascua de oro, todas mazorcas de perlas, todas son diamantes, rubíes, telas de brocado...

QUIJ. ¿Las dejaste fuera de la ciudad?

SAN. Sin duda tenéis los ojos en el colodrillo, ¿no veis que son estas, las que aquí vienen, resplandecientes como el mismo sol de á medio día?

QUIJ. No veo sino á tres labradoras.

SAN. Despabile esos ojos y venga á hacer reverencia á la señora de sus pensamientos, que aquí llega.

ESCENA III

DICHOS y TRES ALDEANAS en sendos borricos

SAN. (De rodillas ante la Aldeana 1.ª) Reina, princesa y duquesa de la hermosura, vuestra altivez y grandeza sea servida de recibir en su gracia y buen talante á vuestro cautivo el caballero de la Triste Figura, que está hecho un mármol de verse ante vuestra magnífica presencia. (Don Quijote se arrodilla.)

ALD. 1.ª Apártese noramala y déjenos pasar, que llevamos prisa.

SAN. ¡Oh, princesa y señora universal del Toboso! ¿Cómo no os enterneceis viendo arrodillado á la columna y sustento de la andante caballería?

ALD. 1.ª ¡Mirad con qué se vienen los señoritos á hacer burla de las aldeanas! Déjennos nuestro camino!

QUIJ. Levántate, Sancho; (Se levantan los dos.) la fortuna me niega todo contento, y tú, (A la Aldeana 1.ª) único remedio de este afligido corazón que te adora, ya que el maligno encantador que me persigue ha transformado tu rostro sin igual en el de una labradora pobre, si también el mío no lo ha cambiado á tus ojos en el de algún vestiglo, mírame blanda y amorosamente, echando de ver en esta sumisión y arrodillamiento que á tu contrahecha hermosura hago, la humildad con que mi alma te adora.

ALD. 1.ª ¡Toma que mi agüelo! ¡Amiguita soy yo de oir requebrajos! (Mutis las tres.)

ESCENA IV

DON QUIJOTE y SANCHO

QUIJ. ¿Que te parece? ¡Cuán malquisto soy de encantadores! Le han quitado hasta el perfume, que es tan de principales señoras, por andar siempre entre ámbares y flores, porque cuando me acerqué á ella me dió un olor de ajos crudos que me encalabrinó y atosigó el alma.

SAN. (Levantando los puños.) ¡Oh, canalla! ¡Encantadores aciagos y mal intencionados! ¡Quién os viera á todos ensartados como sardinas en lercha!

ESCENA V

DICHOS, el BACHILLER y CECIAL. El Bachiller va armado como Don Quijote y Cecial lleva una enorme nariz

BACH. (Dentro.) ¿Qué gente en estos campos? ¿Son de los afligidos ó de los contentos?

QUIJ. De los afligidos.

BACH. (Entrando.) Pues haced cuenta que á vosotros llegan la tristeza y la aflicción mismas. (Coge á Don Quijote del brazo.)

SAN. ¡Válgame el cielo qué nariz!

BACH. Venid acá, señor caballero andante, que sin duda lo sois.

QUIJ. Como vos, que sin duda lo sois también.

BACH. ¿Sois enamorado?

QUIJ. Por desventura mía, aunque nunca fuí desdeñado de mi señora.

SAN. No por cierto: es una borrega mansa, más blanda que una manteca.

BACH. ¿Vuestro escudero es este?

QUIJ. Sí es.

BACH. Nunca he visto escudero que se atreva á hablar donde habla su señor; ahí está el mío,

que es tan grande como su padre, y no despegará el labio.

SAN. Pues yo he hablado y puedo hablar.

CEC. (Coge del brazo á Sancho.) Venid acá y hablaremos escuderilmente todo cuanto queramos. (Don Quijote y el Bachiller salen cogidos del brazo.)

ESCENA VI

SANCHO y CECIAL

CEC. Trabajosa vida es la que pasamos los escuderos de caballeros andantes.

SAN. Todo se puede llevar; mi amo me tiene prometido el gobierno de una ínsula.

CEC. Yo cuento con un canonicato.

SAN. No está mal; pero yo para eso de la Iglesia soy una bestia.

CEC. Paréceme, compañero y amigo, que el hablar nos seca las bocas, y será bien que registremos mis alforjas, en donde tengo una gran bota de vino y una empanada de media vara.

SAN. ¡Magnífico! ¡Magnífico! (Siéntanse en el suelo, sacan viandas de la alforja y comen.)

CEC. ¿Creíais que era yo un escudero de agua y lana?

SAN. Al contrario; sois un escudero fiel, legal, corriente y moliente, como lo prueba vuestra provisión; yo en cambio no traigo sino un pedazo de queso tan duro que con él se puede descalabrar á un gigante.

CEC. Yo no tengo el estómago hecho á esas cosas; llevo fiambres y esta bota, á la que quiero tanto, que pocos ratos pasan sin que la dé mil besos y mil abrazos. (Bebe y da la bota á Sancho.)

SAN. Este vino es de Ciudad Real.

CEC. ¡Bravo! De allí es, y añejo por cierto.

SAN. A mí, en esto de conocer vinos, no hay quien me gane; me viene de familia; tuve dos abuelos, los más excelentes mojones de la Mancha; en una ocasión le dieron á pro-

bar el vino de una cuba muy grande: uno lo olió y dijo que sabía á hierro; el otro lo probó con la punta de la lengua y dijo que sabía á cordobán. Andando el tiempo se encontró en el fondo de la cuba una llavecita que tenía atada una correa.

CEC. Sabes que siento así como un sueño...

SAN. A mí también se me caen las compuertas de los ojos...

CEC. Yo ya... no distingo... de colores...

SAN. Y yo... (*Se duermen.*)

ESCENA VII

DICHOS, DON QUIJOTE y el BACHILLER

BACH. Sabed que estoy enamorado de Casildea de Vandalia y me ha mandado que haga confesar á todos los caballeros andantes que ella es la más hermosa de cuantas hoy viven.

QUIJ. Pues yo no he de confesarlo, porque sobre vuestra dama está mi Dulcinea del Toboso, y así lo sustentaré á pié ó á caballo. (*Saca la espada.*)

BACH. Haremos, pues, batalla; pero el vencido ha de quedar á la voluntad del vencedor, para que haga de él lo que quisiere si lo que ordenase es decente ó caballero.

QUIJ. Soy más que contento de esa condición.

BACH. ¡Ah de los escuderos! Despertad y preparad los caballos! (*Sancho y Cecial se levantan perezosamente y salen.*)

QUIJ. Si la mucha gana de pelear no os quita la cortesía, por ella os pido que levanteis la visera para ver vuestro rostro.

BACH. Vencido ó vencedor habéis de verlo; ahora creo que, complaciéndoos, haría agravio á la hermosa Casildea de Vandalia.

CEC. Cuando vuestras mercedes sean servidos. (*Salen Don Quijote, el Bachiller y Cecial; éste vuelve en seguida.*)

SAN. ¡Qué nariz! ¡Cada vez me da más miedo! Y ahora tengo que quedarme solo con él...

ESCENA VIII

SANCHO y CECIAL

Música

SAN. ¡Vaya unas narices,
señor escudero!
Cuando os las miro
me dan risa y miedo.
CEC. ¿Y yo qué culpa tengo
¡ay mísero de mí!
de haber venido al mundo
tan rico de nariz?
SAN. ¡Quítese allá!
CEC. ¡Qué socarrón!
SAN. ¡Miedo me da
su narigón!
CEC. Déjeme las narices:
cosas de gravedad,
querido compañero,
tenemos que tratar.
SAN. Veamos esas cosas,
podéis en serio hablar.
CEC Mientras nuestros amos
en feroz batalla
como caballeros
se rompen el alma,
es el deber nuestro
reñir y con rabia
hacernos astillas
los dos las quijadas.
SAN. Pues yo no estoy conforme,
no cumplo ese deber;
mi amo que estas cosas
suele saberlas bien,
nada de esto me dijo
y yo no reñiré.
CEC. Sacad vuestra espada.
SAN. Jugarla no sé.
CEC. Pues de todos modos
hay que contender.

Yo dos talegas
traigo en la alforja.

SAN. ¿Riña á talegazos?
Eso es otra cosa.

CEC. Pero unos guijarros
hemos de echar dentro.

SAN. Ni copos de seda,
vamos, que no quiero.

CEC. Para excitaros
dos bofetones
os pegaré.

SAN. Yo á vuestra ofensa
con dos leñazos
contestaré;
pero no hay caso,
reñir no quiero,
que ha poco estuve
con vos comiendo
y yo estas cosas
las agradezco.

ESCENA IX

DICHOS, DON QUIJOTE y el BACHILLER, á quien entran maltrecho cuando llama Don Quijote, á cuyo fin salen precipitadamente Sancho y Cecial

QUIJ. (Dentro.)
A mí los escuderos
veloces acudid,
que ya nuestra batalla
tuvo trágico fin.
(Salen y vuelven con el Bachiller; lo dejan en el suelo y Don Quijote le levanta la celada.)
¡Oh, Dios! ¡Quién lo dijera!
¡Qué miro, cielo santo!
No hay duda; este es el rostro
del Bachiller Carrasco.

SAN. (Santiguándose.)
Parece imposible,
yo explicar no sé
que este caballero
sea el Bachiller.

QUIJ. Mi trágico camino
llenan de horrores
los magos, hechiceros
y encantadores.

SAN. La espada por la boca
metedle sin temor
y acaso así déis muerte
á un mal encantador.

(Don Quijote saca la espada.)

CEC. Por Dios, Don Quijote,
vea su merced
que este desgraciado
es el Bachiller.

SAN. Pero... ¿y tus narices?

CEC. Aquí las guardé.

SAN. Vaya un raro encanto.
¡Jesús, váleme!

BACH. (Con voz estentórea.)
Don Quijote valiente me ha vencido.
¡Aquí de mi escudero! ¿En dónde estoy?

QUIJ. A los pies del más bravo caballero,
y si osais levantaros, muerto sois.
Ahora, confesad que Dulcinea
acaba de vencer á Casildea
y más hermosa es; luego al Toboso
marcharéis diligente y animoso,
y puesto de rodillas á sus plantas
ferviente besaréis sus manos santas.

BACH. Confieso y prometo,
dejadme ya en paz,
porque de los golpes
me voy á curar.

QUIJ. } SAN. } También esta hazaña
nos la estropeó
ese desalmado
vil encantador.

MUTACIÓN

CUADRO TERCERO

Telón corto.—Bosque

ESCENA PRIMERA

El **DUQUE** y la **DUQUESA**, con un azor en la mano. **CORO DE CAZADORES**

Música

CORO — Entre todos—los placeres
es la caza—el principal;
del sabueso—los aullidos
y del cuerno—la señal,
en el bosque—nos producen
entusiasmo—sin igual.
Por la escarpada roca
despéñase una liebre,
trae el azor la presa
que entre sus garras tiene,
retumban los vibrantes
disparos del mosquete,
lánzase la trahilla
en pos de un jabalí,
relincha acá una yegua,
cae un ginete allí,
y el sol desde lo alto
colora este tapiz.

DUQ.ª — Vive la mujer
en caza constante,
pues es su mirada
un azor rampante,
y con tino debe
soltar el azor,
porque la del hombre
es caza mayor.

DUQUE — Perdonad, señora,
que no esté conforme;

yo veo muy fácil
la caza del hombre.
La mujer en cambio
yo siempre creí
que se caza á espera
como la perdiz.

CORO — Hombres y mujeres
tienen que cazar;
quien más diestro sea
mejor cazará.

DUQUE — El cuerno ha sonado
vamos á empezar.

DUQ.a — Esperad, que un huésped
veo aquí llegar.

ESCENA II

DICHOS y SANCHO en el Rucio

Hablado

SAN (Se apea, se arrodilla y dice á la Duquesa:) Aquel caballero que allí parece, llamado el de la Triste Figura, es mi amo y yo soy un escudero suyo á quien en su casa llaman Sancho Panza: este tal caballero envía por mí á decir á vuestra grandeza sea servida de darle licencia para servir á vuestra encumbrada altanería y hermosura.

DUQ.a Levantaos: escudero como el del Caballero de la Triste Figura no es justo que esté de hinojos; venga en buen hora vuestro amo á servirse de mí y del Duque mi marido.

DUQUE ¿Vuestro señor, no es uno de quien anda impresa una historia que se llama del *Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha?*

SAN. El mismo, y yo también debo andar en ella si no me trocaron en la estampa.

DUQ.a Id, hermano Panza, y decid á vuestro amo que sea bien venido. (Mutis Sancho.)

DUQUE ¡Famoso Don Quijote! Con él hemos de re-

gocijarnos unos días en mi casa; tan pronto como le salude me adelantaré á preparar su trato y recibimiento.

DUQ.ª Aquí vienen.

DUQUE Decid conmigo.

TODOS ¡Viva Don Quijote de la Mancha!

DUQ.ª ¡Bonita entrada! Al apearse cayeron á tierra amo y mozo... id á socorrerles. (*Medio mutis parte del Coro; entran Don Quijote y Sancho; Don Quijote se arrodilla.*)

ESCENA III

DICHOS y DON QUIJOTE y SANCHO (á pie.)

DUQUE A mí me pesa, señor caballero de la Triste Figura, lo mala que la habéis hecho al entrar en mi tierra por primera vez.

QUIJ. Mi escudero, que Dios maldiga, mejor desata la lengua para decir malicias que ata y cincha una silla para que esté firme; pero caído ó levantado, á pie ó á caballo, siempre estaré al servicio vuestro y al de mi señora la Duquesa, universal princesa de la hermosura y de la cortesía.

DUQUE Pasito, Don Quijote, que adonde está mi señora Dulcinea del Toboso, no es razón que se alaben otras hermosuras. (*Mutis.*)

SAN. Muy hermosa es mi ama Dulcinea; pero donde menos se piensa, salta la liebre, y la señora Duquesa, á fe que no va en zaga á mi ama.

QUIJ. Vuestra grandeza imagine que no tuvo caballero andante en el mundo escudero más gracioso y hablador que el mío.

DUQ.ª Si Sancho es gracioso, es porque es discreto, que las gracias y los donaires no asientan sobre ingenios torpes.

QUIJ. Pero además es hablador.

DUQ.ª Con pocas palabras no pueden decirse muchas gracias: venid á mi lado, Sancho, y va-

mos todos á nuestro castillo, en donde se hará á Don Quijote el acogimiento que tan alta persona merece. (La Duquesa hace una señal al Coro y éste dice.)

CORO ¡Viva Don Quijote de la Mancha! ¡Viva el caballero de la Triste Figura!

SAN. Y para mí, ¿no hay algo?

CORO ¡Viva Sancho Panza! (Mutis todos, cantando algo del número anterior.)

MUTACION

CUADRO CUARTO

La casa del Duque. A todo foro. Habitación suntuosa

ESCENA PRIMERA

DUQUE, MAYORDOMO, ALTISIDORA, DOÑA RODRÍGUEZ y CRIADOS. Luego DON QUIJOTE, SANCHO y DUQUESA

DUQUE — Ya lo sabéis: á su llegada, los músicos harán oir una melodía delicada y solemne, y cada uno de vosotros ha de poner á contribución su ingenio para preparar gustosas bromas, siempre de acuerdo con las cosas de la caballería andante.

MAY. — Deje vuestra excelencia eso á mi cargo: he leído la primera parte de la historia de *Don Quijote*, y para esta tarde, cuando salgamos otra vez al bosque, prepararé una cabalgata de encantadores que no haya más que pedir.

PAJE — Señor; ya están á diez pasos del castillo.

DUQUE — Pues cada uno á su puesto: tú, Altisidora, le cubrirás con el manto de escarlata... (Suena dentro la música; sale el Duque á recibir á Don Quijote y á poco entran todos; los Criados forman en dos filas. Altisidora cubre con el manto á Don Quijote, los demás echan sobre él frascos de aguas olorosas, y de cuándo en cuándo gritan: «¡Sea bien venida la flor y nata de los caballeros andantes!» Don Quijote hace reverencias á todos y se muestra muy satisfecho.)

SAN. — (A doña Rodríguez.) Salga vuestra merced á la puerta, en donde encontrará un asno rucio mío, y póngalo en la caballeriza, que el pobrecito es un poco medroso y no se hallará á estar solo.

D.ª ROD. — Andad enhoramala con vuestro jumento.

SAN — ¡Vieja!

D.ª ROD. — Si lo soy ó no, á Dios daré cuenta, ¡villano! ¡harto de ajos! (Acércase la Duquesa á poner paz.)

QUIJ. — ¡Sancho! ¿Pláticas son esas para este lugar?

SAN. Cada uno ha de hablar de su menester donde quiera que estuviere.

DUQUE Descuide, Sancho, se ha de tratar al Rúcio como á su misma persona.

ALT. (A Don Quijote.) ¿Quiere pasar su grandeza á que le quitemos las armas? (Don Quijote hace una inclinación y sale siguiendo á Altisidora, los demás salen también, quedando solos la Duquesa y Sancho; mientras la escena siguiente, entran y salen los Criados, poniendo una mesa con cuatro cubiertos en el centro de la habitación.)

ESCENA II

DUQUESA y SANCHO

DUQ.ª Venid acá, Sancho amigo; conozco la primera parte de la historia de vuestro amo; decidme: ¿qué aventuras habéis encontrado después de la tercera salida?

SAN. Muchas, señora, muchas: hemos vencido al famoso caballero de los Espejos, á quien mandamos presentarse á mi señora Dulcinea, y no la va á encontrar porque está encantada; después mi amo luchó con unos leones que llevaba un buen hombre en una jaula, y los venció; desde entonces se llama el caballero de los Leones; luego estuvimos unos días en las bodas de Camacho el rico, y ésta es la mejor aventura que hemos encontrado; figúrese vuestra santidad que espumando una olla saqué tres gallinas y dos gansos. ¡Aquello era comer y aquello era beber! Yo me hubiera estado allí toda mi vida; pero ese loco de mi amo se empeñó en que nos marcháramos á seguir buscándole tres pies al gato.

DUQ.ª ¿Loco habéis dicho?

SAN. Sí, señora; sepa vuestra altanería que el encanto de Dulcinea fué de mi cosecha, y él se lo creyó á pie juntillas. ¿No sabéis además lo que dice que vió en la cueva de

Montesinos poco antes de encontrar á vuestras mercedes?

DUQ.ª No.

SAN. Estuvo dentro poco más de una hora, y salió contando cosas que no pueden pasar en dos días ni en doscientos.

DUQ.ª Con todo, esta vez parece que no os ha ido tan mal como en las salidas anteriores.

SAN. Porque os he contado lo mejor. ¡Ay bodas de Camacho de mi alma y qué pocas caen en libra! Después nos metimos entre los vecinos de dos pueblos que reñían por cuestión de un rebuzno: me acordé de que cuando chico rebuznaba yo muy bien; lo hice, y los dos bandos descargaron sobre mí tantos palos y pedradas, que todavía se resienten mis costillas; además, tengo que contar á vuestra grandeza lo que nos pasó en la venta con el retablo de maese Pedro y en unas aceñas con un barco; en estas aventuras no hubo golpes como de costumbre, pero tuvimos que soltar la bolsa, y no sé qué es peor.

ESCENA III

DICHOS, DON QUIJOTE con manto y gorra verde, el DUQUE, el CAPELLÁN, Doncellas y Pajes

DUQUE (A Don Quijote.) Sentaos aquí, en la cabecera.

QUIJ. En modo alguno.

DUQ.ª Sí, sí, señor caballero.

QUIJ. Señora...

DUQUE No hay sino obedecer.

SAN. Si sus mercedes me dan licencia, contaré lo que pasó en mi pueblo acerca de esto de los asientos. (Don Quijote le mira furioso.)

DUQ.ª Sí, sí; contadlo.

SAN. Lo que voy á decir es tan verdad, que mi señor Don Quijote no me dejará mentir.

QUIJ. Miente lo que quieras, pero mira lo que dices.

SAN. A buen salvo está el que repica...

QUIJ. Echen de aquí á este tonto, que no dirá sino patochadas.

DUQUE Eso no: hablad.

SAN. Convidó un hidalgo de mi pueblo que venía de los Alamos de Medina del Campo, casó con doña Mencía de Quiñones, hija de don Alonso Marañón, que se ahogó en la Herradura, ¿no es verdad, nuestro amo? Dígalo para que no me tengan por hablador.

CAP Hasta ahora, más os tengo por hablador que por otra cosa.

QUIJ. Pasa adelante y acorta el cuento, que llevas camino de no acabar en dos días.

SAN. Este tal hidalgo, que yo conozco como á mis manos, porque no hay de mi casa á la suya un tiro de ballesta, convidó á un labrador pobre, pero honrado.

CAP. Adelante, hermano, adelante.

SAN. Llegando el tal labrador á casa de dicho hidalgo, que ya es muerto, y por más señas, dicen que hizo una muerte de un ángel, que yo no lo ví por hallarme segando en Tembleque.

CAP. ¡Por vida vuestra! ¿Cuánto vais á deteneros en Tembleque?

SAN. Es pues el caso que, estando los dos para sentarse á la mesa, que parece que los veo ahora más que nunca.

QUIJ. ¡Maldito Sancho!

SAN. El labrador porfiaba con el hidalgo que tomase la cabecera de la mesa y el hidalgo porfiaba con el labrador, hasta que el hidalgo, poniéndole las manos sobre los hombros, le hizo sentar diciendo: Sentaos, majagranzas, que adonde quiera que yo me siente, será vuestra cabecera. (Los Duques á duras penas contienen la risa. Don Quijote hace gestos de rabia y amenaza á Sancho.)

DUQ.a ¿Y qué nuevas tenéis de Dulcinea? ¿Le habéis enviado gigantes vencidos?

QUIJ Sí los envié, señora, pero no la habrán encontrado porque está encantada.

CAP (Al Duque.) Vuestra excelencia tiene que dar cuenta á Dios de lo que hace este Don Qui-

jote ó don tonto. (A Don Quijote.) Y á vos, alma de cántaro, ¿quién os ha encajado en el cerebro que sois caballero andante y que hay gigantes en el mundo?

QUIJ. (De pie y exaltado.) El lugar donde estoy ata las manos de mi justo enojo. Gigantes hay y vos debéis saberlo: la Sagrada Escritura describe minuciosamente á Goliat. Caballero soy y caballero he de morir: unos van por el camino de la ambición, otros por el de la hipocresía y pocos por el de la verdadera religión; yo voy por la estrecha senda de la caballería andante, satisfaciendo agravios, enderezando tuertos, castigando insolencias y venciendo gigantes y vestiglos.

SAN. Bien, por Dios; no diga más vuestra merced.

CAP. ¿Y vos sois ese Sancho á quien vuestro amo tiene prometida una ínsula?

SAN. Soy, y la merezco como otro cualquiera, porque júntate á los buenos y serás uno de ellos, no con quien naces, sino con quien paces y quién á buen árbol se arrima, buena sombra le cobija; viva mi amo y viva yo, y ni á él le faltarán imperios ni á mí ínsulas que gobernar.

DUQUE No por cierto, amigo Sancho; yo os mando el gobierno de una que tengo de nones y á ella marcharéis mañana mismo ó esta noche al volver de nuestra cacería.

QUIJ. (A Sancho.) Híncate de rodillas y besa los pies á su excelencia por esa merced. (Lo hace.)

CAP. (De pie.) Por el hábito que tengo, que estoy por decir que es tan sandio vuestra excelencia, como estos pecadores. ¡No puedo más! (Cuadro: Sancho de rodillas besando los pies al Duque, el Capellán en actitud de marcharse, Don Quijote en la de agredir al Capellán, los Duques sentados ríen.)

MUTACIÓN

CUADRO QUINTO

Telón corto.—Bosque

ESCENA PRIMERA

El MAYORDOMO del Duque en traje de Merlín y otro criado en traje de DIABLO con un cuerno enorme en la mano

MAY. ¿Suena bien la bocina?

DIABLO (La toca.) No hay más que pedir.

MAY. ¿Has estudiado bien tu papel?

DIABLO Lo sé de carrerilla.

MAY. Pues embóscate; cuando llegue Don Quijote le sales al encuentro y le haces venir á la hondonada en donde aguardamos.

DIABLO ¿Y si no quiere?

MAY. Lo traes en brazos.

DIABLO Por allí viene su escudero Sancho.

MAY. Importa que no nos vea; tú á emboscarte, yo á preparar los últimos detalles de la farsa. (Mutis los dos izquierda.)

ESCENA II

SANCHO solo, con sayo verde entra por la derecha

¡Maldito jabalí!... si esta caza fuera de liebres ó de pajarillos, no me vería yo ahora con el sayo hecho girones...

ESCENA III

DICHO, DON QUIJOTE, DUQUE, DUQUESA y acompañamiento

DUQ.ª (Dentro.) Sancho, Sancho, no corras más, que el jabalí ya está cargado en la acémila.

SAN. No me parece bien el que sus mercedes se

pongan en estos peligros á trueco de matar un animal que no ha cometido delito alguno.

QUIJ La caza, imagen de la guerra, es ejercicio necesario para reyes y príncipes; cuando seais gobernador, ocupaos en ella y veréis cómo os vale un pan ciento.

SAN. Eso no: el buen gobernador, la pierna quebrada y en casa; bueno sería que vinieran á buscarle y estuviera holgándose en el monte; los pasatiempos son para los holgazanes y no para los gobernadores; yo jugaré al triunfo envidado las pascuas y á los bolos los domingos, que estas cazas ó cazos no dicen con mi condición.

QUIJ Quiera Dios que así sea.

SAN. Al buen pagador no le duelen prendas y más vale al que Dios ayuda que al que mucho madruga, y tripas llevan pies; yo gobernaré mejor que un gerifalte y si no póngame el dedo en la boca, verán si aprieto. (Oyese dentro gran ruido.)

ESCENA IV

DICHOS y el DIABLO

DUQ E ¿A dónde vais? ¿Quién sois?

DIABLO Soy el Diablo; voy á buscar á Don Quijote de la Mancha á quien esperan seis tropas de encantadores que traen á Dulcinea y con ella viene el gallardo francés Montesinos a dar orden de cómo se ha de hacer el desencanto.

DUQUE Debías haber conocido que este es el caballero que buscas.

DIABLO ¡Seguidme! (Toca el cuerno y salen todos detrás de él.)

MUTACION

CUADRO SEXTO

Sobre fondo de bosque: frente al espectador aparecen tres carrozas; las dos de los extremos con muchas luces y guiadas por demonios; en cada una un anciano con hábito negro y barba hasta la cintura. En las carrozas inscripciones que respectivamente dicen «Alquife» y «Lirgandeo». Enmedio otra carroza mayor; en ella doce disciplinantes con hachas encendidas rodean á Dulcinea, vestida de blanco, y á Merlín. Gran estruendo.

ESCENA PRIMERA

Los indicados en las carrozas, DON QUIJOTE, SANCHO, DUQUESA, DUQUE, CRIADOS y CORO

Música

CORO De las negras entrañas de la tierra
donde mora el augusto Satanás,
los sublimes maestros de la magia
hasta aquí te venimos á buscar.
Nuestra misión sagrada
Merlín ha de exponer,
escucha, caballero,
que sano te ha de ser.

SAN. (A la Duquesa.)
Por Dios, señora,
soy buen cristiano
y ante estas cosas
yo me desmayo.

MER. (Recitado.)
Yo soy Merlín, aquel que las historias
dicen que tuve por mi padre al Diablo;
bendigo los andantes caballeros
que siempre mi favor han disfrutado
y llego á tí, valiente Don Quijote,
porque fuí sabedor del mal encanto
en que gime la hermosa Dulcinea,
la que alentaba tu invencible brazo.

Y para que tu dama serlo pueda
y se llegue á operar el desencanto,
óyelo bien, estrella de la Mancha:
es menester que tu escudero Sancho
se dé tres mil azotes y trescientos,
que dolores le causen y quebrantos,
en ambas sus valientes posaderas:
sólo tu afán así verás logrado.

SAN. Lo que de escuchar acabo
me hace gracia y me da pena.
¿Qué delito cometieron
mis humildes posaderas?
Desde aquí lo aviso á todos
y lo juro por mi fe:
yo no estoy por los azotes
ni uno solo me daré.

QUIJ. Villano, harto de ajos,
os he de amarrar
y aunque lloréis sangre
os los he de dar.

MER. Eso no resulta,
señor caballero;
ha de darse él solo
los azotes esos.

SAN. ¿Parí yo á Dulcinea,
Maese encantador?
Puesto que le conviene
déselos mi señor.

DUL. ¡Oh, mal escudero
de entrañas guijenas,
villano, ladrón,
dí, descuellacaras,
si nada te importa
que perezca yo!

DUQ.ª ¿El qué dices, Sancho?
¿Te ablandaste ya?

SAN. Digo que abernuncio;
no me cansen más.
Además, me insulta
doña Dulcinea
y yo sé que dádivas
quebrantan las peñas.
Ya todos han visto
cómo me ofendió,

llamando villano
á un gobernador.

DUQUE Si la penitencia
seguís rechazando,
de mi rica ínsula
os retiro el mando.

SAN. Dos días de plazo
os voy á pedir.

MER. Esta cuestión debe
resolverse aquí.

DUQ.a ¡Ea, Sancho amigo!
tened corazón
daos los azotes
por amor de Dios.

SAN. ¡Ay desventurado!
¡Ay triste de mí!

QUIJ. ¿El qué dices, Sancho?

SAN. Pues... digo... que... sí.

(Don Quijote y los Duques abrazan á Sancho, óyense los mismos ruidos que al comienzo del cuadro.)

CORO Dios te guarde, escudero generoso
tus temores supiste dominar,
y á tu mala aventura resignado
los crueles azotes te darás.
Nuestra misión sublime
del todo terminó;
que vuestros pasos guíe
sobre la tierra Dios.

(Va cayendo poco á poco un telón de nubes, tras del que desaparecen los encantadores, hasta quedar un fondo de bosque.)

ESCENA II

DON QUIJOTE, SANCHO, DUQUE y DUQUESA

DUQUE ¿Y cómo pensais daros esos azotes?

SAN. Con la mano.

DUQ.a El señor Merlín no se conformará con tanta blandura; menester será que hagais una disciplina de abrojos ó cosa así.

QUIJ. Y una señora tan principal como Dulcinea,

no ha de recobrar su libertad por tan bajo precio.

SAN. Déme vuestra señoría algún ramal y yo me daré de modo que no me duela demasiado; porque mis carnes tienen más de algodón que de esparto y no será bien que yo me descrie por el provecho ajeno. (Oyense dentro un pífano y un tambor.)

QUIJ. Esa música me anuncia otra nueva y gloriosa aventura.

SAN. Y á mí, otra nueva y dolorosa azotaina.

ESCENA III

DICHOS y TRIFALDÍN, con los dos tambores y el pífano

Música

TRIF. De la Dueña Dolorida
el criado Trifaldín,
se complace, señor Duque,
de haberos hallado aquí.
¿Don Quijote de la Mancha,
vuestro huésped es tal vez?

DUQUE De mi casa, por ventura,
Don Quijote huésped es.

TRIF. Desde el reino de Candaya
vengo en ayunas á pie,
conduciendo á mi señora
porque os ha menester.

QUIJ. Huérfanos, menesterosos,
doncellas desamparadas,
todos hallan en mis brazos
el remedio á sus desgracias.

DUQUE Haced que la Dueña,
señor Trifaldín,
libre de temores
se acerque hasta aquí.

(Mutis Trifaldín y los músicos.)

ESCENA IV

DON QUIJOTE, SANCHO, DUQUE y DUQUESA

DUQ.ª Famoso caballero,
no puedan las tinieblas
obscurecer el brillo
de las hazañas vuestras.
QUIJ. Yo quisiera
que esto viera
aquel fosco sacerdote,
y que así
se convenciera
del valor de Don Quijote.
SAN. En peligro mi gobierno
creo mirar otra vez.
Donde Dueñas intervienen
sé que nada sale bien.
(Suenan de nuevo los pífanos y los tambores)
DUQ.ª Silencio, señores,
que aquí vienen ya.
(A Don Quijote.)
Oidles las cuitas
que os van á contar.

ESCENA V

Al compás de los tambores entran doce DUEÑAS con los rostros cubiertos por velos negros. Luego la TRIFALDI con vestido de tres colas sostenida por sendos pajes. su escudero TRIFALDÍN la lleva de la mano, y por último, los músicos

CORO Salud, señores Duques,
salud ¡Oh Don Quijote!
salud ¡Oh gentil Sancho!
salud, salud, señores.
De Candaya vinimos
por el aire hasta aquí,
como ya os ha dicho
nuestro, gran Trifaldín.

DUQUE ¡Oh, dclorida Dueña!
acercaos y hablad,
que el bravo Don Quijote
serviros quiere ya.

DUEÑA Soy por siempre, señores,
vuestro criado, digo criada,
y á vuestras atenciones
quedo obligado, digo obligada.
¡Señor don Quijotísimo
de la manchísima,
hoy á vuestro pechísimo
acojo mi cuitísima.

(Trata de besarle la mauo.)

Oh, tú, escuderísimo
Sancho de la Pancísima,
en tu piedad larguísimo
cual larga es mi barbísima.
A la desgracia horrible
que tengo sobre mí,
vuestro esforzado brazo
sólo puede dar fin.

Recitado

Entre la Tropabana
y el cabo Comorín,
vivió doña Maguncia,
reina á quien yo serví.

—

De su hija Antonomasia
la guarda me entregó,
la niña más perfecta
que vive bajo el sol.

—

Miróla Don Clavijo,
hidalgo muy gentil,
y emprendió la tarea
de convencerme á mí.

—

Logró por fin su intento,
con la doncella habló,

y mil veces la noche
sus pecados tapó.

—

Pasó por fin, señores,
lo que es de suponer;
don Clavijo y su amada
llegaron á ser tres.

—

Secreto matrimonio
puso al conflicto fin,
y yo fuí bien pagada
del cónyuge feliz.

—

Pero doña Maguncia
hinchada de altivez,
nunca se vió gustosa
del matrimonio aquél.

—

Y arrojando venablos
y escupiendo rencor,
á los tres días justos
al sepulcro bajó.

—

Súpolo Malambruno
gigantazo cruel,
y en busca de nosotros
á Candaya se fué.

-

Fijó en los dos amantes
su horrísono mirar,
y en monstruos espantosos
los hubo de trocar.

—

Y sobre sus cabezas
puso luego un cartel
que dice: «Sólo puede
mi entuerto desfacer

—

un valeroso hidalgo
manchego de nación,
viniendo aquí conmigo
á batalla feroz.»

—

Sacó luego un alfanje
me quiso degollar,
y con llanto sus iras
al fin pude templar.

—

Después en el palacio
las Dueñas reunió,
lanzando sobre todas
tremenda maldición.

—

De nuestros lindos rostros
con triste rapidez,
brotaron en seguida
lás barbas que aquí ves. (Se descubren.)

—

Contempla ¡Oh caballero!
el modo tan feroz,
que para castigarnos
emplea ese follón.

—

QUIJ. Pues yo, ante todo, juro
mis barbas arrancar,
si al necio Malambruno
no logro derrotar.

—

DUEÑA Mil gracias, caballero,
ahora os diré
lo que en nuestro remedio
debéis al punto hacer.

—

Al raudo Clavileño
que construyó Merlín,

dentro de unos instantes
veréis llegar aquí.

—

En él, sin dilaciones,
con Sancho montarás
y al punto por los aires
os sentiréis volar.

—

¿Qué dices, caballero?
QUIJ. Que ya impaciente estoy.
DUEÑA Beso humilde tu mano
y á complacerte voy.

Música

¡Ah de Clavileño!
¡Salvajes, llegad!
TRIF. Al bravo Don Quijote,
señoras, adorad.
(Las barbudas damas pasan por delante de Don Quijote y se arrodillan besándole la mano; cuatro salvajes entran á Clavileño, tosco caballo de madera.)
CORO Famoso caballero,
Dios guarde tu valor,
para que abatir puedas
al vil encantador.

Hablado

QUIJ. Este, señores míos, es aquel famoso caballo en el que el valeroso Pierres se llevó robada á la linda Magalona.

DUEÑA Tiene la ventaja de que ni come, ni duerme, ni gasta herraduras, y cuando anda por el aire se puede llevar sobre él una taza de agua sin que se derrame gota.

SAN. Para andar reposado y llano, mi Rucio. Aunque no anda por los aires.

DUEÑA En vez de freno tiene aquí esta clavija que sirve para manejarlo.

SAN. ¡Y pensar que yo, que tengo en mi Rucio una albarda más blanda que la seda he de montar en unas ancas de tabla por quitarle las barbas á nadie! Allá cada cual se rape como le viniere á cuento.

DUQ.ª Pues habéis de montar; es preciso, amigo Sancho.

SAN. ¡Válgame Dios! Al menos, ¿me darán una almohada?

DUEÑA Clavileño no admite monturas.

SAN. Pues esa señora Magalona que montó aquí no debía ser muy blanda de carnes.

QUIJ. ¡Ladrón! ¿Estás puesto en horca ó en el último trance de tu vida para andar con esas plegarias?

SAN. Además, que tardaremos á volver diez ó doce años y para entonces ya no habrá ínsula ni ínsulo.

DUQUE Siempre cumplo lo que prometo.

DUEÑA Vendaos los ojos y subid si estáis decididos.

QUIJ. (Apartando á Sancho.) Antes de marchar debías darte unos azotes á buena cuenta.

SAN. ¡En priesa me ves y doncellez me pides! ¡Ahora que voy á ir sentado en una tabla! Cuando volvamos yo le prometo cumplir mi obligación.

QUIJ. Esa promesa me consuela... Vamos, Sancho, que esas lágrimas y esas barbas de estas señoras las tengo clavadas en el corazón. (Les vendan los ojos y suben sobre Clavileño. Sancho á la mujeriega.)

SAN. (Montando.) ¡Qué dirían mis insulanos si vieran á su gobernador andar por los aires!

Música

CORO Dios te guarde, valiente caballero;
Dios te guíe, escudero sin igual;
ya marcháis presuroso por los aires
á la busca del sabio criminal.
Tente, Sancho,
no te caigas
que te vas
á desgraciar.

¡Cómo corre
Clavileño,
en las nubes
está ya!

Hablado

QUIJ. Jamás he subido en cabalgadura de paso más llano; parece que no nos movemos del suelo.

SAN. Por este lado me da un viento tan recio como si me soplaran con mil fuelles. (Le soplan con tres ó cuatro fuelles.)

QUIJ. Es que llegamos á la región del aire; pronto llegaremos á la región del fuego y no sé cómo templar esta clavija para que no nos abrasemos. (Arrímanle á Sancho estopas ardiendo.)

SAN. Que me maten si no estamos ya, porque me han chamuscado las barbas; yo estoy por descubrirme para ver dónde estamos.

QUIJ. No hagas tal; te habrías de desvanecer. (Mientras el precedente diálogo se ha puesto en el centro de la escena un cartel que dice lo que luego lee Don Quijote. Mutis todos y Trifaldín enciende una mecha que lleva en la cola Clavileño; ya solos Don Quijote y Sancho estallan los cohetes y caen aturdidos.)

QUIJ. (Levantándose y leyendo.) «El ínclito caballero Don Quijote de la Mancha, feneció y acabó la aventura de la condesa Trifaldín, por otro nombre la Dueña Dolorida, con sólo intentarla.» ¡Gracias al cielo! ¡Hoy somos felices, amigo Sancho! (Se abrazan.)

MUTACIÓN

CUADRO SEPTIMO

Habitación espaciosa con una mesa redonda en el centro. Lujoso mobiliario

ESCENA PRIMERA

Servidores y empleados del Gobierno

Música

Coro

Siete días hace
que vino don Sancho;
nunca estuvo el pueblo
mejor gobernado.
Tiénenle por tonto
y resulta un sabio.
¡Qué sentencias dicta,
yo estoy asombrado!

—

Pero como á dieta
le tiene el doctor,
el fin de todo esto
lo estoy viendo yo:
un día se enfada
con mucha razón,
y el pueblo se queda
sin gobernador.

ESCENA II

DICHOS, SANCHO, DOCTOR y MAESTRESALA

Hablado

San. (Sentándose á la mesa.) Me figuro, señor Pedro Recio de Tirteafuera, que hoy me dejaréis comer; si no ¡voto al sol! que tomo un garro-

te y á garrotazos no dejo un médico sano en toda la ínsula.

DOC. Yo me atengo á los aforismos de Hipócrates.

(Suenan dentro chirimías; cuatro pajes dan aguamanos á Sancho; comienzan á servirle platos, el médico los toca con una varilla y los retiran.)

SAN. ¿Pero esta comida es el juego de maese Corral?

MAES. Es el uso y costumbre de otras ínsulas en donde hay gobernadores.

SAN. Pues yo no estoy por morirme de hambre, déjenme siquiera comer de esa olla podrida.

DOC. No hay cosa peor que la olla podrida; quédese para los canónigos ó las bodas labradorescas. En las mesas de los gobernadores todo ha de ser primor y atildadura.

SAN. ¿Luego me he de quedar en ayunas?

DOC. Para conservar vuestra salud y corroborarla habéis de comer ahora una docena de canutillos de suplicaciones y unas tajadillas sutiles de carne de membrillo.

SAN. (Colérico.) O me dan de comer ó tómense su gobierno, que oficio que no da de comer á su dueño no vale dos habas.

PAJE Dos litigantes vienen á pedir justicia.

SAN. Vaya unas horas de venir; lo primero que se ha de hacer es meter en un calabozo al Doctor Recio, que por lo visto quiere matarme.

MAES. Yo creo también que no debéis comer estos manjares, porque los han presentado unas monjas y como suele decirse, tras de la cruz está el diablo.

SAN. Tráiganme entonces un pedazo de pan y así como dos libras de uvas y que pasen esos litigantes.

ESCENA III

DICHOS, UNA CAMPESINA y un GANADERO. Traen á Sancho las uvas y come mientras los atiende

CAMP. ¡Justicia, señor gobernador, justicia, y si no la hallo en la tierra la iré á buscar al cielo;

este mal hombre me ha cogido en el campo y me ha atropellado! ¡Yo que me conservaba entera como la salamanquesa en el fuego ó como la lana en las zarzas, para que este hombre haya llegado con sus manos limpias!...

SAN. Eso de si las tiene limpias ó sucias está por averiguar; ¿qué contestáis, buen hombre?

GAN. La encontré en mi camino, y el diablo que todo lo añasca, nos juntó; pero no hubo fuerza y sí consentimiento: esta es la verdad.

SAN. ¿Traéis dinero?

GAN. Veinte ducados de plata.

SAN. Entregádselos á la querellante. (Se los da.)

CAMP. Dios guarde muchos años la vida de un gobernador que tanto mira por las huérfanas y las doncellas; ¡gracias, gracias, muchas gracias! (Mutis.)

GAN. ¡Pero señor! ¿Qué habéis hecho? (Lloroso.)

SAN. Id tras ella y quitadle la bolsa. (Sale el Ganadero y entran los dos forcejeando.)

CAMP. ¡Justicia de Dios y del mundo, señor gobernador! Este desalmado me quiere quitar la bolsa.

SAN. ¿Y os la ha quitado?

CAMP. Antes me quitaría la vida; tenazas, martillos, escoplos, garras de leones, todo sería poco para arrancármela.

GAN. Me doy por rendido.

SAN Dadme esa bolsa, honrada mujer. (Se la da.) Si el mismo valor que habéis mostrado para defenderla lo mostrarais para defender vuestro cuerpo, el mismo Hércules no os hiciera fuerza. Id enhoramala y no paréis en toda esta ínsula so pena de doscientos azotes, (Sale avergonzada.) Tomad, buen hombre, (Le da la bolsa.) y mirad con quién os las habéis.

GAN. Gracias, señor, Dios os guarde. (Mutis.)

MAES. Muy bien, don Sancho; sois un sabio. (Oyese dentro una corneta.)

SAN. ¿Qué toque es ese?

MAES. Correo de nuestro señor el Duque.

ESCENA IV

DICHOS y el CORREO

COR. (Sacando el pliego.) Para don Sancho Panza, gobernador de la ínsula Barataria, en sus propias manos ó en las de su secretario.

SAN. ¿Quién es aquí mi secretario?

CRIADO 1o. Yo, señor, que sé leer y escribir y soy vizcaíno.

SAN. Con esa añadidura bien podéis ser secretario del mismo Emperador; leed.

CRIADO 1.º (Leyendo.) «A mi noticia ha llegado, señor don Sancho Panza, que unos enemigos míos y de esa ínsula, la han de dar un asalto furioso en no sé qué momento; conviene estar alerta. Vuestro amigo: El Duque.»

SAN. (Atónito.) ¡Ay, Dios mío! Si estuviera aquí mi señor Don Quijote...

MAES. Todos defenderemos con brío vuestra persona.

PAJE Señor gobernador: aquí llega un corchete que trae preso á un mozo.

SAN. Y ese mozo, ¿no será un espía?

MAES. No tengais cuidado.

SAN. Pues entonces, que pase.

ESCENA V

DICHOS, CORCHETE y MOZO

COR. Señor gobernador, este Mozo venía hacia mí; cuando columbró la justicia, empezó á correr como un gamo.

SAN. ¿Por qué corríais?

MOZO Por no responder á las muchas preguntas que las justicias hacen.

SAN. ¿Cuál es tu oficio?

MOZO Tejedor.

SAN. ¿Qué tejes?

MOZO Hierros de lanza.

SAN. Gracioso y chocarrero sois; ¿adónde íbais?

MOZO A tomar el aire.

SAN. ¿En dónde se toma en esta ínsula?

MOZO En donde sopla.

SAN. Sois discreto: pero haced cuenta que yo soy el aire y os empujo á la cárcel; llevadle y allí dormirá esta noche.

MOZO Tanto me haréis dormir en la cárcel como ser rey.

SAN. ¿No tengo poder para ello?

MOZO Vuestro poder no basta.

SAN. ¿Tienes algún ángel que te quite los grillos y te saque?

MOZO Vamos á cuentas: podéis llevarme á la cárcel, cargarme de grillos y cadenas; ¿pero me haréis dormir si no tengo sueño?

SAN. Vive Dios que tenéis razón; id á vuestra casa y no os burléis de la justicia. (Mutis Corchete y Mozo. Óyense dentro grandes ruidos, tiros, golpes y toques de corneta.)

MAES. ¡El enemigo, el enemigo!

Música

CORO (Dentro.) ¡Muera!
¡muera!
¡Hagamos que no quede
piedra sobre piedra!

(Entran varios con espadas desenvainadas.)

Hablado

MAES. ¡Ármese, ármese, señor Gobernador, si no quiere que toda esta ínsula se pierda.

SAN. (Afligido.) ¡Y qué sé yo de armas, pecador de mí! Llamad á mi señor Don Quijote, que lo acabará todo en un abrir y cerrar de ojos. (Le ponen dos arneses muy grandes y queda sin poderse mover; mientras toda esta escena sigue el ruido dentro, alternando con los cánticos y gritos del Coro.)

CORO (Dentro.)

Truenen los cañones,
vibren las trompetas,
caigan rebotando
todas las cabezas.
¡Muera,
muera!
¡Hagamos que no quede
piedra sobre piedra!

MAES. ¡Ande, ande, señor gobernador, guíenos á todos, que el peligro aumenta!

SAN. ¡Qué tengo de andar si con estas tablas no puedo jugar las choquezuelas!... ¡Si quisiera Dios que se acabase de perder esta ínsula, y muerto ó vivo me viese fuera de esta angustia!... (El Maestresala hace una seña á uno que está en la puerta para que cese el estruendo.)

VOCES (Dentro.) ¡Victoria! ¡Victoria!

MAES. El enemigo se retira derrotado; venid á gozar del triunfo obtenido por el valor de ese invencible brazo.

SAN. Quitarme estos arneses; el enemigo que yo hubiese vencido, que me lo claven aquí en la frente. (Le quitan las armas.) Ahora abrid el camino, que me vuelvo á mi libertad; yo no nací para gobernador ni para defender ínsulas; más se me entiende de cavar y arar, y mejor me está una hoz en la mano que un cetro.

MAES. No permitiremos que os vayais.

SAN. Así me quedaré como volverme turco; dadme un poco de cebada para el Rucio y medio pan y medio queso para mí, que no quiero mas gobiernos; decid al Duque que desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano, quiero decir que salgo sin blanca como entré, al revés de como salen los gobernadores de otras ínsulas; me vuelvo á andar con pie llano, que si no le adornasen zapatos de corbobán, no han de faltarle alpargatas; cada oveja con su pareja, y nadie tienda más la pierna de cuanto fuere larga la sábana. (Mutis despacio.)

MAES. Puesto que os empeñais en ello, sea: tened presente que entre nosotros dejais gratísimo recuerdo, y vosotros, amigos míos, aprended de Sancho Panza, que para gobernar bien, es más útil la conciencia que las letras.

MUTACION

CUADRO OCTAVO

La playa de Barcelona. A la derecha una hostería

ESCENA PRIMERA

DON ANTONIO y un BANDIDO DE ROQUE

BAN. Eso es lo que mi amo me manda deciros.

ANT. ¿Y cómo Roque Guinart ha hecho amistades con Don Quijote?

BAN. Este tal Don Quijote se titula caballero andante y va buscando aventuras con un criado suyo, de quien se dice que ha sido gobernador de una ínsula.

ANT. Un criado de categoría.

BAN. Caminando los dos hacia esta población de Barcelona, con intención sin duda de que Don Quijote tomara parte en las justas que se están celebrando, toparon con nosotros, y los desbalijamos con todas las consideraciones que caballero y escudero merecen; Don Quijote nos desafió á todos y dijo infinitas locuras, que hicieron gracia á Roque, y éste mandó que le restituyéramos lo suyo.

ANT. Roque tiene buen corazón: ¡lástima de muchacho! ¿Y dices que viene con ellos?

BAN. Tan buena amistad han hecho, que al ex gobernador le regaló diez escudos, procedentes de un negocio que hallamos aquella misma noche.

ANT. Como todavía tardarán un buen rato á llegar, les esperaremos en esa hostería.

BAN. Que me place, porque mi profesión no es para paseada por sitios públicos, y menos en la noche de San Juan, y á esta hora en que la algazara popular comienza. (Mutis los dos.)

ESCENA II

CORO GENERAL

Música

Doncellas casquivanas,
oid esta canción
y ved cómo los celos
desgarran el amor.

Era Claudia
una dama
muy principal,
y Vicente
un hidalgo
de lo mejor.

Ella incauta
en el joven
llegó á fiar,
y en sus dulces
promesas
torpe creyó.

—

Nuevas llegaron
de que Vicente
con otra dama
se iba á casar;

súpolo Claudia
y acongojada
á don Vicente
se fué á buscar.

—

La noche con sus sombras
los celos protegió
y la exaltada Claudia
dió muerte al seductor.

—

Monta enseguida
raudo alazán
y dando gritos
parte de allá.

Entre montañas
logra encontrar
al bandolero
Roque Guinart.

—

Vuelve con el bandido
á ver al seductor
quien roba su agonía
dulces frases de amor.

—

Claudia pregunta
si ciertas son
las tristes nuevas
que recibió.

Prueba Vicente
la falsedad,
muéstrase honrado,
fiel y leal.

—

Y después, en los brazos
de Claudia agonizó,
quedando ésta aturdida
de su cruel error.

—

Doncellas casquivanas
oid esta canción
y ved cómo los celos
desgarran el amor. (Mutis.)

ESCENA III

DON QUIJOTE, SANCHO y BANDIDO DE ROQUE. Va poco á poco amaneciendo

Hablado

BAN. Me sorprende no encontrar aquí al caballero don Antonio Moreno, de quien en Barcelona habéis de ser huéspedes; quedaos aquí y voy á darle aviso de vuestra llegada. (Mutis.)

QUIJ. Id con Dios, valiente y generoso amigo.

SAN. Pero cierto, ahora que estamos solos, que me repugna el haber tomado los diez escudos que me regaló; pero la verdad es que en todo el mundo habrá un ladrón más honrado que el señor Roque. ¡Todo sea por el susto que me dieron los de su cuadrilla!

QUIJ. Mira el mar, amigo Sancho.

SAN. O yo soy un porro ó es mucho más grande que las lagunas de Ruidera.. ¿Y aquellos bultos que se mueven?

QUIJ. Son las galeras.

SAN. ¿Y cómo hacen para mover tantos pies?

QUIJ. No son pies, son los remos. (Quédanse los dos mirando embobados el mar.)

ESCENA IV

DICHOS, DON ANTONIO, BANDIDO DE ROQUE y CRIADOS

Ahí le tenéis: es el verdadero Don Quijote de la Mancha, y si sabéis seguirle la corriente de sus locuras, yo os fío que habéis de holgaros muchísimo; por ahora, adiós, que para mí son peligrosos estos sitios. (Mutis.)

ANT. (A Don Quijote.) ¡Bien venido sea á nuestra ciudad el espejo, luz y farol de la caballería andante!

QUIJ. Nos han conocido, amigo Sancho; seguramente han leído nuestra historia.

ANT. Venga con nosotros, señor Don Quijote; somos sus servidores y amigos de Roque Guinart.

QUIJ. Si cortesía engendra cortesía, la vuestra, señor caballero, es hija de la del gran Roque.

ANT. ¿Y este buen hombre será vuestro escudero?

SAN. Yo soy el que ha sido gobernador y con ello aprendí á despreciar todos los gobiernos del mundo; á los diez días fuí á buscar á mi amo Don Quijote para que siguiéramos nuestra vida de aventuras.

ANT. Vayamos, pues, á nuestra casa, en donde podréis reposar.

QUIJ. Sea como gustéis. (Vanse todos hacia la izquierda.)

ESCENA V

DICHOS, el BACHILLER, armado de todas armas, con la luna pintada en el escudo y CECIAL

BACH. O mucho me engaño ó aquel es Don Quijote.

CEC. Es el mismo; pero si reñís con él, procurad salir mejor librado que antes.

BACH. (Bájase la visera.) ¡Insigne caballero Don Quijote de la Mancha! Yo soy el caballero de la Blanca Luna y vengo á contender contigo para hacerte confesar que mi dama, sea quien fuere, es más hermosa que tu Dulcinea.

ANT. (A un criado.) Esta, sin duda, es una aventura preparada por Roque.

BACH. Si yo te venciere te exijo que por un año te recojas en tu casa y vivas sin echar mano á la espada, en paz y al cuidado de tu hacienda, y si tú me vencieres quedaré á tu discreción; responde, porque en este punto ha de quedar despachado este negocio.

QUIJ. Caballero de la Blanca Luna: yo os haré jurar que no habéis visto á Dulcinea; si no, no os pusiérais en esta demanda, porque su vista os desengañara de que no hay belleza como la suya; acepto vuestro desafío; montemos sobre nuestros caballos y tomad la parte de campo que querais para que en fiera batalla vengamos á encontrarnos.

ANT. Paréceme bien esta batalla por precedencia de hermosura; pero puesto que sois cristianos os conjuro á hacer el duelo lo menos sangriento posible; así, pues, ha de ser á pie y no á caballo, y valiéndoos de las espadas y no de las lanzas.

BACH Que me place.

ANT. A la mano de Dios y dense. (Forman todos un semicírculo en torno de los combatientes y siguen con gritos los azares de la lucha; á lo lejos se oye la sardana. Al tercer asalto cae Don Quijote.)

BACH. Vencido sois, y aun muerto, si no confesais las condiciones de nuestro desafío.

QUIJ. (Doliente.) Dulcinea es la más hermosa mujer y yo el más desdichado caballero; apretad la espada y quitadme la vida, puesto que me habéis quitado la honra.

BACH. ¿Jurais retraeros en vuestra aldea durante un año?

QUIJ Así lo juro. (El Bachiller envaina la espada.)

TODOS ¡Viva el generoso vencedor! (Los criados de don Antonio levantan á Don Quijote. Sancho llora, concluye de amanecer y se oye más fuerte el canto popular. Telón lento.)

FIN DEL ACTO CUARTO



EPÍLOGO

La misma decoración que aparece en el prólogo de la obra. Don Quijote en primer término, sentado en un sillón con varias almohadas. La sobrina de pie junto á él.

ESCENA PRIMERA

DON QUIJOTE y su SOBRINA

QUIJ. (Despertando sobresaltado.)
Bendito mil veces, poder sacrosanto,
tu misericordia no me abandonó;
ya por fin, Dios mío, cesó aquel quebranto
que á locas andanzas torpe me arrastró
¡Por grande que sea del hombre el pecado
tu misericordia, jamás tiene fin!

SOB. ¿Qué te pasa, tío? ¿Cómo has despertado?

QUIJ. Libre de quimeras está mi magín.
Mi mente está sana, mi juicio está entero,
mil veces maldigo mi torpe leer;
avisad al cura, llamad al barbero,
¡vengan mis amigos, que los quiero ver!
(Don Quijote hace una pausa; la sobrina se acerca á la puerta del foro, la abre y entran los personajes que á continuación se indican.)

ESCENA II

DICHOS y CURA, BARBERO, SANCHO, CARRASCO y AMA

QUIJ. Ya, señores míos, no soy Don Quijote.
Alonso Quijano torno á ser de hoy más;

ya no hay un Amadis que mi juicio embote.
Soy Alonso el Bueno de tiempos atrás.

BACH. Ahora, Don Quijote, qué nuevas tenemos
de que Dulcinea se desencantó,
¡vuelva en sí, mi amigo, vuelva y comence-
[mos
la vida bucólica que se proyectó.

QUIJ. Aparte las burlas: ya morir me siento,
todas las visiones arrojé de mí;
libre de tinieblas tengo el pensamiento
ya no soy, repito, quien fuera hasta aquí.

SAN. ¡Ay, por Dios, mi amo, mi consejo siga.
¡Viva muchos años! ¿Quién piensa en morir?
¡Vámonos al campo! Detrás de una espiga
tal vez encontremos con quién combatir.

CURA Quizás Dulcinea, ya desencantada,
y al fin convencida, le otorgue su amor.

BACH. Vamos, Don Quijote, que su mal no es nada,
levántese presto, tenga más valor.

....

....

QUIJ. (Se incorpora, se queja y dice con voz doliente que se acentúa á medida que avanza el parlamento)

Ya no soy, lo repito, Don Quijote,
que llegó á mi cerebro luz intensa,
en cuyo resplandor se disolvieron
los dejos de fantásticas leyendas.
Loco fuí, no lo niego, y al impulso
de sueños, necedades y quimeras
por el mundo rodé causando estragos
y siendo diversión de gente necia;
mas ogaño los pájaros volaron
de los nidos de antaño; ya serena
tengo la mente; ¡ya me siento cuerdo!
Dios lo dispuso; se cayó la venda
que cerrando los ojos de mi espíritu
lo ahogó de la locura en las tinieblas.

....

Ya soy cuerdo, señores, ya me veo
libre de aquella grey caballeresca
que bullía cual horda de gusanos
aquí (1) mordiendo mi razón enferma.

---

(1) Tocándose la frente.

¡Gigantes, caballeros y jayanes!
¡Gnomos, encantadores y doncellas!
¡Aventuras extrañas y amoríos!
¡Todo se disipó... ya nada queda!

. . . .

Perdonadme si un día seducido
por el torpe crear de plumas rencas
de las quimeras hice realidades,
dí á espíritus fantásticos materia
y pretendí resucitar los siglos
que jamas han vivido. Nada queda
de mi fatal locura. ¡Claro veo!
¡Claro percibe mi razón perfecta!

. . . .

Mas si entuertos busqué por esos campos
y en castillo troqué más de una venta,
y otorgué libertad á foragidos,
y á lanzadas maté mansas ovejas,
cerca mi muerte, juro que conmigo
alguien la culpa compartir debiera:
aquí en España, los Quijotes nacen
en la corte, en la villa y en la aldea
y á su raza fecunda alienta el medio
que les llena el cerebro de quimeras;
de armas roñosas luego les provee,
con acuitados su camino puebla,
y truecan los molinos en gigantes,
cambian las distraídas en doncellas,
discuten foscos, con hinchados cueros,
y dejan olvidadas sus haciendas.
Quijotes hubo y aun habrá Quijotes,
nadie lo dude. pues los da la tierra,
y luego los educa diligente
el pueblo, adorador de las leyendas,
para matarlos cuando cuerdos obran
ó llevarlos en andas cuando yerran.

. . . .

(Mientras el siguiente parlamento, se levanta poco a poco el telón de fondo y apareee un cuadro plástico formado por la estatua de Cervantes á quien coronan el Tiempo y la Fama. En torno del pedestal se agrupan, arriba las nueve Musas y abajo los principales personajes de la obra. Coincidiendo con las últimas frases del Bachiller Carrasco, surge el efecto de

luz que perfila y da matices al mencionado cuadro. En primer término quedan Don Quijote muerto; á su derecha la Sobrina, el Cura y el Bachiller Carrasco; á su izquierda Sancho, el Ama y el Barbero.)

. . . .

Ya mi vida se agota, ya la muerte
en raudos pasos hacia mí se acerca
y mi espíritu fuerte se disipa
en un ambiente tibio, en luz intensa
igual que aquella luz que hace un instante
despejaba mi mente de quimeras.

. . . .

. . . .

¡Muerte!... ¡vida!... ¡razones!... ¡sinrazones!...
¡Cordura!... ¡necedades!... ¡luz!... ¡tinieblas!...
¡Todo es lo mismo!... ya en mi pecho siento
desconocida, poderosa fuerza
que todo lo aglomera y lo confunde,
y del ser al no ser ata cadenas.

. . . .

¡Muerte!.. ¡vida!... ¡razones!... ¡sinrazones!...
¡Cordura!... ¡necedades! .. ¡luz!... ¡tinieblas!...
¡Todo es lo mismo!... ¡claro yo percibo,
que aquí lo enlaza poderosa fuerza!
(Muere Don Quijote.)

CURA ¡Con Dios vaya el alma!
SAN. ¡Perdí mi condado!
SOB. ¡Mi tío! ¡Mi tío!
AMA ¡Todo concluyó!
BACH. Sus postreras frases escuché asombrado.
¡Al fin muere cuerdo quien loco vivió!
(Telón muy lento.)

FIN DE LA OBRA